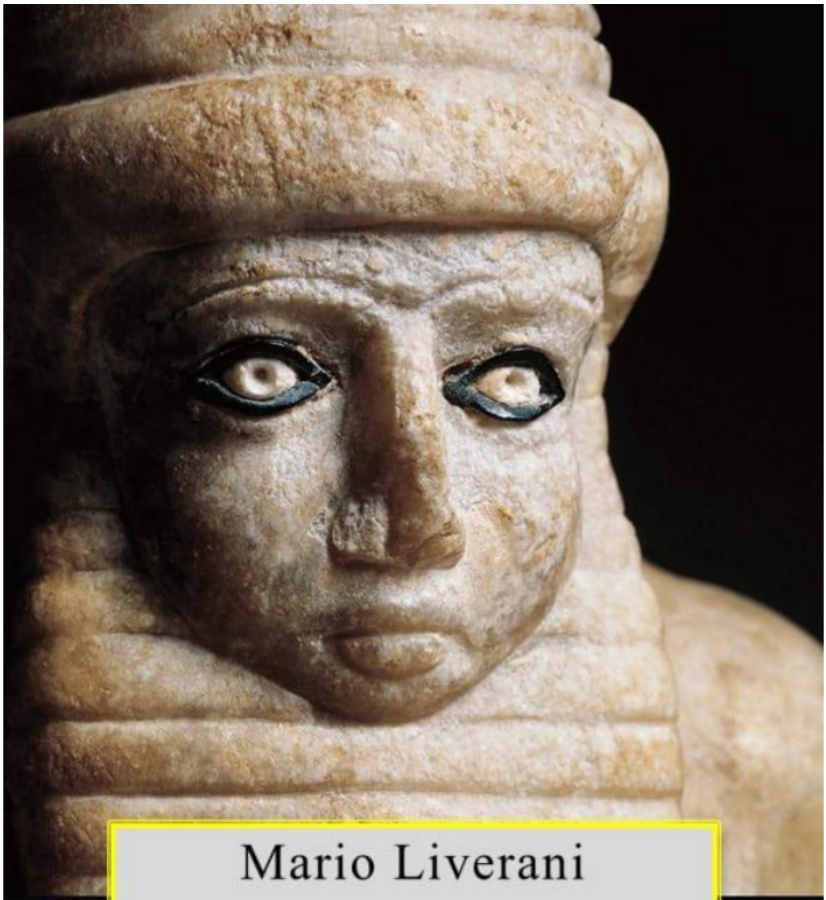


Mario Liverani

Uruk
La primera ciudad

Lectulandia

La manifestación más antigua conocida en la historia humana de la aparición de la ciudad y del estado tiene lugar a finales del IV milenio a.C. en Uruk, en la Baja Mesopotamia. Muchos elementos de la civilización occidental derivan de aquella experiencia única, en la que por primera vez una sociedad prehistórica subvertía el orden establecido y adoptaba unas formas de poder político que alteraron completamente la economía y la sociedad. El cambio fue de tal magnitud «pie sus repercusiones sociopolíticas todavía se discuten hoy entre historiadores, sociólogos, economistas y politólogos. Según se analice el proceso de formación del primer estado, desde las perspectivas demográfica, socioeconómica, tecnológica o administrativa, el fenómeno de Uruk ha sido calificado de «revolución urbana», «nacimiento de la civilización» o del «estado arcaico», «transición a la complejidad social» y «comienzo de la Historia». Son distintas formas de abordar un mismo proceso desde diferentes posturas ideológicas. En este libro Liverani propone revisar la documentación arqueológica y textual de la cultura de Uruk —en particular los famosos «textos arcaicos», fechados en 5200-5000 a.C.— y clarificar este proceso recuperando la gran figura de Gordon Childe y su concepto de «revolución», no en el sentido de un cambio súbito y violento, sino de un desarrollo gradual y complejo que desencadenó una inversión total del sistema.

Mario Liverani

Uruk, la primera ciudad

ePub r1.0
Titivillus 23.02.2026

Título original: *Uruk, la prima città*
Mario Liverani, 1998
Traducción: Juan Vicanco
Diseño de la portada: E. D. (busto de alabastro de Uruk, III milenio a. C.)

Editor digital: Titivillus

Digitalización y OCR para Epublibre

Primera edición en Epublibre, 23-02-2026
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Uruk, la primera ciudad

Nota del editor digital

Introducción
Uruk, la primera sociedad compleja del Antiguo Oriente

1. Historia de la cuestión
1. Revolución urbana y herencia decimonónica
2. Teorías enfrentadas: «modernistas» y «primitivistas»
3. Neoevolucionismo y continuismo
4. Complejidad y transición
5. Los textos «arcaicos» de Uruk

2. La transformación social del territorio
1. Acumulación primitiva e innovaciones técnicas
El campo largo
El arado de sembradera
El trillo
Las hoces de barro cocido
2. El destino del excedente
3. Demografía y asentamientos
4. La estructura social

3. La administración de una economía compleja
1. El ciclo de la cebada
2. El ciclo de la lana
3. El comercio: ¿obtención o ganancia?
4. El artesanado: ¿centralización o difusión?
5. Los servicios: ¿quién sirve a quién?

Láminas Centrales

4. Política y cultura del estado arcaico
1. El escriba y la administración del almacén

2. El mundo sexagesimal
3. La casa del dios
4. La movilización ideológica

5. Centro y periferia
1. El sistema regional
2. Estatización primaria y secundaria
3. El problema del colapso

Bibliografía

Introducción. Uruk, la primera sociedad compleja del Antiguo Oriente
1. Historia de la cuestión
2. La transformación social del territorio
3. La administración de una economía compleja
4. Política y cultura del estado arcaico
5. Centro y periferia

Sobre el autor

Nota del editor digital

Edición basada en la edición en papel, la cual se ha escaneado y realizado el ocr.

Cualquier modificación y o corrección realizada sobre la edición en papel se indica con fuente de color rojo sobre fondo amarillo.

INTRODUCCIÓN

URUK, LA PRIMERA SOCIEDAD COMPLEJA DEL ANTIGUO ORIENTE

Uno de los hitos más significativos de la historia humana es, sin duda, la fase de transición que transforma las sociedades de tipo prehistórico en sociedades de tipo plenamente histórico. Esta transición ha recibido y sigue recibiendo distintos nombres: «revolución urbana», por quienes toman en consideración ante todo el asentamiento; aparición del «estado arcaico», por quienes hacen hincapié en los aspectos sociopolíticos; «origen de la complejidad», por quienes prestan atención a la estructura socioeconómica (estratificación social, especialización laboral); e incluso «inicio de la historia», sin más, por quienes consideran que la aparición de la escritura es el resultado significativo de todo el proceso y un instrumento inigualable para conocer las sociedades del pasado. Sin restar importancia a las implicaciones ideológicas e historiográficas de cada una de estas definiciones, es evidente que se trata de distintos modos de aludir al mismo proceso, polifacético y profundo, que cambia por completo la organización de las sociedades humanas.

La visión decimonónica de un evolucionismo unilateral buscaba la cuna originaria de la transición de un estado de «barbarie» neolítica a un estado de «civilización» histórica (como se decía entonces). Esta cuna originaria, conforme a las teorías y los

conocimientos de la época, se situaba en Oriente Próximo, primero en Egipto y luego, después de los primeros descubrimientos arqueológicos, en Mesopotamia. Hoy se cree que la evolución fue policéntrica y que es preciso estudiar cada caso en sí mismo, sin graduaciones preconcebidas; se cree que las «etapas» (con cierto valor práctico para la clasificación, aunque no lo tengan histórico) se concretaron en cada parte del mundo con distintos ritmos y cronologías; por último, se cree que las posibles influencias de unos centros sobre otros no pueden ocultar un factor preponderante como es el desarrollo endógeno.

Pero entre los muchos casos que se pueden estudiar, destacan el de Uruk y la Baja Mesopotamia a fines del IV milenio. Probablemente sea el más antiguo de todos, quizá sea también el mejor documentado y, desde luego, tiene un interés especial para nuestro mundo occidental, pues gran parte de sus elementos de civilización, después de muchos pasos intermedios y nada unívocos, derivan de él.

Terminada la larga etapa de las culturas neolíticas de Oriente Próximo, del IX al IV milenio
a. C.
(véase
fig.
1), la cultura llamada de Uruk marca el inicio de la primera sociedad urbana, compleja y estatizada. En la fase madura de este proceso (Uruk tardío,
ca.
5200-3000
a. C.
)
se produce la expansión definitiva del mismo, con concentraciones urbanas de un tamaño antes inimaginable (100 hectáreas en Uruk), una arquitectura religiosa imponente y fastuosa (sobre todo el área sagrada del Eanna de Uruk) y el inicio de la escritura, con la consiguiente administración refinada e impersonal.

Aunque hoy por hoy se conoce bastante bien la documentación, tanto arqueológica como textual, de la cultura Uruk tardía, el debate sobre el proceso de estatización, con los grandes problemas que plantea, sigue abierto. ¿A qué necesidades respondía la nueva

organización política y económica? ¿Quiénes fueron los autores (más o menos conscientes) de los cambios? ¿Por qué fue tan precoz este proceso en la Baja Mesopotamia? ¿Fue una «revolución» rápida, o una adaptación paulatina? ¿Cuál fue el peso de los factores ecológicos, tecnológicos, demográficos, socioeconómicos, políticos e ideológicos? ¿Cuál fue el «éxito» del experimento de Uruk y qué alteraciones sufrió al extenderse en el espacio y perdurar en el tiempo?

Fechas a.C.	Fases arqueológicas	Siria	Alta Mesopotamia	Baja Mesopotamia	Irán
6000	Neolítico		Halaf (5000-4500)		
4500	Calcolítico			Ubaid antiguo (4500-4000) Ubaid tardío (4000-3500)	
3500	«Revolución urbana»			Uruk antiguo (3500-3200) Uruk tardío (3200-3000)	Protoelamita (3100-2700)
3000	Bronce antiguo		Nínive 5 (3000-2350)	Protodinástico I (2900-2750) Protodinástico II (2750-2600) Protodinástico IIIa (2600-2500) Protodinástico IIIb (2500-2350)	
2500		Ebla (2500-2300)		Akkad (2350-2200)	
2000	Bronce medio		Paleoasirio (1950-1750)	Neosumerio (2100-2000) Paleobabilonio (2000-1600)	
1500					

FIGURA 1. Cronología de las culturas pre- y protohistóricas de Mesopotamia.

Este libro se propone clarificar, hasta donde permite la documentación disponible, el proceso de formación de la ciudad y el estado. Haremos especial hincapié en el factor de la gestión económica, que parece anterior (aunque estrechamente vinculado) a los factores sociales, políticos e ideológicos. Intentaremos que se vean con claridad las diferencias entre la explicación que damos aquí y las de otras corrientes actuales, y cómo estas visiones responden a distintos planteamientos historiográficos y a lecturas diferentes de la documentación arqueológica y textual.

El término «revolución», acuñado por el gran paleoetnólogo británico V. Gordon Childe para designar el proceso y que en este libro también se usa a menudo y gustosamente, requiere una breve explicación, ya que hoy se evita y se sustituye por la más matizada «transición». En realidad, el uso tanto político como historiográfico del término «revolución» no pasa de ser una metáfora y como tal hay que entenderlo. El uso originario, que es astronómico, implica una inversión total de la posición respectiva de los elementos que forman un sistema, mientras que el concepto de cambio muy rápido, súbito y violento, sólo forma parte de ciertos usos historiográficos modernos. Evidentemente, las «revoluciones» que se aprecian en la historia de la tecnología y los modos de producción nunca son muy rápidas, incluyendo la moderna «revolución industrial», que se ha tomado como ejemplo para otras mucho más lejanas, la «revolución neolítica» y la «revolución urbana». La revolución urbana, desde luego, no sucedió de golpe sino que duró varios siglos, pero la subversión que produjo fue de tal magnitud que alteró completamente la economía, la sociedad y el estado. Por lo demás, un proceso de varios siglos, en comparación con los largos milenios que lo precedieron y siguieron, se puede considerar bastante rápido.

1. Historia de la cuestión

1. Revolución urbana y herencia decimonónica

La cuestión del origen de la ciudad y del estado ha centrado la atención de filósofos y sociólogos, historiadores y economistas desde hace por lo menos un siglo y medio, es decir, desde que se empezó a hacer una reconstrucción de la evolución histórica de la humanidad en términos de fases o etapas de validez universal. La generación de investigadores más reciente, sobre todo estadounidenses y de formación antropológica, pretende haber descubierto el asunto *ex novo*, pero hace ya más de un siglo el gran historiador Jacob Burckhardt la consideraba una cuestión vieja y vana, teniendo en cuenta, por un lado, la larga serie de teorías ilustradas y luego evolucionistas, y por otro la falta de datos propiamente históricos y no meramente especulativos.

No podemos hacer aquí un repaso completo de la historia de la cuestión, pero al menos debemos partir de los años cuarenta del siglo xx, cuando el gran paleoetnólogo británico Vere Gordon Childe acuñó el concepto de «revolución urbana». Childe es un enlace historiográfico excelente entre las teorías decimonónicas en que se inspiraba y las tesis más recientes a las que él mismo despejó el camino, de modo que su posición es una referencia insoslayable (y generalmente conflictiva) para los defensores de dichas tesis.

La inspiración marxista de la visión propuesta por Childe de la revolución urbana es notoria por un lado, pero por otro se ha infravalorado, cuando no se ha entendido mal. Es sabido que Childe

asumió las líneas generales de la gran visión evolucionista decimonónica al proponer una «revolución neolítica» que marca el paso del estado salvaje al estado bárbaro, y una «revolución urbana» que marca el paso de la barbarie a la civilización, hasta el extremo de que algunas de sus obras (e incluso *La evolución social*, que es de las últimas) pretenden reproducir el esquema de Morgan y de
Marx-Engels
en términos arqueológicamente documentados. La insistencia de Childe en el factor tecnológico como móvil principal del progreso contribuye a dar un tono materialista y marcadamente economicista a su explicación de la evolución social.

Pero Marx, como es sabido, tenía pocos conocimientos de protohistoria e historia oriental antigua, y tampoco pretendía tenerlos, ya que su atención estaba centrada en la última revolución, la industrial, en la que estaba inmerso y cuyo proceso de formación, impacto social y posibilidades de superación indagaba. El modelo orgánico y detallado de la «revolución industrial», mucho más que los de los casos anteriores, apenas esbozados, era lo que podía proporcionarle a Childe un cuadro detallado de mecanismos tecnológicos y relaciones de producción que —en un marco histórico bien distinto, por supuesto— dieron origen a la más remota «revolución urbana».

El concepto crucial es la llamada «acumulación primaria (o primitiva, u originaria) del capital». Para que se produzca un salto (cuantitativo y cualitativo) capaz de configurar una revolución en el modo de producción, es preciso que la sociedad sea capaz, ante todo, de producir y acumular un sustancioso excedente, y luego que, en vez de utilizar dicho excedente para un mayor consumo familiar, decida crear las infraestructuras y mantener a los especialistas y dirigentes que lleven a cabo la revolución.

El cuadro que pinta Childe a propósito de la revolución urbana responde plenamente a esta visión:

> [Sumer] estaba cubierto de extensos pantanos llenos de cañaverales exuberantes, interrumpidos por áridos bancos de fango y arena e inundado periódicamente por las crecidas. Por tortuosos canales entre los cañaverales, las aguas fangosas fluían perezosamente hacia el mar. Pero en las aguas pululaban los peces, los bosquecillos de cañas estaban

llenos de volátiles salvajes, jabalíes y otros animales, y en cada porción de tierra firme crecían palmeras datileras que todos los años brindaban una cosecha de frutos nutritivos con los que se podía contar. […] Si se controlaba y canalizaba el flujo de las aguas, se desecaban los pantanos y se regaban los bancos áridos, la maleza se convertía en un jardín del Edén. El terreno era tan fértil que no resultaba imposible un rendimiento del ciento por uno […]. Aquí los campesinos podían producir con facilidad un excedente con respecto a sus necesidades domésticas […].

Los artesanos, los braceros y los trabajadores de los transportes podían ser «voluntarios» movidos por el entusiasmo religioso. Pero si nadie les pagaba por su trabajo, por lo menos tenían que comer todo el tiempo. Debía existir un excedente de víveres para su manutención. Lo proporcionaba la fertilidad del suelo, que daba al agricultor mucho más de lo que éste podía consumir. Pero el hecho de que se gastara para hacer templos sugiere lo que confirman unos testimonios posteriores, que unos «dioses» lo concentraban y lo ponían a disposición de sus sirvientes trabajadores. […] Como los dioses eran ficciones, debían tener representantes reales, en particular sus sirvientes especializados […]. Probablemente ya en el IV milenio estos sirvientes habían asumido la provechosa tarea de administrar las posesiones de los dioses y dirigir los trabajos con los que se gastaba el excedente de su riqueza.

Este cuadro se puede esquematizar fácilmente dividiéndolo en dos momentos principales, el de la producción de excedentes y el de su sustracción del consumo familiar. En la base de todo ello hay un progreso tecnológico (sobre todo en la irrigación) que, aplicado a una zona (como la Baja Mesopotamia) de extraordinaria fertilidad) produce grandes excedentes de comida. Los excedentes se usan para mantener a los especialistas (que por definición no son productores de comida) y para sufragar las grandes obras de infraestructura hidráulica y construcción de templos. El templo administra esta revolución, dando cobertura ideológica a la dolorosa operación de sustraer el excedente del consumo de los productores para destinarlo a un uso común.

2. TEORÍAS ENFRENTADAS: «MODERNISTAS» Y «PRIMITIVISTAS»

La necesidad de una acumulación primaria de capital, para que la sociedad pueda invertirlo en la conversión estructural de su modo de producción, no era una teoría exclusivamente marxista, sino un presupuesto general y básico de la economía política «clásica». Durante los años en que Childe formuló su revolución urbana, el concepto de la acumulación primaria del capital también fue utilizado por un investigador completamente distinto por formación y especialidad, el profesor de Historia Antigua Fritz Heichelheim, cuya monumental *Historia económica de la antigüedad* dedica un largo capítulo al origen de la economía urbana en la Baja Mesopotamia, que por otra parte fue completamente olvidado en los estudios posteriores de protohistoria oriental.

La historia económica de Heichelheim está basada en la eficacia y la influencia mutua de tres factores: los recursos, el trabajo y el capital, de los que el tercero se lleva la parte del león. En el caso de la primera economía urbana Heichelheim da por sustancialmente estables dos de los factores, los recursos y el trabajo, con lo que el capital se convierte en la clave del progreso. Pero entiende el capital en sentido monetarista, como una riqueza circulante y atesorable para un uso diferido. Según él, la gran revolución habría sido la introducción del préstamo con interés, que habría permitido la concentración de capital en manos de los usureros. Esta explicación, que Heichelheim pretende sustanciar con datos textuales bastante posteriores, en realidad es completamente errónea cuando se coteja con la documentación mesopotámica de carácter jurídico y administrativo, de la que se desprende claramente que el factor usura, endeudamiento, del capitalismo privado (ya sea comercial o financiero) es un desarrollo secundario que no tiene nada que ver con el origen de la ciudad y la sociedad estratificada. Por otro lado, incluso cuando cobra importancia (en el segundo milenio), el enriquecimiento por usura generalmente no tiene un uso social, sino privado.

En sustancia, la limitación (gravísima) de la hipótesis de Heichelheim radicaba en su matriz «modernista», es decir, en su pertenencia a un filón de estudios —mayoritario en el periodo de entreguerras mundiales— que pretendía abordar la economía antigua aplicando sin más los factores y las leyes de una economía

llamada «clásica», pero fruto en realidad del análisis de las relaciones de mercado tal como se instauraron después de la revolución industrial.

Una aclaración teórica crucial para superar el modernismo llegó con la obra de Karl Polanyi, que ya en su primer escrito, fundamental, sobre la consolidación de la economía de mercado (la «gran transformación») puso en evidencia el carácter históricamente acotado y socialmente motivado de las teorías liberales clásicas, y luego, en su vasta presentación de las economías premercantiles, presentó una visión de la economía oriental antigua basada en la redistribución, es decir, en el papel central de lo que Leo Oppenheim llamaría más tarde las «grandes organizaciones» del templo y el palacio real, con *el* mercado en situación marginal y diacrónicamente más tardía. En una aportación posterior para el congreso de Chicago sobre urbanización de 1960, Polanyi introdujo el concepto de *staple finance* (es decir, economía de los bienes de consumo básico), un concepto que clarificaba e integraba el mecanismo de la redistribución. En una economía como la de la Mesopotamia protourbana y durante dos milenios y medio más, el capital del que dispone el templo (o el palacio) no es un capital monetario, sino una acumulación de materias primas y, sobre todo, de víveres. En particular, el papel central corresponde a la cebada (y en general a los cereales): la cebada es el excedente fundamental, obtenido gracias a los altos rendimientos agrícolas de la Baja Mesopotamia, y en cebada se pagaban las raciones de la mano de obra empleada en las obras públicas. El «negocio» (si así podemos llamarlo) de las agencias redistributivas protohistóricas consistía, pues, en una administración de materiales como la cebada, la lana, el aceite o los tejidos: administración centrada en los momentos de la acumulación (drenaje del excedente agrícola) y la redistribución (uso para la manutención de los especialistas y la financiación de las obras públicas), sin olvidar tampoco el momento de la conversión de dichos materiales en otros (sobre todo los metales) mediante el comercio administrado.

3. Neoevolucionismo y continuismo

Las aclaraciones de Polanyi y la crisis de la historiografía económica de tradición modernista despejaron el camino para que en los años sesenta se aceptara el paradigma childeano de la revolución urbana, por lo menos a grandes rasgos y con una flexibilidad mayor, ya que prestaba más atención a las variantes particulares y consideraba de forma más positiva los procesos secundarios y los ambientes marginales que Childe quizás había infravalorado.

Pero en los mismos años sesenta surgió, sobre todo en Estados Unidos, una corriente neoevolucionista que tomaba algunos conceptos fundamentales del evolucionismo decimonónico (en primer lugar la idea misma de una evolución continua, por etapas, de validez universal), pero hacia importantes correcciones que modificaban el paradigma de Childe en aspectos nada secundarios. Para empezar, el evolucionismo del siglo XIX se asentaba sobre una visión eurocéntrica, una documentación histórica clásica, unos datos etnográficos superficiales e ingenuos y unos datos arqueológicos casi inexistentes. El neoevolucionismo, en cambio, era mucho más abierto y pluralista y se apoyaba en una amplísima gama de datos etnográficos e históricos, aunque en su inmensa mayoría modernos.

No podemos hacer aquí un repaso detallado, ni siquiera una enumeración de todas las corrientes neoevolucionistas. Pero al menos debemos destacar dos aspectos relevantes. El primero es que el neoevolucionismo norteamericano se basa mucho más en los aspectos sociopolíticos que en los tecnológicos y económicos. El segundo es que prefiere el continuismo a la evolución por rupturas revolucionarias. Los distintos casos (históricos y etnográficos) se sitúan en una escala de complejidad creciente, según el esquema «banda-tribu-dominio (*chiefdom*)-*estado*» (en la terminología de Elman Service), o según el esquema «sociedades igualitarias-sociedades jerárquicas-sociedades estratificadas-estado» (en la terminología de Morton Fried); pero los pasos de una etapa a otra son graduales y, sobre todo, cada etapa tiene sus antecedentes en la anterior, de la que es una superación lógica.

Entonces resultó obvio volver a formular el problema del origen del estado, entendido como un desarrollo del *chiefdom* (organismo

político guiado por un «jefe», con rangos sociales y drenaje de recursos, pero sin estructuras administrativas permanentes e impersonales). Aunque supone la superación del *chiefdom*, el estado tiene en él su base y su orientación. Un panorama mundial como el que presentaron Claessen y Skalnik en 1978 se aplica a una variedad impresionante de casos de estudio, pero casi todos son modernos y posiblemente secundarios (es decir, originados por influencia de modelos anteriores), mientras que faltan significativamente los casos que habían sido el meollo de la cuestión durante siglo y medio de reflexiones e investigaciones. De modo que, como ya señalara Norman Yoffee, el origen del estado se estudia a partir de una serie de casos que, como sabemos positivamente, no han dado origen al estado. Es la paradoja del continuismo: da por descontado que los *chiefdoms* preestatales deben contener por lo menos un rudimento de las formaciones propiamente estatales. Y es la paradoja del uso de casos etnográficos como si fuesen casos protohistóricos, lo cual, entre otras cosas, dada la evidente desproporción cuantitativa de la documentación disponible, oscurece los pocos y difíciles datos protohistóricos que se conocen.

En resumidas cuentas, el comparatismo de los neoevolucionistas compromete (en los principios y la elección documental) el estudio histórico del origen del estado y la sociedad compleja.

4. Complejidad y transición

Pero la superación del neoevolucionismo nos está alejando aún más, si cabe, de lo que podría ser un examen documentado y efectivo del origen del estado. El sueño de Gordon Childe, de que los esquemas teóricos decimonónicos pudieran replantearse con una documentación arqueológica adecuada, se pierde de vista justo cuando, por fin, podría hacerse realidad.

El concepto clave de la investigación contemporánea es la «complejidad». En términos simplificados al máximo, hay una situación compleja cuando dentro de un sistema Ínter actúan elementos de distinto carácter e importancia, que no se comportan

todos igual y cuya interacción da lugar a desequilibrios jerárquicos y distintas tasas de éxito. Ya en el pasado se usaba el concepto de «sociedad compleja» para indicar, precisamente, las sociedades estatizadas, dotadas de una evidente diferenciación de sus elementos tanto en sentido espacial (ciudades y pueblos) como en sentido estructural interno (especialización del trabajo, estratificación social), fruto de un acceso distinto a los recursos y a la toma de decisiones. Las sociedades complejas se contraponían implícita o explícitamente a las simples o igualitarias, cuyas células sociales eran homologas, de modo que su suma no aportaba en sí misma caracteres nuevos.

Pero la noción de complejidad se ha difundido tanto en los últimos veinte años que su uso propiamente histórico ha perdido eficacia. Dicho sea sin ironía: ningún investigador acepta la tarea de estudiar un fenómeno simple, dejando a los demás el estudio mucho más interesante del fenómeno complejo. Aparecen entonces los «*chiefdoms* complejos» como precursores más inmediatos del estado, y también los «cazadores-recolectores complejos», como precursores más inmediatos de la neolitización. Es evidente que siempre ha habido complejidad: podría decirse que en el Paraíso terrenal, entre Adán y Eva, Dios y la serpiente, ya había una situación bastante compleja. Pero se corre el riesgo de perder el sentido de la proporción, el sentido de lo mucho más complejas que son las sociedades estatizadas.

Sobre el modo de la estatización también se podría decir más o menos lo mismo. En la vieja cuestión de cuál o cuáles son los factores primarios que ponen el proceso en marcha, se desató una larga polémica entre las explicaciones tecnológicas (que se remontan a Gordon Childe), según las cuales el proceso técnico fue el primer impulsor de una productividad mayor y, por consiguiente, de un crecimiento en tamaño y estructura de la sociedad, y las explicaciones demográficas (propuestas por Ester Boserup), según las cuales el aumento previo de tamaño originó las mejoras técnicas y los ajustes administrativos. Otras veces se contraponían visiones conflictivas (la guerra, la conquista) y visiones orgánicas, o bien se atribuía o negaba una función esencial al comercio a larga distancia. Evidentemente cada factor pudo tener su importancia y en la búsqueda de un proceso «ideal» confluían casos históricos

distintos. Pero la explicación multifactorial (lo mismo que la complejidad) podía ser un obstáculo para la comprensión esencial. Desde que empezó a representarse el proceso con «esquemas de flujo», parece que el principal afán es pergeñar esquemas cada vez más llenos de casillas y flechas, con tal enredo de *feedbacks* entrecruzados que hacen imposible la lectura inmediata del esquema y, por lo tanto, la comprensión del fenómeno.

En ambos casos (complejidad, factores múltiples) no cabe duda de que las premisas son correctas; lo que falta, en su exposición, es el punto de referencia ideológico, la elección acertada, el modelo cuya elegancia resida en la sencillez. El rechazo a la ideología ha supuesto en este caso particular el rechazo al propio término de revolución, que en algunos ambientes se ha considerado en sí mismo subversivo e inaceptable. En realidad, cuando se habla de revolución, siquiera como metáfora, se supone que ha habido fracturas, decisiones quizá dolorosas, estrategias conscientes, perturbaciones estructurales que rompían con el pasado en vez de apoyarse en él con espíritu continuista. En cambio, cuando se habla de transición se tiende a difuminar el acontecimiento en un viraje progresivo, una mutación natural, por así decirlo, inadvertida por los actores y por ende desprovista de implicaciones políticas, con una ritualización continua de estructuras existentes, con un cambio cuantitativo gradual en el que sería arbitrario trazar líneas de demarcación cualitativa.

De modo que, según las aportaciones de los últimos años, nunca hubo tal revolución. Sí hubo, en cambio, y sigue habiendo, cincuenta, cien, mil casos distintos de transición, a ser posible repartidos equitativamente en el espacio para gratificar a todos los continentes y todas las etnias, pero que en el tiempo se condensan —vaya por Dios— alrededor del hoy o el ayer inmediato a cuando el colonialismo europeo conquistó (y mientras tanto estudió) el mundo entero.

Otra propuesta, en cambio, es aprovechar la documentación de que disponemos hoy sobre la revolución urbana en la Baja Mesopotamia; olvidar los *chiefdoms* de Polinesia o África occidental y tener bien presente la documentación textual (sobre todo la administrativa) contemporánea e inmediatamente posterior; captar desde dentro el proceso cultural de Uruk y compararlo con el

modelo propuesto inicialmente, el marxiano y después childeano de la acumulación primaria de recursos, sustraídos al consumo para destinarlos a sufragar las infraestructuras y los grupos no productores. Por extraño que parezca, no se ha hecho ningún intento serio en este sentido.

5. LOS TEXTOS «ARCAICOS» DE URUK

Hoy tenemos otro motivo de peso que anima a examinar nuevamente la cuestión: además de la documentación arqueológica, disponemos de documentación escrita. En las excavaciones de Uruk (niveles IV y III en el área sagrada del Eanna) se han hallado documentos administrativos escritos con un sistema de escritura muy arcaico y claramente «pictográfico» (los signos reproducen objetos reconocibles), que dará origen, con un desarrollo que está bien documentado, a la escritura «cuneiforme» (con signos estilizados mediante pequeños trazos en forma de cuña). La primera escritura, evidentemente, es resultado y culminación de la propia revolución urbana, pues se ajusta a las necesidades de registro contable propias de una administración compleja e impersonal. Más adelante volveremos a ocuparnos de este asunto; lo que cabe destacar ahora es que la existencia de documentos escritos proporciona al historiador elementos más explícitos y detallados para la reconstrucción del sistema económico y su proceso de formación, en comparación con el dato arqueológico «mudo», cuya interpretación, inevitablemente, es más dudosa y sumaria.

En realidad dichos textos ya se habían descubierto en la campaña de 1931 y publicado en 1936. Pero en esta primera edición, además de las copias de los textos, sólo había una lista de signos, sin ningún intento de traducir los documentos, pues el estado de los conocimientos no permitía avanzar más. En realidad, durante unos 50 años los textos arcaicos de Uruk se utilizaron más como datos arqueológicos que filológicos: se tenía en cuenta su existencia como indicador del desarrollo alcanzado por la administración del templo, pero no se podían usar los datos que

contenían los propios textos. Entre 1935 y 1990 ningún trabajo sobre la revolución urbana, el origen del estado u otros temas relacionados mostró interés por lo que podían decir al respecto los textos arcaicos de Uruk.

La situación ha cambiado en los últimos años gracias a la labor del equipo berlinés dedicado a la edición definitiva y completa de los textos arcaicos, previo examen de todos sus aspectos: desde el contexto arqueológico hasta los sistemas de numeración, pasando por la compaginación y clasificación del contenido. Por un lado, el conocimiento de los sistemas de numeración empleados para varias clases de *realia* ha sido decisivo para acceder a los mecanismos contables. Por otro lado, el estudio de los textos léxicos (listas de signos o grupos de signos, clasificados por temas), con una persistencia que permite compararlos con textos léxicos posteriores, ha sido decisivo para la lectura de muchos signos.

De modo que el equipo berlinés, además de poner en práctica unos instrumentos de trabajo muy fiables, ha trazado una línea de investigación sobre la economía y la administración del Uruk arcaico que tiene una importancia evidente para el estudio de los procesos productivos y redistributivos característicos de la revolución urbana. El catálogo de una exposición berlinesa sobre los textos arcaicos y los primeros sistemas de administración estatal (1990) puso a disposición del historiador, especializado o no, una cantidad ingente de datos de primer orden. De esta obra y otros estudios más particulares se desprende con claridad que la extraordinaria continuidad de temáticas y soluciones específicas entre los textos arcaicos y los textos sumerios posteriores no sólo se da en los textos léxicos, sino también en las distintas clases de textos administrativos. En suma: en la época de
Uruk IV-III
(el período Uruk tardío en la terminología arqueológica,
3200-3000
a. C.
)
ya estaban firmemente establecidos los criterios y las modalidades de la economía redistributiva que conocemos mejor para los períodos protodinástico IIIb
(2500-2350)

y neosumerio
(2100-2000
a. C.
).

En cierto sentido, el uso de los textos invierte la perspectiva con respecto al uso de los datos arqueológicos de la cultura material: el estudio de la primera urbanización hecho con material arqueológico establece comparaciones y relaciones de continuidad (o de cambio) con los períodos anteriores, mientras que el estudio de los textos establece comparaciones y relaciones de continuidad con los períodos sucesivos. Es evidente, pues, que hay que utilizar y relacionar entre sí, cuando se pueda, ambas clases de documentos, y que una valoración correcta debe tener en cuenta ambas conexiones (retrospectiva y prospectiva). Pero es igual de evidente que un énfasis demasiado «prehistórico» tiende inevitablemente a destacar los elementos de continuismo, mientras que un énfasis demasiado «histórico» pone en evidencia más bien los elementos revolucionarios y el comienzo de una nueva era, o por lo menos de una nueva organización de la economía, la sociedad y el estado.

2. La transformación social del territorio

1. Acumulación primitiva e innovaciones técnicas

La cuestión de la acumulación primaria de excedentes alimentarios, en términos que se puedan verificar arqueológicamente, puede plantearse así: en la fase inmediatamente anterior al despegue urbanístico y organizativo del gran Uruk (Uruk tardío,
3200-3000),
¿pueden apreciarse factores técnicos o de otro tipo que aumenten la producción agrícola con un ritmo acelerado, superior en todo caso al ritmo de crecimiento demográfico? La respuesta está en un conjunto de innovaciones que se sitúan (como veremos) en la fase Uruk antiguo
(3500-3200)
y se relacionan entre sí formando un todo orgánico e inseparable. Sólo se conoce bien una parte de la documentación correspondiente, mientras que la otra aún no se ha estudiado como es debido —ni se ha valorado, desdé luego, en relación con el problema de la revolución urbana.

El campo largo

La existencia de una regulación hídrica de la Baja Mesopotamia como factor indispensable para el crecimiento demográfico, productivo y organizativo de la primera urbanización, ya se tenía muy en cuenta desde la época de Childe (véase, por ejemplo, el pasaje citado más arriba,
pp.
14-15).
Por lo demás, la coincidencia de las zonas aluviales regables con las sedes de las civilizaciones más antiguas era un hecho que ya habían advertido los estudiosos del siglo XIX y dio lugar a la famosa (y anómala) teoría del «despotismo hídrico», como lo llamó Karl Wittfogel.

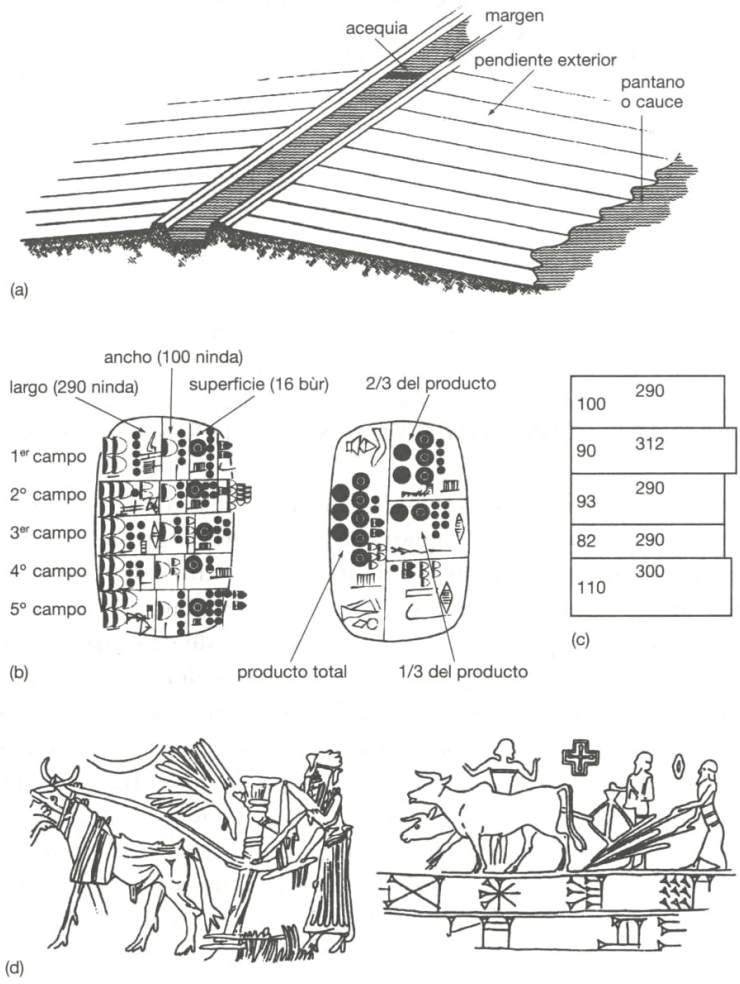


FIGURA 2. Agricultura del período Uruk tardío: (a) esquema del «campo largo»; (b-c) tablilla catastral y reconstrucción gráfica; (d) el arado de sembradera en dos sellos mesopotámicos (b: elaborado a partir de J. Nissen *et al.*, *Frühe Schrift und Techniken der Wirtschaftsverwaltung*, Berlín, 1990, p. 97; d: tomado de P. Moorey, *Ancient Mesopotamian Materials and Industries*, Oxford, 1994,

p.
3 y de
J. B.
Pritchard, *The Ancient Near East in Pictures*, Princeton, 1954,
fig.
86).

Sólo en fechas recientes se ha puesto en evidencia que el momento esencial de este proceso fue la creación del sistema de campos largos con riego por surco
(fig.
2a). Está comprobada históricamente la existencia de dos sistemas de riego en la llanura aluvial de la Baja Mesopotamia, muy distintos entre sí: el riego a manta y el riego por surco, adaptados a las dos subzonas hidrológicas y geomorfológicas de la «vega» y el «delta».

El riego a manta (o por sumersión), con inundación completa del campo bajo una fina capa de agua (rápidamente absorbida por el suelo, por percolación vertical), se practica en bancales cuadrados rodeados de un dique bajo. Estos bancales deben tener una superficie reducida y muy bien nivelada, pues de lo contrario la sumersión no sería homogénea. Se pueden preparar individualmente, a escala familiar, y no requieren mucha coordinación con los campos colindantes. Por lo tanto implican una gestión de ámbito familiar y de pueblo, y una regulación hídrica del territorio con ajustes parciales y progresivos, sin que sea necesaria una planificación ni una centralización especial.

El riego por surco, en cambio, se practica en campos largos, fajas de terreno paralelas que se extienden cientos de metros en pendiente ligera y regular y tienen una «cabecera alta» adyacente a la acequia por donde les llega el agua y una «cabecera baja» hacia aguazales o vaguadas de drenaje. El agua sólo inunda los surcos y el suelo se moja por percolación horizontal. Estos campos, dada su dimensión y su posición rígida con respecto a la acequia, sólo pueden prepararse de un modo coordinado y planificado, colonizando una zona bastante extensa con grandes bloques de campos paralelos colocados en espina de pescado a ambos lados de la acequia. La inclinación constante del suelo se adapta a la

morfología del delta, con acequias elevadas (por acumulación de sedimentos) entre sus bordes, y vaguadas o pantanos adonde va a parar el agua sobrante. La preparación y gestión de los campos largos requiere la presencia de una agencia central de coordinación. Cuando están listos permiten una productividad a gran escala, en combinación con otras innovaciones que veremos enseguida.

Los campos largos —que según la documentación posterior prevalecieron en el sur de la Baja Mesopotamia— ya se mencionan en la primera documentación administrativa «arcaica» de Uruk III (tanto en el sur como en el norte), y están implícitos en la forma misma del signo arcaico sumerio para «campo» (*gan2*), que reproduce claramente un bloque de campos largos perpendiculares a una acequia. En los textos administrativos arcaicos, los campos largos forman bloques de grandes dimensiones y administración centralizada (en este caso por el templo).

El arado de sembradera

La labranza del campo largo está estrechamente relacionada con la introducción del arado de tracción animal, que sólo permite cavar surcos rectilíneos de varios cientos de metros. El mismo arado, a su vez, pudo haber contribuido (además del sistema de riego) a configurar los campos largos, al reducir (a igualdad métrica de surco) los momentos del giro y la nueva colocación: téngase en cuenta que, según los textos posteriores, el arado estaba tirado por dos o tres parejas de bueyes, de modo que no era precisamente manejable. De todos modos es evidente que el arado de tracción animal ahorra muchísimo tiempo en comparación con la labor de azada, a igualdad numérica de personal empleado. La triple combinación «campo largo —riego por surco— arado de tracción animal» es tan estrecha y orgánica que no cabe imaginar el funcionamiento del sistema sin uno de estos tres elementos.

En el momento de la siembra el arado de tracción animal se transforma en arado de sembradera
(fig.
2d) añadiéndole un embudo con el que se introducen las semillas,

de una en una, en el fondo del surco. El uso del arado de sembradera minimiza la pérdida de simiente con respecto a la siembra a voleo, lo que mejora (en un 50 por ciento) la razón siembra/cosecha. Esto explicaría la alta productividad de la cerealicultura en la Baja Mesopotamia (famosa ya para Heródoto y confirmada por los datos textuales), que sería inverosímil con el sistema de siembra manual a voleo. Naturalmente, la colocación de las semillas en el fondo del surco sólo puede hacerse con arado de sembradera de tracción animal, pues de lo contrario (con operación manual) se necesitaría muchísimo tiempo.

Aunque las representaciones completas del uso del arado de sembradera son de épocas más tardías, el signo sumerio *apin* ya se encuentra en documentos arcaicos de Uruk IV y III.

El trillo

El uso de tiro animal —con el ahorro consiguiente de tiempo y mano de obra— también se aplica a otras dos operaciones: la trilla y el transporte de la cosecha. La trilla se hace en eras con un trillo tirado por un asno. El trillo está guarnecido con filas apretadas de trozos afilados de pedernal incrustados por debajo del tablón (fig. 5a). Es el apero que los latinos llamaron *tribulum* y todavía se usaba en la Edad Moderna (antes de la mecanización) en una extensa área que abarcaba todo Oriente Próximo y el Mediterráneo. Hay testimonios iconográficos del período Uruk y también se han hallado concentraciones de trozos de pedernal que debieron de pertenecer a trillos. El típico «lustre» que adquieren los trozos de pedernal con el corte de espigas de cereales, y que tradicionalmente se atribuye al uso de pedernal en las hoces, también puede deberse a su empleo en los trillos.

Otros de los signos que aparece (poco) en la escritura arcaica de Uruk IV-III es el carro de cuatro ruedas, usado sin duda para transportar la cosecha. En general, la difusión de la tracción animal coincide con la llamada «revolución secundaria» (con respecto a la revolución

agropastoral de comienzos del neolítico) que tuvo lugar en el milenio a raíz de los procesos de primera urbanización. Nótese, por otro lado, que en la Baja Mesopotamia (lo mismo que en el valle del Nilo y, en general, en los valles aluviales) el medio más rentable y eficaz para transportar las cosechas de los campos a las eras y de las eras a los almacenes eran las barcas, que podían aprovechar la densa red de canales y brazos fluviales.

Las hoces de barro cocido

Por último, para la siega de grandes extensiones de cereal se usaban hoces de barro cocido, con forma de media luna y el borde interior afilado. Su costo de fabricación era muy bajo en comparación con cualquier otro tipo de hoja (de pedernal, por no decir de metal), lo que permitía el uso simultáneo de mucha mano de obra. La hoz de barro cocido, probablemente de un solo uso porque no se podía afilar y perdía el filo rápidamente, caracteriza a la Baja Mesopotamia durante el período Ubaid tardío y Uruk antiguo, que fue precisamente cuando se formó el sistema de cerealicultura intensiva aquí esbozado.

La datación de este conjunto de innovaciones no resulta fácil si se examinan una a una. Sabemos que el campo largo ya existía (ya se había difundido por el norte, que no era su ambiente más adecuado) en la época Uruk tardía; lo mismo se puede decir del arado de sembradera y del trillo, según los primeros datos gráficos o iconográficos. Las hoces de arcilla, que por su materia son el único elemento palpable de este conjunto, se reparten por el periodo Ubaid tardío y Uruk antiguo hasta que las sustituye otro apero —a diferencia de las demás innovaciones, que permanecerán durante milenios—. Si las examinamos todas juntas, todas estas innovaciones aparecen durante la gran explosión demográfica y organizativa del período Uruk tardío: no pueden ser anteriores a la fase madura de Ubaid, y debieron alcanzar su plenitud organizativa con la fase Uruk antiguo.

Incluso podemos suponer que, mientras la hoz de arcilla (que implica una intensificación de la agricultura, pero no está vinculada necesariamente a las demás innovaciones) apareció bastante pronto

en el período Ubaid, las innovaciones más significativas y estrechamente relacionadas entre sí pueden situarse en pleno período Uruk, alrededor de 4000
a. C.
En este caso también puede sugerirse una causa previa de tipo climático: la elevación del nivel del golfo en ésas fechas pudo determinar en la zona del delta las condiciones (menos pendiente, más sedimentación, desnivel de los ríos y acequias con respecto a los campos colindantes) que propiciaron la difusión del sistema de campos largos en el sur profundo.

Este conjunto de innovaciones, basado en una regulación hídrica del territorio y el uso de tiro animal, debió de tener un impacto en la productividad agrícola de la Baja Mesopotamia comparable al de la mecanización en la agricultura moderna. Podríamos incluso aventurar cálculos más concretos: ya hemos dicho que el uso del arado de sembradera, con respecto a la siembra a voleo, supone un aumento de productividad del 50 por ciento; también se puede calcular el tiempo que ahorra el arado en comparación con la azada, y así sucesivamente. En general, no es descabellado considerar que el paso del sistema tradicional (labor de azada, siembra a voleo, riego a manta), de dimensión familiar, a un conjunto técnico-organizativo como el que acabamos de describir, produjo un aumento de la productividad (a igualdad de recursos humanos empleados) con un orden de magnitud comprendido entre cinco a uno y diez a uno.

Esta a la que bien podríamos llamar revolución de las técnicas agrícolas, desarrollada a lo largo de varios siglos al amparo de la revolución urbana y de las formaciones protoestatales, es un acontecimiento histórico de enorme importancia, que cuenta con documentación arqueológica de varios tipos. Resulta asombroso lo poco que se habla de él en la literatura histórico-arqueológica, centrada en el desarrollo de la estructura social y las élites dirigentes, abstrayéndolo a menudo del modo de producción correspondiente.

2. El destino del excedente

Pasemos ahora al segundo punto: esta multiplicación de la producción agrícola, que se produjo a lo largo de algunos siglos, ¿fue absorbida por un aumento del consumo «privado», de ámbito familiar, de los propios productores, o se dedicó —y cómo— a inversiones «sociales» (infraestructuras, obras públicas, manutención de especialistas, manutención de dirigentes)? La respuesta es obvia, pero no hay acuerdo entre los especialistas sobre las modalidades, tanto técnicas como sociopolíticas.

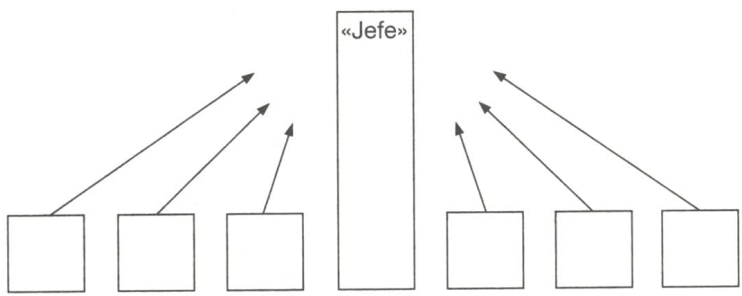
En la interpretación de Childe, el factor tecnológico (revolución de las técnicas agrícolas) produce inicialmente un aumento del consumo familiar, con el consiguiente crecimiento demográfico; sólo cuando se supera cierto umbral se produce una reorganización y centralización de las relaciones sociopolíticas, con la aparición de especialistas y dirigentes y, por lo tanto, el uso social de una parte considerable del excedente. En mi opinión, por el contrario, cabe suponer que la revolución agrícola, por sus propias características' (campo largo y acondicionamiento del territorio), obligó desde el principio a adoptar formas de administración centralizada y a crear agencias de dimensión suprafamiliar que también centralizaron la especialización artesanal y otros aspectos no necesariamente relacionados.

En la transición gradual que suelen proponer hoy los estudiosos neoevolucionistas, el proceso no transforma cualitativa sino cuantitativamente la estructura de las transferencias económicas (recursos y servicios) dentro de la sociedad. El paso del *chiefdom* al *chiefdom* complejo, y de éste a la organización protoestatal, supone incrementar el desequilibrio entre la base productiva y la minoría dirigente en el ámbito de una relación bipolar. Gráficamente se puede representar el proceso como el paso de un esquema de tipo (a) a un esquema de tipo (b), como vemos en los gráficos 1a y 1b.

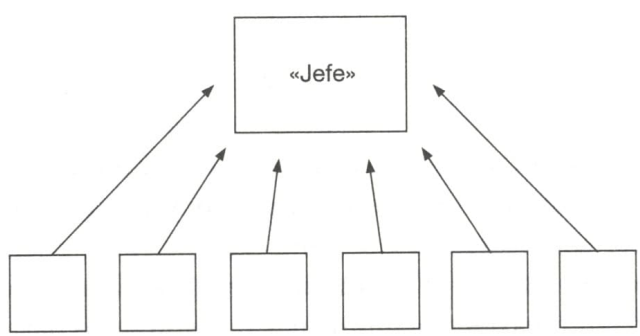
En mi opinión, por el contrario, cabe suponer una transformación *estructural* de las relaciones debida a la introducción de un elemento nuevo (la agencia centralizada), que crea una relación tripolar completamente distinta de la anterior, como vemos en el gráfico 2.

Un aspecto fundamental en la contraposición de ambos

esquemas es que en el gradualista (del *chiefdom* al estado) hay un incremento y una regulación administrativa de la obtención de excedentes en forma de *producto*: una suerte de tasación de las unidades productivas (familias, clanes o pueblos) que en realidad no aparece en los textos. En cambio, en el supuesto de una transformación radical por el que nos inclinamos, el drenaje de los excedentes se hace en forma de *trabajo* (*corvée*), que es justamente lo que aparece en los textos. Más adelante veremos los aspectos administrativos y políticos (así como ideológicos) del proceso, cuya vertiente económica hemos esbozado aquí. Pero es importante señalar desde ahora que, en el nuevo esquema, el estado arcaico no es un *chiefdom* potenciado sino algo distinto, algo innovador e incompatible con el *chiefdom*.



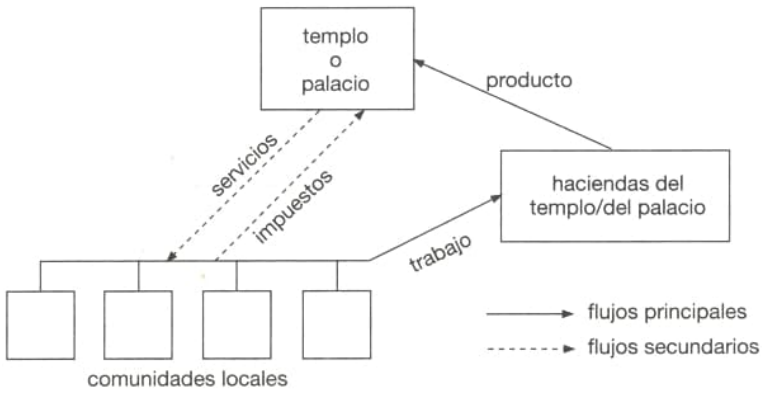
a



b

La estrategia del *chiefdom* (que, como veremos, prevalece en la periferia, fuera del valle aluvial) consiste en emplear los excedentes creados por el progreso técnico y el aumento de producción para aumentar el consumo familiar y permitirle al «jefe» unas formas ostentosas de consumo que mantengan su prestigio personal y el de su clan. En cambio la estrategia protoestatal sustrae los excedentes del consumo de los productores para destinarlos a fines sociales (obras de infraestructura agrícola, de defensa, manutención de los especialistas que no producen alimento y de los administradores). La ostentación tampoco tiene un carácter personal, sino comunitario: es el fenómeno de la construcción de templos, hipóstasis de la sociedad compleja e impersonal, cuya función de cohesión social y sublimación de los desniveles socioeconómicos abordaremos más adelante.

La opción estratégica de dar un destino social a los excedentes debería dejar huella en la documentación arqueológica sobre el período Ubaid tardío y Uruk antiguo. Lamentablemente el período Uruk antiguo se conoce muy mal (sobre todo en el propio yacimiento de Uruk, donde está representado por un sondeo), pero en los últimos años hemos adquirido un buen conocimiento del período Ubaid tardío, lo que permite hacer análisis y valoraciones de conjunto. Pues bien, creo que los caracteres de la cultura Ubaid, tanto en lo referente al asentamiento como a la distribución de los bienes de prestigio, responden a lo esperado.



Ante todo se trata de una cultura bastante igualitaria y bastante severa, pues carece de desniveles llamativos y fenómenos de centralización, de atesoramiento u otros. Lo vemos en la cerámica, con una producción en serie, «de torno lento», que no permite las caracterizaciones y decoraciones de las culturas anteriores. Lo vemos en la falta de diferencias llamativas de tamaño y estructura en las viviendas que, allí donde se han excavado en extensiones suficientes (como en Tell
es-Sawwan
y Tell Abada), impresionan precisamente por su aspecto homogéneo y no por la presencia de gradaciones de tamaño (de las que hablaremos más adelante). Lo vemos en la homogeneidad y pobreza de las sepulturas (cada inhumado tiene un modesto ornamento personal y un par de vasos corrientes al lado), sin la concentración variada de riqueza que normalmente es un buen indicador de la aparición de élites. Lo vemos, en general, en la gran escasez, por no decir ausencia (tanto en contextos funerarios como de vivienda), de materiales y objetos de lujo e importación, como metales o piedras semipreciosas.

Este carácter severo y sustancialmente igualitario de la cultura de Ubaid no sería sorprendente si no tuviéramos en cuenta que justo entonces empezaban esos rendimientos agrícolas diez veces mayores, esa posibilidad de obtener excedentes sustanciosos que mencionábamos antes. El crecimiento demográfico total y la prosperidad general que denota la factura técnica de las viviendas, no se traducen en un aumento de los desniveles internos —o por lo menos en su ostentación.

En este panorama de una cultura floreciente en lo económico pero sin grandes desniveles sociopolíticos, el elemento más innovador son los templos, como revelan sobre todo la secuencia de Eridu (y la periferia norte de Tepe Gawra) y otros ejemplos de Tell Uqair, Susa (la «terraza») y el propio Uruk. Los pequeños y modestos edificios de culto se transforman, de forma progresiva pero rápida, en grandes complejos que por su extensión y valor arquitectónico y decorativo dejan muy atrás las viviendas normales y alcanzan una posición preeminente y central en los asentamientos protourbanos. Al asumir funciones económicas (complementarias de las de culto), los templos pudieron desempeñar y renovar viejas

tareas de «almacén común» ya existentes en los poblados neolíticos desde épocas remotas, pero con una dimensión nueva y un significado social e ideológico muy distinto.

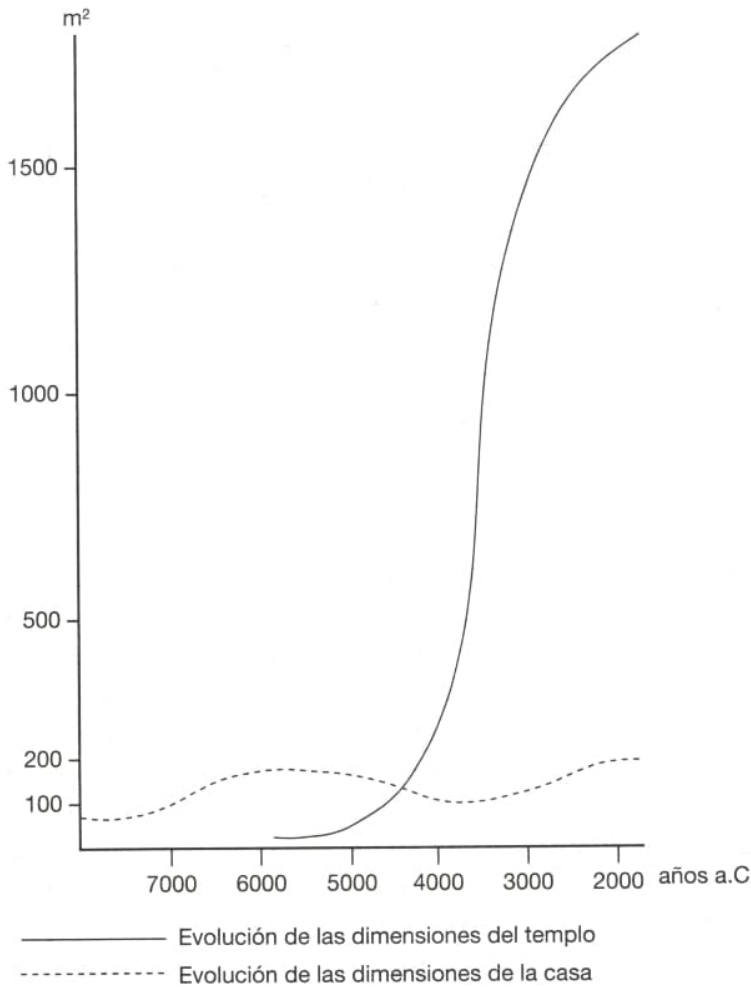
Para ilustrar el crecimiento de la institución del templo podemos relacionar en un esquema la evolución de los tamaños del templo y las viviendas, en la «larga duración» de la historia mesopotámica, como en el gráfico 3.

El crecimiento progresivo del templo en las fases Ubaid y Uruk antiguo, hasta la explosión del Eanna de Uruk, marcha paralelo al crecimiento contemporáneo de los rendimientos agrícolas, lo que contrasta claramente con la estabilidad (y a veces retracción) del tamaño de las viviendas familiares. El momento en que los templos aumentan de tamaño y se destacan por completo de los edificios domésticos corresponde con claridad a la fase de transición del esquema bipolar (de tipo *chiefdom*) al esquema tripolar (de tipo protoestatal). Esto indica que el templo es el organismo institucional que dirigió la transformación: su crecimiento es el hecho trascendental, el verdadero cambio estructural que transformó los asentamientos de la Baja Mesopotamia, comunidades igualitarias que pasaron a ser organismos complejos.

Sobre los motivos que tendría la sociedad de la Baja Mesopotamia para optar por esta estrategia de la centralización y la complejidad, creo conveniente (en pro de la claridad de análisis) distinguir entre un aspecto técnico y otro ideológico.

Desde el punto de vista técnico, ya hemos visto que las propias características del paisaje agrario, con bloques de campos largos y riego planificado, obligaban desde el principio a elegir un camino, el de la creación de agencias centrales. Un desarrollo económico basado en una cerealicultura extensiva e intensiva al mismo tiempo requería desde el principio (y por lo tanto engendraba) formas de coordinación centralizada tanto para la ordenación del territorio (razón campos/acequias) como para el uso de mano de obra (*corvée*). Decir que la cebada y el campo largo engendraron la revolución urbana puede parecer una idea peregrina, pero a escala mundial es evidente que otras formas de agricultura, basadas en plantas de otras características, no fueron capaces de engendrar revoluciones urbanas semejantes. En otros casos los excedentes siguen el camino de la acumulación familiar, el derroche ostentoso,

la competición gentilicia, la prepotencia militar, en una palabra, siguen el camino del *chiefdom* y no el del estado.



El aspecto ideológico, en cambio, es el hecho de que entre varias agencias posibles se optara por el templo. Sobre esto sólo cabe repetir algo que ya se ha dicho hace tiempo acerca de la necesidad de compensar ideológicamente los costes sociales de la revolución

urbana. A propósito de la revolución industrial Marx escribió que «los métodos de la acumulación original son cualquier cosa menos idílicos», y sin duda se puede decir lo mismo de la acumulación de recursos que llevó a la revolución urbana. La sustracción de recursos a los productores (y a su consumo familiar) para dirigirlos a un uso social, requiere una fuerte dosis de coerción, que puede ser física (pero el uso de la fuerza es dispendioso y a la larga contraproducente) o preferiblemente ideológica. El templo era la única institución capaz de convencer a los productores de que cedieran una porción sustanciosa del fruto de su trabajo en beneficio de la comunidad y sus dirigentes, bajo la especie de sus hipóstasis divinas.

3. Demografía y asentamientos

A juzgar por los resultados de las excavaciones y, sobre todo, de las prospecciones regionales que se han hecho en Mesopotamia durante los últimos 50 años, el largo período de Ubaid se caracteriza por un crecimiento demográfico constante en asentamientos que permanecen en el orden dimensional de pueblo (entre 5 y 10 hectáreas); mientras que el período de Uruk se caracteriza, sobre todo, por una auténtica explosión de centros protourbanos con dimensiones sin precedentes (hasta 70 hectáreas de Uruk en el período Uruk antiguo y 100 hectáreas del mismo Uruk en el período Uruk tardío). Este fenómeno vistoso justifica que el período se haya definido como «revolución urbana» o «primera urbanización».

No cabe duda de que el crecimiento urbano está relacionado con la aparición de minorías dirigentes político-religiosas, con un aumento de la estratificación social y la especialización laboral, y con la concentración espacial de las actividades de unos grupos sociales etiquetados generalmente como «no productores de alimento». Por otro lado, los productores de alimento suelen estar dispersos por el territorio (por evidentes motivos logísticos) a menos que ciertos factores aconsejen su concentración urbana. Se crea así una clara diferencia entre pueblo y ciudad: en el primero se

desarrollan las actividades de producción primaria y en la segunda las actividades de transformación e intercambio, administración (en este caso reparto) y servicios. La división jerárquica de los asentamientos en dos o tres niveles será una constante en los periodos posteriores, pero conviene recordar que también en el período Ubaid (por no decir en las fases anteriores) el asentamiento sólo tiene un nivel, el de pueblos.

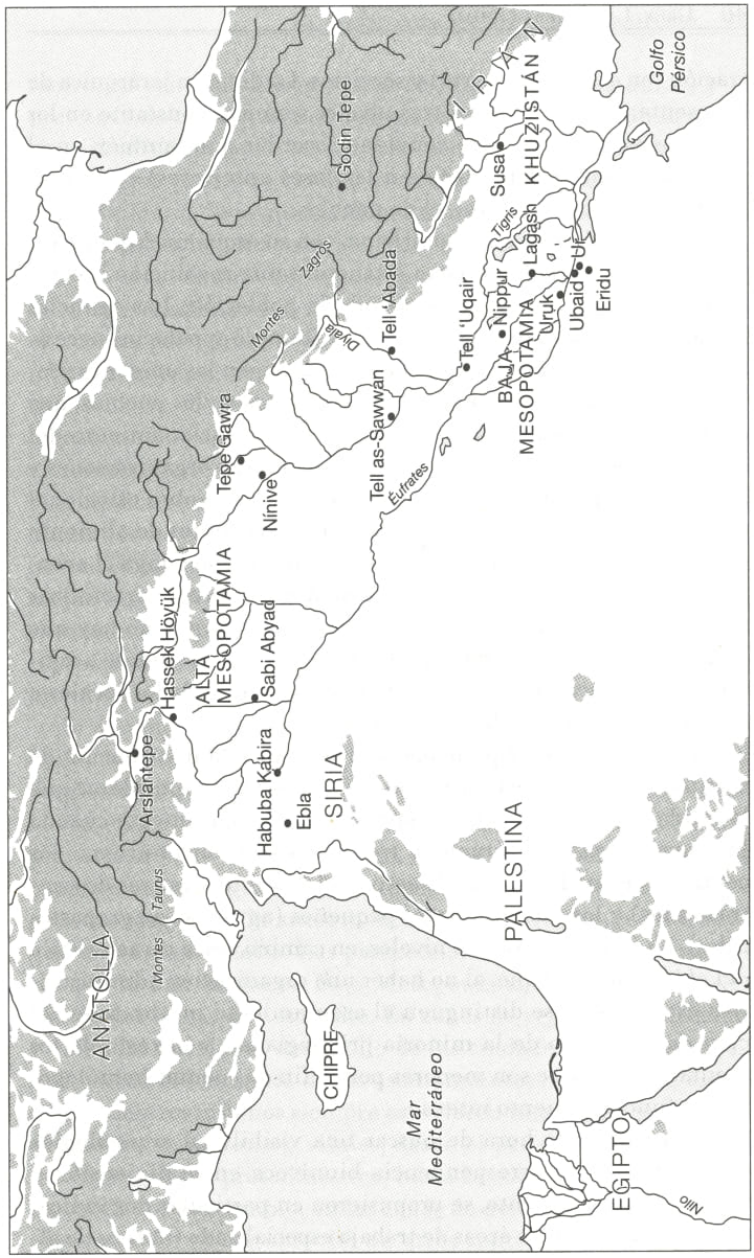


FIGURA 4. Mesopotamia en la edad de Uruk.

En realidad la revolución urbana, con su esquema tripolar antes

esbozado, es por su misma estructura una revolución incompleta, pues no puede abarcar a toda la población. Las agencias centrales o «grandes organizaciones» (templo y palacio) necesitan, para su funcionamiento, que se mantengan las unidades productivas familiares, por lo general agrupadas en los pueblos, que además son depósitos de mano de obra. El funcionamiento del sistema depende de la relación entre las grandes organizaciones y las unidades productivas familiares. La mano de obra estacional que proporcionan éstas permite obtener excedentes de alimento destinados a fines sociales. Por lo tanto, aunque se ponga el acento en las grandes organizaciones y se acostumbre a caracterizar todo el sistema como centrado en la
ciudad-templo,
no hay que olvidar que la mayoría de la población seguía dedicándose a actividades productivas primarias y vivía en comunidades locales o en *oikoi*
(casas-haciendas)
familiares.

En el análisis de tipo neogeográfico sobre la distribución de asentamientos y su estructura jerárquica se suele considerar que la salida del estado arcaico se aprecia arqueológicamente cuando los asentamientos se sitúan en tres niveles: el centro urbano, los centros intermedios (sedes de actividades administrativas descentralizadas) y los asentamientos pequeños (agrícolas o agropastorales). La estructura de dos niveles, en cambio, sería característica del *chiefdom*, en el que, al no haber una organización administrativa estable, sólo se distinguen el asentamiento mayor, sede del clan del «jefe» (o de la minoría privilegiada), y el resto de los asentamientos, que son menores pero a fin de cuentas homólogos por su funcionamiento interno.

Pues bien, a la hora de buscar una visibilidad arqueológica que confirme la correspondencia biunívoca entre dimensión y rango del asentamiento, se propusieron en particular dos indicadores: la presencia de áreas de trabajo especializado (hornos de alfarero, escorias metálicas, restos de talla de piedras duras) y la presencia de elementos decorativos (conos de arcilla con la capucha pintada) típicos de los edificios ceremoniales o administrativos. Aunque pronto se vio que estos elementos también aparecen en yacimientos

de pequeñas dimensiones, lo que pone en duda la correspondencia pura y simple entre dimensión y función.

Pero en el ámbito del esquema tripolar que proponemos esta falta de correspondencia no es ningún problema: una vez sentado el carácter protourbano (e internamente complejo) de los asentamientos mayores, no tiene nada de particular que unos pueblos de tipo sencillo (depósitos de mano de obra) puedan alcanzar dimensiones considerables; ni que, por el contrario, las funciones administrativas y ceremoniales descentralizadas también puedan desempeñarse en asentamientos pequeños. En cuanto a las producciones especializadas, más adelante veremos que algunas no necesitan concentrarse en la ciudad y pueden localizarse, incluso mejor, en un pueblo. En una palabra, la complejidad global del sistema no implica necesariamente un reparto de las actividades especializadas en relación con el tamaño decreciente de los elementos que componen dicho sistema.

Si pasamos luego de la configuración de la célula «comarcal» (ciudad más pueblos que dependen de ella) a una configuración «regional» más amplia, la situación no es nada homogénea: la relación entre la ciudad y los pueblos varía, en cuanto a formas y proporciones, de un lugar a otro, con arreglo (sobre todo) a las condiciones ecológicas. Las variaciones regionales coinciden a grandes rasgos con la antes mencionada diversidad geomorfológica entre vega y delta. Las prospecciones extensivas de superficie que se han hecho en Baja Mesopotamia han puesto en evidencia dos líneas de desarrollo. En zonas de vega (país de Akkad y valle del Diyala) el desarrollo de las ciudades estuvo acompañado de un crecimiento de los asentamientos menores, de modo que los centros urbanos siempre estuvieron insertos en una trama de pueblos numerosos y vitales, desde el período Uruk tardío, a través de todo el protodinástico, hasta la edad neosumeria y paleobabilonia. En cambio, en las zonas de delta el crecimiento explosivo de Uruk, seguido del de otros centros urbanos, produjo una crisis evidente de los asentamientos menores. Incluso dentro de la zona meridional hay una diferencia evidente entre el sur profundo (Uruk, Ur, Eridu, Umma; faltan prospecciones del área de Lagash), con una acusada centralización urbana, y la zona intermedia (Nippur), con un desarrollo más equilibrado.

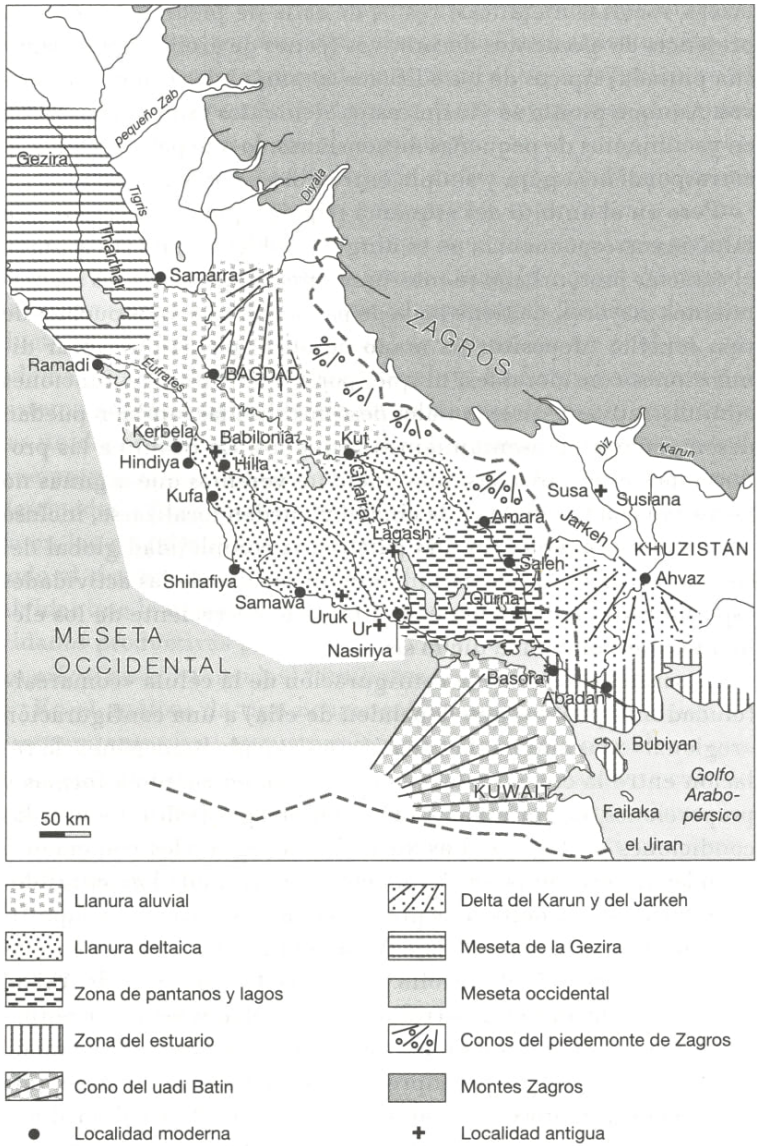


FIGURA 4. Geomorfología de la Baja Mesopotamia (elaborado a partir de P. Sanlaville, *Paléorient*, 15, 1989, fig. 2).

Las viejas explicaciones de tipo étnico o nacionalista (sur

sumerio y norte acadio) ya no parecen adecuadas. Pero el análisis en términos estrictos de asentamiento tampoco puede revelar gran cosa, más allá de unas tasas de crecimiento diferentes, o de la hipótesis de migraciones internas (del campo a la ciudad, de unas zonas a otras). La despoblación de los campos meridionales sería una consecuencia de la continua tensión
político-militar,
pero no se entiende por qué esta explicación no vale también para el norte.

En cambio, si además del tipo de asentamiento tenemos en cuenta la forma de explotación agraria, la respuesta es clara. En el norte, el riego a manta y los campos cuadrados, explotados a escala familiar, mantuvieron una red de pueblos que en el sur fue destruida en parte por el riego con surco y los campos largos de explotación planificada por el templo. La estrategia social de la primera urbanización tiene rasgos más acusados en el sur, mientras que en los centros urbanos del norte prevalece la estrategia familiar. La «revolución», al difundirse por el norte, debe adaptarse a las condiciones ecológicas y agrarias locales. Más adelante veremos que esta adaptación será mayor en las zonas de la Alta Mesopotamia con agricultura de secano, por no hablar de las zonas de la periferia montañosa.

4. La estructura social

De lo anterior se deduce que la transición del sistema de pueblos tardoneolíticos al sistema urbanizado protoestatal tuvo que producir cambios profundos en el tejido social y las relaciones sociales. Vamos a examinar, siquiera brevemente, los problemas planteados por la alternativa entre familia nuclear y familia ampliada, la aparición de minorías privilegiadas y desniveles sociales internos y la formación de un sistema social destribalizado.

En lo concerniente a la familia ampliada, la herencia de las grandes teorías decimonónicas con evolucionismo unilineal es persistente. Según dichas teorías, la familia nuclear era el resultado final de un paso progresivo de estructuras más amplias y poco

diferenciadas a estructuras cada vez más reducidas y concretas. La progresión desde una «horda primitiva», pasando por la tribu, el clan y la familia ampliada hasta llegar a la familia nuclear, va aflojando las ataduras gentilicias y libera al individuo. Pero en realidad la familia nuclear no es una alternativa a otras relaciones parentales y tribales más amplias, con las que puede coexistir tranquilamente. Lo importante es saber cuál es la dimensión más significativa, tanto en el marco de las relaciones matrimoniales como en el de las relaciones productivas (ambos marcos, por otro lado, son interdependientes). El indicador arqueológico más evidente es el tamaño de la vivienda, en el supuesto de que refleje tanto las relaciones de convivencia diaria como la organización del trabajo y la administración de los recursos. Dicho sea de paso: tanto en sumerio como en acadio (y en general en las lenguas semíticas) un mismo término (sumerio é, acadio *bitum*) designa la casa como vivienda, como unidad productiva (en el sentido de *oikos* o del inglés *household*) y también (por lo menos en semítico) como unidad familiar.

Aunque los datos primarios y los estudios analíticos de que disponemos son todavía insuficientes, parece que en los largos milenios del neolítico de Oriente Próximo prevalece la unidad de habitación pequeña, de familia nuclear, por supuesto incluida en unas relaciones gentilicias y de vecindad más amplias (pero menos importantes) que se concretan en la unidad de asentamiento, el pueblo. En el período Ubaid aparece una vivienda amplia (de 100-150 m^2 y más), que puede alojar bajo el mismo techo a una familia de tipo ampliado. Después, cuando aparece la urbanización (período de Uruk), se produce tanto una reducción de la unidad de habitación (que vuelve a ser nuclear) como una disgregación de la unidad de asentamiento. Si se quiere aventurar una explicación (en términos muy simplificados), habría que pensar que la familia ampliada es el fruto de la «revolución secundaria» y en particular de la agricultura de regadío con administración local; y que el proceso posterior de reducción a familia nuclear es el fruto de la revolución urbana y la agricultura de regadío con administración centralizada.

Pero junto al indicador arqueológico (el tamaño de las unidades

de habitación) hay que tener en cuenta el indicador textual (disponible sólo después de la revolución urbana) de los sistemas de transmisión hereditaria. En principio, a un predominio categórico de la familia nuclear le corresponde una transmisión hereditaria de padre a hijo y, a veces (en estado de necesidad), una enajenación de la propiedad hecha por el cabeza de familia. En cambio, el peso del vínculo familiar ampliado se advierte, primero, en la administración de la propiedad familiar por hermanos indivisos, y después en la coparticipación de parientes más lejanos en caso de cesión a extraños.

En el caso (frecuente) de la presencia de varios hermanos coherederos, la economía nuclear lleva a la división de la propiedad paterna con arreglo a unas cuotas establecidas, en general paritarias con una preferente (el doble, pero depende de las costumbres locales) para el primogénito. Para evitar una fragmentación excesiva es recomendable la administración indivisa, sobre todo en relación con los problemas de riego. En caso de enajenación de tierras, los textos (de la época protodinástica) muestran por lo general que el vendedor (único, o a veces un par de hermanos indivisos) debe implicar a una larga serie de personas, miembros del círculo familiar ampliado, para garantizar la validez legal y social de la cesión de las tierras a un extraño.

Estos indicadores textuales sobre la persistencia (todavía en el III milenio) de vínculos gentilicios ampliados con un peso socioeconómico, se encuentran sobre todo en el norte (zona de Akkad) y están relacionados claramente con la subsistencia del sistema de pueblos y el riego de radio local. En el sur, una urbanización más acusada y la difusión del sistema de riego centralizado socavan los vínculos gentilicios ampliados y favorecen la unidad productiva nuclear. En breve abordaremos esta cuestión.

Pero antes de pasar a otro tema conviene señalar dos aspectos de las relaciones gentilicias ampliadas. El primero es que la sociedad bajomesopotámica de edad histórica (como la egipcia, pero a diferencia, por ejemplo, de la china) daba poca importancia a las relaciones gentilicias. No parece que el parentesco extranuclear tuviera más importancia (política o económica) que en nuestra sociedad moderna. Cuando encontramos en los textos mesopotámicos definiciones de pertenencia tribal, se refieren a

poblaciones pastorales desperdigadas por la estepa periférica y consideradas extranjeras. Aunque no podemos proyectar esta situación, sin más, uno o dos milenios hacia atrás, la idea —hoy preponderante— de que el factor gentilicio y las relaciones de parentesco tuvieron un papel destacado en el proceso de formación protourbano y protoestatal lleva toda la carga de la prueba. Al parecer, la revolución urbana de la Baja Mesopotamia acabó con las estructuras gentilicias y situó a la familia nuclear en un contexto de comunidad político-territorial amplia, con reagrupaciones intermedias (con fines sustancialmente administrativos) de carácter territorial o laboral.

El segundo aspecto es la presunta aparición de minorías dirigentes con base gentilicia como artífices del paso de un nivel de *chiefdom* a un nivel de «estado arcaico». A diferencia, probablemente, de algunas zonas de la periferia montañosa (que siguieron el camino del *chiefdom* y lo mantuvieron durante milenios), la Baja Mesopotamia parece más bien ajena a dicha estrategia. Ya se ha dicho que las viviendas típicas de la fase Ubaid se caracterizan por una marcada homogeneidad tipológica y una variación de tamaño bastante limitada, debida a factores meramente cuantitativos (tamaño de la familia). En las excavaciones más extensas de lugares habitados no se encuentran viviendas atribuibles a un «jefe». El edificio A de Tell Abada, citado a veces como tal, es un poco mayor que los demás, pero por la planta y por los indicadores de función vemos que no es una vivienda de rango superior, sino un edificio comunitario con función ritual (concentración de sepulturas de niños) y administrativa (concentración de marcas). Al término del proceso de urbanización, la reciente interpretación de la escuela francesa, que considera los edificios del área del Eanna
tardo-Uruk
como edificios ceremoniales pero no templos (lugares de reunión de los ancianos y de comidas en común) parece totalmente infundada.

Pasemos ahora al impacto de la revolución urbana en el tejido social. Lo que hemos dicho sobre el paisaje de campos largos, el riego centralizado y el esquema tripolar para el drenaje de los frutos del trabajo indica claramente que la revolución no fortaleció a supuestas élites gentilicias, sino que tuvo el efecto contrario.

Instauró un sistema de relaciones despersonalizadas y burocratizadas en el marco de la administración de una o varias agencias centrales emanadas del templo.

En todo el sector de la economía directa o indirectamente administrado por el templo se instauró una relación personal entre agencia y prestadores de trabajo. La remuneración del trabajo estacional consistía en raciones alimentarias personales, y la del trabajo permanente (el de los especialistas no productores de alimento) en lotes de tierra, que eran propiedad del templo y se entregaban en usufructo a cambio de la prestación de trabajo (usufructo personal y temporal).

El título de posesión territorial del sector público (uso condicionado y personal) y del sector privado (herencia familiar) eran completamente distintos. Pero su coexistencia en la misma sociedad produjo una influencia mutua. Por un lado, la norma de la transmisión hereditaria, típica del sector privado, se aplicó también en el sector público, tanto con formas legítimas (tendencia a heredar el puesto de trabajo y por consiguiente la concesión territorial) como de usucapión. Por otro lado, la idea de la posesión personal (individual, no de grupo familiar ampliado) fue pasando del sector público al privado, de modo que el cabeza de familia pudo disponer plenamente de las propiedades familiares (al principio inalienables fuera del grupo gentilicio), lo que se tradujo en una difusión de las ventas, a veces camufladas de adopciones.

En conjunto, la influencia de la revolución urbana sobre el tejido social se ejerció en dos direcciones, sólo en apariencia divergentes. Creó grandes agencias públicas, administradas con criterios despersonalizados, que se hicieron con el control de grandes sectores del territorio y la economía; y liberó al sector privado residual (pero consistente) de las ataduras gentilicias tradicionales, encaminándolo, a través de un largo y lento proceso histórico, hacia una gestión individual del trabajo y los medios de producción.

3. La administración de una economía compleja

1. El ciclo de la cebada

Los sumerios del III milenio eran muy conscientes de que su economía se basaba, sobre todo, en dos elementos: la cebada y la oveja. La composición literaria neosumeria en la que estos elementos rivalizan en utilidad para la comunidad humana no puede ser más atinada. Por lo tanto conviene explicar, siquiera a grandes rasgos, cómo se administraba en el aspecto técnico y, sobre todo, organizativo la producción y redistribución de estos dos recursos fundamentales, que constituían el armazón de todo el sistema económico. Evidentemente, los dos elementos tenían características muy diferentes y requerían una organización distinta del proceso productivo.

En la Baja Mesopotamia la cebada pasó a ser el cereal básico de la dieta desde el período Ubaid antiguo, sobre todo por dos características: su maduración rápida y su tolerancia de suelos salinizados. Con respecto a otros cereales que se cultivaban entonces y eran más alimenticios (trigo y escaña), la cebada resistía mejor las dos grandes amenazas que se cernían sobre la agricultura bajomesopotámica. En primer lugar, el mal encaje temporal entre el ciclo anual de la cerealicultura y los niveles fluviales (con crecidas al final de la primavera que podían echar a perder las mieses ya próximas a la maduración), así como la llegada recurrente de las

langostas, que aconsejaba segar lo antes posible para evitar graves daños en la última fase de maduración de la cosecha. En segundo lugar, la irrigación en exceso (natural y, sobre todo, artificial) en la zona del delta, con pendiente mínima y capa freática muy alta, y por lo general con lluvias irrelevantes, hacía que las sales del agua de riego permanecieran en la superficie del suelo y se acumulasen hasta hacer impracticable el cultivo. Fue así como la cebada se impuso claramente (más del 90 por ciento de la superficie cultivada) en las tierras del sur, mientras que en las tierras de secano de la Alta Mesopotamia las proporciones estaban más equilibradas (con un
30-40
por ciento de trigo).

Por lo tanto, cuando hablamos de excedentes agrícolas en relación con el proceso de primera urbanización, estamos hablando en sustancia de excedentes de cebada. Para la agencia del templo el problema de organización consistía en producir y acumular grandes cantidades de cebada, además de la necesaria para alimentar a los productores. La solución que se dio a este problema confirió a toda la economía protohistórica de la Baja Mesopotamia su fisonomía característica.

A primera vista se podría pensar (y hay quien, distraídamente, lo hace) que los pueblos de productores agrícolas eran tributarios del templo, es decir, que entregaban al templo una cuota de sus cosechas. Esta relación tributaria simple es la que podríamos encontrar en los *chiefdoms*; no confiere ninguna complejidad al sistema, es muy dolorosa para los productores y requiere dos desplazamientos físicos del producto (acumulación y redistribución). En cambio la solución adoptada fue muy distinta: la creación de infraestructuras (riego) y el cultivo de tierras pertenecientes al propio templo, cuyas cosechas iban a parar a él una vez descontadas las cuotas destinadas a los trabajadores. Si los trabajadores hubieran sido todos los que se necesitaban para las labores estacionales, pero mantenidos durante todo el año y a tiempo completo con las familias a su cargo, la obtención de excedentes para destinarlos a inversiones sociales habría sido insuficiente. Pero se recurrió a prestaciones de trabajo (*corvées*) de los vecinos de los pueblos durante períodos concretos (sobre todo

para la siega) y sin familias a su cargo.

La unidad de producción era una extensión de 100 *iku* (unas 30 hectáreas) de tierra en forma de campos largos, administrada por un *engar* («campesino» o más propiamente un «gerente agrícola»), y dotada de un *apin* («arado» o más propiamente «equipo de labranza y siembra», con dos o tres parejas de bovinos), y un número muy reducido de dependientes fijos, retribuidos con asignación de tierras. El trabajo estacional, con concentración de cientos de trabajadores, se aseguraba con el sistema de la *corvée*. En conjunto el mecanismo se parece al que estudió Witold Kula como «feudal» (en la Polonia de la baja Edad Media): los costes vivos de gestión son bastante reducidos y permiten obtener excedentes sustanciosos, mientras que si se incluyesen en el cómputo los costes sociales (descargados en las comunidades aldeanas) el saldo sería netamente pasivo.

El templo retribuía a los trabajadores estacionales con raciones personales, pero descargaba los demás costes sobre las comunidades de procedencia. No sólo en el sistema clásico (neosumerio), sino ya en el período Uruk tardío, los costes de gestión se calculan en un tercio de la cosecha, mientras que los dos tercios restantes pasan a la administración central. Los costes de gestión son: simiente para el año siguiente, raciones alimenticias para los hombres, raciones complementarias para los animales de labor en los meses que son utilizados (el resto del año los animales se mantienen pastando en estado de subalimentación). El momento o mecanismo crucial para la constitución de excedentes es el trabajo estacional obligatorio. O dicho en términos más optimistas e ideologizados: los fieles del dios (= del templo) labraban las tierras del dios como un servicio obligatorio y retribuido con raciones alimenticias. El «coste», para las comunidades de procedencia (pueblos, familias), seguramente no era excesivo, pues aunque la *corvée* coincidía con el período en que también se necesitaban brazos para trabajar las tierras propias, en una familia ampliada probablemente la ausencia de uno de cada diez miembros (si era éste el orden de magnitud de la aportación requerida) durante dos o tres meses al año, no era un problema demasiado grave.

En cuanto a la estimación cuantitativa de la cosecha que se reservaba la administración, de los textos posteriores se desprende

claramente que ésta la ajustaba poco antes de la cosecha. Era un sistema generalizado en toda la antigüedad, para no tener que controlar la cantidad cosechada después de la siega (sobre todo después de la trilla) y obviar así las sustracciones fraudulentas. La paja también se utilizaba, entre otras cosas, para hacer adobes y como combustible.

Volviendo al mecanismo productivo en su conjunto, si la relación tributaria simple (tipo *chiefdom*) se basaba en una simple contraposición entre jefe y productores tributarios, el sistema introducido en la Baja Mesopotamia lo hacía en la interacción de tres elementos: la agencia central (el templo, y más tarde también el palacio real), el pueblo (de donde salían los trabajadores de *corvée*) y la hacienda agrícola del templo. Esta relación tripolar (con complicaciones que no podemos examinar aquí en detalle) se traduce en una complejidad de tipo espacial, es decir, en una diversificación del territorio y sus ocupantes. Las tierras y los hombres tenían distintas condiciones jurídicas y socioeconómicas, y distinta era la relación que mantenían con la agencia central. Había tierras de administración central, tierras de asignación condicionada, tierras de propiedad familiar y administración directa, y también en arriendo y aparcería. Había dependientes internos de la agencia central redistributiva y comunidades económicamente «libres» (en el sentido de que tenían sus propios medios de producción) pero con la obligación de trabajar para la agencia central. Igual de complicadas eran las relaciones entre los distintos elementos: prestaciones obligatorias de trabajo, prestaciones de servicios (por especialistas), suministro de raciones alimenticias, usufructo de medios de producción,
etc.

El ciclo de la cebada es fundamental, no sólo porque se refiere al alimento principal, sino porque la facilidad de almacenamiento, conservación y redistribución de este producto lo convierte en el elemento central del mecanismo de raciones y, por consiguiente, de la financiación (en términos, para entendernos, de *staple finance*) de los trabajadores a *corvée* y los dependientes a tiempo completo. No sólo de cebada se vivía en Mesopotamia, por supuesto, pero la producción de otros alimentos no daba lugar a ciclos administrativos semejantes, por motivos sustancialmente técnicos.

Por ejemplo, las cebollas y las lechugas no se podían almacenar, porque se enmohecían y marchitaban rápidamente, de modo que cada cual cultivaba las suyas y el templo no asumía su administración. Entre los endulzantes tenía una importancia enorme la palmera datilera (que en la Baja Mesopotamia formaba parte del paisaje agrario desde el periodo de Ubaid), pero su cuidado especializado durante todo el año desaconsejaba el empleo de mano de obra forzosa y aconsejaba más bien su cultivo a cargo de familias, arrendatarios o aparceros.

No creo que se haya reflexionado lo suficiente sobre la influencia peculiar de las características meramente técnicas en la determinación de la cebada como factor básico en el proceso de protourbanización. Una comparación con otros casos servirá para aclarar este particular.

Consideremos, por un lado, el caso de cultivos como tubérculos y fruta, que prevalecen en los países tropicales y subtropicales y proporcionan a las comunidades humanas comida abundante con un esfuerzo moderado. Estos productos tropicales no requieren concentraciones de trabajo en la fase de preparación del territorio ni en la de siembra o recolección; además no son adecuados para la concentración y la distribución porque se conservan mal. De modo que el cultivo del *yam*, el taro o el plátano no puede generar un sistema centralizado y redistributivo sino que, por el contrario, favorece el mantenimiento de una sociedad igualitaria, con su propio consumo y su propia reproducción: con estos productos no se podrían formar organismos protoestatales.

Por otro lado, consideremos el caso de las zonas cuya riqueza potencial son materias primas como los metales, las piedras duras o la madera —generalmente las zonas de montaña, incluidas las de la periferia de Mesopotamia—, En este caso la explotación de los recursos ambientales puede producir una acumulación importante de riqueza que, sin embargo, permanece inmovilizada y no se puede repartir en forma de comida. Quien controla los recursos (el jefe local) puede enriquecerse si se introduce en circuitos de intercambio, pero la población local (salvo un reducido grupo de mineros y leñadores) quedará fuera del proceso: los productos alimenticios básicos, con la tecnología de la época, no pueden «intercambiarse», porque no pueden llevarse de un lado a otro con

un coste razonable. Entonces habrá procesos de atesoramiento y ostentación con fines de prestigio, pero no un despegue hacia la centralización y la urbanización. Es la situación que ilustra dramáticamente el mito griego del rey Midas que convertía en oro lo que tocaba, riquísimo pero incapaz de alimentarse.

Entre estos dos casos extremos, de riquezas fáciles de producir pero difíciles de repartir, la cebada se sitúa, por así decirlo, en el término medio. Se puede producir en masa excedente, pero sólo con grandes inversiones de trabajo humano concentrado, para la preparación del territorio (riego) y el propio cultivo; es fácil de almacenar y se puede distribuir en cantidades pequeñas (raciones diarias); se conserva bastante bien (a diferencia de los tubérculos y la fruta) pero no indefinidamente (a diferencia de los metales y las piedras duras), lo cual estimula tanto su acumulación como su uso con ritmo anual. En sustancia, la cebada estimula de forma inmejorable la interacción que da lugar, mediante relaciones integradas pero estructuralmente desiguales, a organismos sociopolíticos complejos. Sólo el arroz (en el sur y el este de Asia) y en cierta medida el maíz (en la América Central y andina) tienen características similares, y por ello dieron origen (aunque en otros tiempos) a procesos paralelos de formación protourbana y protoestatal.

2. El ciclo de la lana

Además de las raciones alimenticias, el templo y el palacio debían entregar a sus dependientes raciones de lana (o telas, o vestidos confeccionados) todos los años. Por lo tanto las agencias centrales debían ocuparse de producir lana y telas en gran cantidad. Además, una producción de telas a costes adecuados proporcionaba a estas agencias un recurso idóneo para la exportación en el ámbito del comercio administrado.

El ciclo de la lana dio lugar a una complejidad que podría llamarse «de secuencia», puesto que las etapas de cría de las ovejas, esquileo, cardado y lavado, hilado y tejido, y por último la confección, implicaban distintas relaciones de gestión. A grandes

rasgos se pueden distinguir tres fases.

La fase de cría de las ovejas, por evidentes motivos técnicos y ecológicos, se desarrollaba fuera del control administrativo. Los rebaños de ovejas y cabras trashumaban en sentido horizontal en la meseta siroarábiga, y en sentido vertical en los montes Zagros, en el noreste de Mesopotamia. En la trashumancia horizontal se aprovechaban durante el invierno y la primavera los pastos de las estepas que brotaban con las modestas lluvias del invierno y se secaban con la llegada del calor estival. En la estación cálida y seca se aprovechaban los pastos del valle fluvial, que estaba ampliamente disponible porque en él prevalecían los cultivos de invierno (la cebada) y se practicaba la rotación bianual sencilla (con el 50 por ciento de las tierras en barbecho). En la trashumancia vertical se aprovechaban los pastos de piedemonte en la estación estival-otoñal,
y de montaña en la estación invernal-primaveral. En todo caso la cría de ganado se hacía lejos (estacionalmente muy lejos) de los administradores urbanos.

Vemos, pues, que la administración confiaba sus rebaños a unos pastores (cada uno podía cuidar de 100 a 200 ovejas) que se desperdigaban por el territorio, y desconocía las tasas reales de crecimiento de cada rebaño (natalidad y mortalidad) y producción (leche y derivados). Debía limitarse a hacer controles anuales o semestrales y establecer parámetros de crecimiento y productividad constantes, que al mantenerse bastante bajos se podían exigir con firmeza. A través de toda la historia mesopotámica, la tasa de crecimiento que exige la administración es del 25 por ciento anual (una cría por cada dos ovejas adultas), y la proporción de machos y hembras se fija en mitad y mitad. La tasa de crecimiento se determina de varios modos: la administración neosumeria exige un cordero por cada dos hembras adultas y convencionalmente pasa por alto las muertas. En períodos posteriores los cálculos convencionales son más realistas, con tasas de natalidad más altas compensadas por tasas de mortalidad, pero el resultado sigue siendo el mismo. De los textos arcaicos de Uruk IV-III
sobre controles anuales se deduce que el convenio neosumerio ya estaba en vigor cuando se produjo la primera urbanización. Por

supuesto, del cómputo total se restan las cabezas sacrificadas por decisión del propietario (en este caso el templo) para usos alimentarios ceremoniales (sacrificios y banquetes). Pero este uso alimentario se mantiene en niveles moderados (siempre bajo el umbral del 25 por ciento), de modo que el tamaño de los rebaños tiende a mantenerse constante.

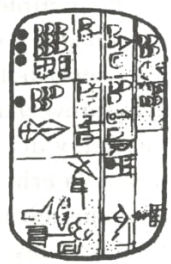
(a)

CLASIFICACIÓN DEL GANADO

	OVEJAS	CABRAS	BUEYES
Adultos hembras	U_8	UD_5	ÁB
Adultos machos	UDUNITA	MÁŠ	
Jóvenes hembras	KIR_{11}	EŠGAR	AMAR-SAL
Jóvenes machos	SILANITA	MAŠ	AMAR-KUR
Producto			

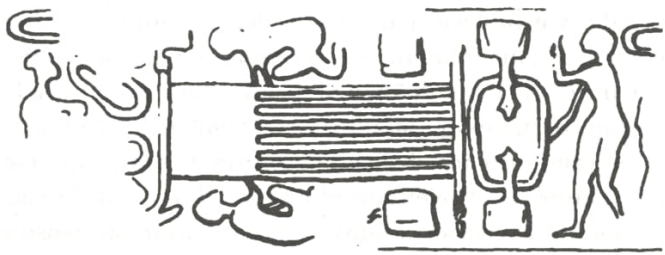
(b)

W 17729GI



Total ovejas	39
ovejas muertas	2
SU y otras detracciones	15
ovejas de un año	0
(ovejas adultas restantes)	22
corderos recién nacidos	11

(c)



(d)

FIGURA 5. Actividades agropastorales del periodo Uruk tardío: (a) trillo en un sello de Arslantepe; (b) terminología del ganado en los textos de

Uruk; (c) tablilla con descripción de un rebaño; (d) escena de telar en un sello de Susa (a: tomado de M. Frangipane, *La nascita dello Stato*, *op. cit.* , p. 250, fig. 76a; b-c: elaboración a partir de M. Green, *Journal of Near Eastern Studies*, 39, 1980; d: tomado de P. Amiet, *Glyptique susienne*, París, 1972).

La determinación contractual y convencional de tasas de crecimiento bastante bajas (en realidad las ovejas suelen parir un cordero al año) permitía que el pastor apartase una reserva de animales para su provecho exclusivo, que compensan las pérdidas de los años malos. La cantidad de derivados lácteos que debía entregar a la agencia central (mantequilla y queso, porque la leche no se podía centralizar con los medios técnicos de la época) también era reducida. En cambio, la de lana parece realista, por lo general dos minas (casi un kilo) de lana por oveja; pero el esquileo sí podía hacerse con un control administrativo directo. Así pues, en la fase de cría el templo no podía obtener excedentes importantes, si acaso debía conformarse con no perder demasiado.

El esquileo requería concentración de mano de obra durante un tiempo corto. Para ello se recurría al mismo sistema que para la siega de la cebada: el trabajo forzoso, retribuido con raciones, pero con el resto de los costes sociales a cargo de las comunidades de donde procedían los trabajadores. En realidad esta fase sólo está bien documentada en períodos posteriores, pero no cabe imaginar otra solución. El esquileo, pues, producía un excedente (con respecto al coste laboral empleado), y no conviene pasar por alto este momento, porque el esquileo por «peinado y arrancado» (sumerio ur$_4$, acadio *baqāmu*) que prevaleció en el III milenio es una operación más larga que el «rasurado» (acadio *gazāzu*) con cuchillas especiales, que prevaleció en el II milenio.

Las fases de elaboración más trabajosas eran el hilado y el

tejido. La solución que se adoptó en ambos casos fue muy diferente, una solución que en el ciclo de la cebada sólo se aplicó en la fase relativamente marginal de la molienda para consumo interno. Fue el recurso al trabajo esclavo, con mano de obra sobre todo femenina y también de menores, por considerarla más adecuada a las labores domésticas y además menos costosa para la agencia central, pues las raciones alimenticias eran proporcionales al peso del cuerpo y por lo tanto menores para las mujeres y los niños que para los hombres: las raciones femeninas eran 2/3 de las masculinas para las mujeres adultas, y en el caso de los niños se reducían a la mitad. Esta mano de obra esclava, del orden de un centenar de personas, se concentraba en unos edificios (mitad cárcel mitad taller textil) y unos vigilantes y guardias controlaban fácilmente su rendimiento laboral. No se han hecho cálculos al respecto, pero es evidente que el valor añadido, en la transformación de lana en tejido, es muy superior a la retribución en raciones a las esclavas tejedoras. El reclutamiento de la mano de obra esclava no requería un desembolso directo, pues se trataba de prisioneras de guerra y «oblatas» (sumerio *a.ru.a*) ofrecidas al templo por la comunidad de fieles. Más adelante (sobre todo durante el II milenio) la fuente principal fue la esclavitud por deudas.

En el sector «oveja/lana» también es probable que el sistema de administración del templo se creara cuando aparecieron factores de progreso tecnológico relacionados con la revolución urbana. El elemento básico es el telar, de momento horizontal (el vertical fue un avance técnico del II milenio), tal como aparece en la glíptica Uruk tardía
(fig.
5d). La historia anterior a los primeros testimonios iconográficos no debió de ser muy larga.

En efecto, allí donde existe documentación arqueozoológica adecuada (como en Arslantepe) se aprecia un crecimiento muy importante, un verdadero salto, en el porcentaje de huesos de ovicápridos en relación con el de huesos de otros animales (suinos y bovinos) cuando se pasa de la fase calcolítica tardía a la fase Uruk tardía. La revolución urbana produjo una verdadera explosión de dimensiones en la cría de ovicápridos. Esta explosión no podía estar relacionada con los usos alimentarios, pues la ganadería estaba

dirigida sobre todo a la producción de lana, de modo que la relación se establecería con una industria textil centralizada por las agencias del templo, tal como se ha descrito.

La prueba de que la producción de tejidos en los grandes telares centrales suponía un ahorro con respecto a la producción en el ámbito familiar es el hecho de que se exportaran grandes cantidades de tejidos desde los centros urbanos mesopotámicos a zonas donde también había ganado ovino. Se conocen, incluso, casos de exportación de telas a cambio de lana (comercio asirio en Anatolia, siglo XIX
a. C.),
lo que demuestra de un modo evidente que la conveniencia económica dependía de que la producción fuese de tipo «industrial», y no de la disposición de materia prima.

También es interesante señalar que la adopción de la lana como materia textil fundamental en la época Uruk tardía (en sustitución del lino, que aún prevalecía en el período Ubaid) se debió a factores ambientales. La comparación con Egipto, que adoptó el lino como materia textil fundamental, es reveladora. El lino y la lana eran conocidos y abundantes tanto en Egipto como en Mesopotamia, pero históricamente el egipcio llevaba vestidos de lino y el mesopotámico de lana. Esto se debe a que la periferia de Mesopotamia (con sus extensos pastos de estepa y de altura) era muy adecuada para la cría de ovejas a gran escala, lo que favoreció la ganadería extensiva, mientras que Egipto estaba rodeado de territorios demasiado áridos y prefirió optar por la agricultura intensiva en el valle.

Otra consecuencia de la adopción de la lana en Mesopotamia fue, en la segunda mitad del III milenio, la introducción del cultivo del sésamo. El lino se usaba como textil (tallos) y como oleaginosa (semillas), y al dejar de emplearse para obtener fibra textil, ya no era tan rentable cultivarlo para producir aceite. Entonces se adoptó el sésamo, una planta originaria del sur de Asia que había llegado a Mesopotamia a través del valle del Indo y se había aclimatado al nuevo ambiente como cultivo de verano y podía alternarse con el cultivo de cereales de invierno.

Volviendo al problema de partida, el ciclo de la lana ilustra la aparición de un nuevo tipo de complejidad, no sólo espacial o

territorial sino también secuencial: el producto acabado (en este caso el vestido confeccionado) es el fruto de una serie de operaciones que son distintas no sólo en el aspecto técnico, sino también por su relación con la agencia central y el modo en que ésta las administraba. Probablemente este tipo de complejidad representaba una novedad frente a las unidades domésticas, donde una sola unidad productiva podía llevar a cabo todo el proceso, de la oveja al vestido. En las unidades domésticas el trabajo también estaría repartido entre varios miembros con arreglo al sexo y la edad: muchachos para llevar las ovejas a pastar, hombres para esquilar, mujeres y niñas para hilar y tejer. Pero la relación entre la prestación laboral y el modo de retribución era homogénea, mientras que la transferencia de este ciclo a las agencias centrales dio origen a una serie de relaciones completamente distintas, pero bien adaptadas a la solución de los problemas técnicos y administrativos.

3. El comercio: ¿obtención o ganancia?

La llanura aluvial de la Baja Mesopotamia carecía de las materias primas (metales, piedras duras, madera) imprescindibles para hacer frente a algunas necesidades de una sociedad compleja. Estas necesidades propiciaron un tráfico comercial de larga distancia que ponía en circulación una serie de artículos en el ámbito de un sistema regional diversificado en el aspecto ecológico y mercadotécnico. Ya en las épocas prehistóricas se conocen tráficos a larga distancia, y se han hecho estudios arqueológicos de unos materiales cuya zona de origen puede identificarse con bastante aproximación: conchas marinas, metales y piedras duras, sobre todo obsidiana.

Pero con la aparición de la metalurgia, la construcción monumental y la artesanía de lujo, el problema de la obtención de materias primas adquirió especial relevancia. En la sociedad compleja del estado arcaico el comercio estaba dirigido por especialistas («mercaderes»), y la relación entre ellos y la administración central es un elemento más, nada secundario, de

complejidad económica y administrativa.

Sobre el carácter de esta relación se ha entablado un debate del que conviene hacer un rápido repaso. Unos sostienen que el estímulo principal del comercio mesopotámico es la necesidad de obtener materias primas, mientras que otros dicen que el estímulo principal es el afán de ganancias de los mercaderes. La alternativa está relacionada con dos visiones o teorías opuestas de la estructura del comercio protohistórico. Según la primera visión (que es la famosa tesis de Karl Polanyi) era un comercio «administrado», dirigido por las grandes agencias centrales, sin lugares de mercado ni mecanismos de mercado, con mercaderes que eran funcionarios del templo y del palacio y precios ajustados y estables. Según la otra visión (de tradición liberal clásica pero que vuelve a prevalecer en las últimas décadas, justamente en relación con las teorías polanyianas) era un comercio basado sustancialmente en mecanismos de mercado, con lugares de mercado, mercaderes «emprendedores libres» y precios determinados por la oferta y la demanda.

Nótese también que las fuentes antiguas aducidas por los defensores de cada teoría son de distinto tipo. Los textos encomiásticos, de valor ideológico, respaldan sin lugar a dudas la versión administrada, de obtención de bienes periféricos por la administración central. Ya se ha señalado que la ideología antigua (en general, y la mesopotámica en particular) destaca las importaciones como un alarde del estado central, capaz de traer de todos los rincones del mundo las cosas que necesita, y en cambio evita mencionar las exportaciones y los desembolsos efectuados para obtener estos bienes. Para situar en la historia la «propaganda de las importaciones», típica de la ideología redistributiva, hay que contraponerla a la «propaganda de las exportaciones», típica de nuestro sistema de mercado.

A diferencia de las fuentes encomiásticas, las que son propiamente comerciales, es decir, las que se refieren a la administración del comercio visto desde dentro, revelan una actitud mental y un comportamiento económico centrados en la ganancia y la variación de los precios. Los dos tipos de textos nos remiten claramente a dos niveles (superpuestos y coexistentes) de interpretación de la realidad económica, pero también a dos

segmentos distintos de un circuito comercial de naturaleza compleja. Un segmento de comercio administrado, basado en la agencia central, se articula con otro segmento de comercio libre, basado en el mercader, así que el viejo debate podría darse por concluido, ya que responde a dos visiones parciales.

No cabe duda de que las agencias centrales necesitaban obtener materiales que no se encontraban en los territorios controlados por ellas, y podían obtenerlos convirtiendo los excedentes del producto interior. Para hacer esta conversión tenían que recurrir a operadores especializados (los mercaderes), que se desplazaban a tierras lejanas, fuera del control de la administración central. En realidad es el mismo problema que ya hemos visto al hablar de los pastores, y la solución es semejante. Si con los pastores la administración establecía tasas convencionales de crecimiento y producción de queso, con los mercaderes la administración establecía relaciones de valor convencionales (los llamados precios administrados) entre mercancías de salida y mercancías de entrada. Luego el mercader «desaparecía» (lo mismo que el pastor) para volver al cabo de seis meses o un año y entregar mercancías obtenidas cuyo valor convencional fuera equivalente al de las mercancías recibidas como dotación de partida.

Se aprecian con claridad los dos segmentos antes mencionados: el segmento administrado es el de la relación entre la administración y los mercaderes, mientras que el segmento libre es el de la actividad exterior de los mercaderes. El momento que podríamos llamar de interfase es el de la rendición de cuentas anual, que compara los valores de entrada con los de salida y comprueba su equivalencia (o el déficit, que se descuenta en el balance siguiente). Lamentablemente no conocemos rendiciones de cuentas del período Uruk tardío, pero el mecanismo no sería muy distinto del de las rendiciones de cuentas de la edad neosumeria, bien documentado. En estas últimas se detallan operaciones como la exportación de tejidos a cambio de importación de cobre, a veces acompañado de otras mercancías menores (esencias de madera, aceites, especias,
etc.)
que forman como un «ruido de fondo» de incidencia económica moderada.

En este mecanismo, el segmento administrado, evidentemente, es muy rígido. La administración es incapaz de conocer las tasas reales de intercambio aplicadas en países lejanos; si acaso puede tener una ligera idea de las mismas por la llegada (paralela e inversa) de mercaderes extranjeros. De modo que aplica valores fijos y presumiblemente bajos, que no le proporcionan ganancias (por lo menos sustanciosas) sino más bien una conversión indolora de excedentes locales en mercancías exóticas que cubre su carencia de productos. Hay que tener en cuenta también —en el plano de las representaciones mentales— la consideración del precio como fijo, por estar vinculado al valor natural e inmutable de las mercancías; o sujeto a fluctuaciones regulares, estacionales, en el caso de los bienes (como los cereales) que respondían a un ciclo productivo anual (distancia de la época de la cosecha).

Completamente distinto es el comportamiento del mercader una vez que ha partido con su dotación de mercancías (por ejemplo, tejidos) entregadas por la administración central. El mercader, evidentemente, intentará sacar el mayor provecho de esta disposición de bienes, un margen de ganancia personal en relación con la rendición de cuentas oficial. Esta ganancia la obtiene incidiendo en el factor espacial y en el factor temporal. Por factor espacial entiendo la diferencia entre las tasas de conversión en la ciudad de partida y en el país de llegada: ésta, como es sabido, es la base de toda ganancia comercial. Por factor temporal entiendo la disposición de riqueza móvil durante varios meses, entre una rendición de cuentas y la siguiente; esta riqueza se puede emplear para múltiples operaciones comerciales (con sus correspondientes beneficios) o para operaciones financieras (préstamo con interés a particulares en apuros). Naturalmente, el mercader también tiene sus costes de ejercicio (transporte, tasas de tránsito,
etc.)
y corre riesgos (naufragios marítimos, asaltos de bandidos,
etc.),
pero parece que en toda la historia del comercio mesopotámico la ganancia personal, generalmente, fue muy grande. Cabe suponer que también se podían obtener más ganancias privadas juntando en la misma caravana las mercancías entregadas por la administración con otras de los propios mercaderes o entregadas por particulares.

En conjunto, el mecanismo administrativo y el afán de ganancia podían coexistir tranquilamente en el ámbito del mismo sistema comercial.

En la Baja Mesopotamia el comercio de las ciudades seguía dos rutas principales. Había un comercio marítimo en el golfo Pérsico (donde la presencia de la Baja Mesopotamia está bien atestiguada ya en el período de Ubaid) hasta la isla de Dilmun (actual Barhain), donde el circuito bajomesopotámico se conectaba con los de Omán (de donde llegaba el cobre), el sur de Irán (piedras duras y objetos de piedra dura) y el valle del Indo (maderas exóticas y metales preciosos). Por otro lado, había un comercio terrestre que remontaba el Tigris y el Éufrates hasta las tierras altas de Anatolia, ricas en madera y plata. En la época Uruk tardía este comercio terrestre, como veremos más adelante, estableció «colonias» en el curso medio y alto de ambos ríos y en las mesetas de la Alta Mesopotamia, para reducir la duración de los trayectos exteriores.

El comercio se practicaba con caravanas de asnos o mulas, en número suficiente para enfrentarse a los peligros del viaje. La carga normal de un animal se registra en los documentos comerciales paleoasirios (unos 90 kilos de metal o unos 70 kilos de telas), y en la época Uruk tardía no pudo ser muy distinta. Se recorrían unos 25 kilómetros diarios. Las exportaciones consistían sobre todo en tejidos y las importaciones en metales. Hay que descartar, por motivos logísticos, el transporte de cereales a largas distancias (excepto por los ríos); el esquema que presenta el mito de «Enmerkar y el Señor de Aratta», con exportación de cebada de Uruk a cambio de lapislázuli iranio, es sin duda ideológico. En efecto, encaja en el esquema ideal, conocido en otros lugares del antiguo Oriente, según el cual la única exportación de la que se puede alardear es la de comida, que sirve para «sustentar» los países extranjeros. El país central, con riqueza de población y bienes alimenticios, es vital y autosuficiente, mientras que los países de la periferia montañosa están especializados en el monocultivo de productos (hay una montaña del cedro, otra del ciprés, otra del lapislázuli y así sucesivamente) que no podrían sustentarlos y sólo cobran sentido si se llevan al complejo país central.

Hasta ahora hemos hablado del comercio a larga distancia, pero también existía un intercambio local con el que se enriquecía la

franja de economía privada que subsistía al margen de la administración central. Este intercambio local implicaba la existencia de puntos de venta, si no auténticos mercados urbanos (como el zoco o el bazar islámicos), que no están documentados en una edad tan antigua. En estos puntos de venta se comerciaba sobre todo con productos agrícolas (fruta y hortalizas) y de artesanía (como la cerámica), que cubrían necesidades familiares importantes, aunque menos significativas en conjunto y por desgracia mal documentadas en los textos administrativos (precisamente por limitarse al ámbito familiar).

4. El artesanado: ¿centralización o difusión?

La especialización artesanal siempre se ha considerado un elemento calificador (cuando no impulsor) de una organización socioeconómica compleja. Según el planteamiento clásico de Gordon Childe, gracias a la centralización de los excedentes alimentarios, una comunidad podía mantener especialistas no productores de comida. En el «pueblo neolítico» cada núcleo familiar producía los utensilios domésticos y los aperos que necesitaba; en la «ciudad» había una división social del trabajo con intercambio de comida por productos especializados. También en los análisis recientes de corte antropológico, las áreas de elaboración especializada señalan la existencia de una sociedad compleja, y es una señal muy valiosa, porque se puede apreciar directamente en la documentación arqueológica.

Los dos planteamientos tienen una validez indiscutible; no obstante, creo que no se le debería dar tanta importancia a la especialización laboral. Ya existían formas de especialización mucho antes de la revolución urbana. La nueva organización, más que recibir un impulso primario del artesanado, lo que tuvo que hacer fue adaptar su función. Sin duda se produjo un aumento cuantitativo y una ampliación de las necesidades sociales, estrechamente relacionados con la aparición del templo, y se agilizó la importación de materias primas exóticas. Pero los factores que más contribuyeron a la nueva función de la producción artesanal

fueron de tipo organizativo.

Una categoría analítica ya presente en el esquema de Gordon Childe es la que distingue entre el artesano con dedicación plena y el artesano a tiempo parcial. Al primero había que mantenerlo con el excedente alimentario de la comunidad, mientras que el segundo ejercía su actividad artesanal en el tiempo que le dejaba libre la actividad agropastoral. Sólo el artesano con dedicación plena generó una agencia central de compensación que hacía de intermediaria entre los productores de alimento y los trabajadores del sector de la transformación y los servicios. Este modelo parece hoy demasiado rígido, simplifica las cosas excesivamente cuando distingue entre un intercambio simple (trueque) entre unidades productivas homologas y una redistribución centralizada entre grupos económicamente complementarios.

En realidad la organización del trabajo y las relaciones de intercambio interno variaban según el sector artesanal. Pero antes de adentrarnos en estas variaciones podemos decir que la propia naturaleza no totalizadora de la revolución urbana, con grupos autosuficientes que persistían junto a las grandes agencias centrales, permite pensar en un sistema mixto. La centralización del trabajo y las materias primas pudo ser útil en unos sectores e inútil en otros; también pudo haber duplicaciones organizativas, de modo que el mismo producto se fabricaba en el ámbito familiar y en el templo o el palacio.

Dejando a un lado las grandes aglomeraciones de mano de obra no especializada (excavación de canales, edificación de templos, siega, esquileo,
etc.),
para las que la agencia central recurría al sistema de *corvées*, pocas labores especializadas requerían concentración de trabajadores. Los telares, de los que ya hemos hablado, eran un caso bastante aislado. Otro caso parecido era la molienda de cereales, muy trabajosa, que hacían las mujeres a mano con un rodillo y una muela de piedra (generalmente basalto). A lo largo de la historia económica de Mesopotamia, los grupos numerosos de mujeres (de condición esclava) empleados por las agencias centrales fueron, precisamente, el de las tejedoras y el de las molenderas. Había grupos menores (masculinos) que sacaban agua y recogían leña para las brigadas de

trabajadores que estaban lejos de la sede de la agencia central. En todos estos casos se trataba de labores o servicios de tipo doméstico, que tradicionalmente se desempeñaban en el ámbito de cada unidad familiar y planteaban problemas de organización cuando se trasladaban al ámbito de las grandes organizaciones. Y en todos ellos la solución nos lleva al concepto de duplicación antes mencionado: la operación que seguía haciéndose en el ámbito familiar también se hacía en el ámbito centralizado. En cada casa había (o podía haber) un telar, como muestran las concentraciones de pesas de telar halladas en las excavaciones; también había un rincón para la molienda, como muestran los rodillos y las muelas. Al mismo tiempo, el templo o el palacio tenían sus talleres textiles (como atestiguan los documentos escritos, aunque no se han hallado restos) y salas con docenas de muelas alineadas para la molienda en serie (como las que se han encontrado en Ebla, del Bronce medio).

La artesanía propiamente dicha, en cambio, era la elaboración de metales, piedras duras, madera, cuero y fibras vegetales para fabricar armas, utensilios, adornos personales, muebles y otros objetos. Estas labores no requerían grandes concentraciones de mano de obra, pues basta con unas pocas personas para fundir los metales e incluso con una sola para tallar sellos o fabricar muebles. Lo que cuenta es la habilidad personal y la disponibilidad de materiales. Ambos factores ya existían en una organización preurbana, pero el nuevo sistema centralizado, además de multiplicar las necesidades, aumentaba el rendimiento y elevaba el nivel técnico. La habilidad manual y los conocimientos técnicos se transmitían por aprendizaje, normalmente de padres a hijos, de modo que la agencia central se limitaba a controlar y centralizar unas tradiciones artesanales que ya existían.

Había dos motivos principales para la centralización: la afluencia constante (mediante el comercio administrado) de materias primas procedentes de países lejanos, y los contratos públicos, que prevalecían y en el caso de ciertas labores de mucho valor eran casi exclusivos. De modo que la aparición de las agencias centrales produjo cierto grado de centralización de la actividad artesanal. La administración proporcionaba materias primas a los artesanos y les exigía el suministro de determinados productos, retribuyéndoles como personal interno, estable, de la propia

administración, con raciones permanentes o lotes de tierra.

A diferencia de los servicios domésticos que se duplicaron (entre el ámbito familiar y el público), el artesanado administrado desplazó —o por lo menos redujo a la mínima expresión— al artesanado doméstico, por ser más conveniente y eficaz. En este caso las necesidades familiares no se cubrían con un sistema «doble», sino más bien «mixto». El artesano que dependía de la agencia central, después de cumplir sus obligaciones con ella, podía atender encargos particulares y perpetuar así los circuitos de trueque local anteriores a la aparición de la ciudad.

Cuando hablamos de centralización nos referimos a los aspectos organizativos. Pero la centralización logística es otra cosa. Algunas labores (sobre todo las que necesitaban combustible) se ejercían mejor en asentamientos desperdigados, y en virtud de las tradiciones locales ciertos trabajos artesanales se quedaron en unos pueblos determinados. Por eso no podemos confundir la especialización que se aprecia en una población determinada con la especialización global en el territorio de un estado arcaico. A veces se encuentran restos arqueológicos de talleres artesanales con administración centralizada en pueblos que no por ello deben considerarse ciudades. Mientras que algunas actividades, atraídas por la abundancia de materiales, se desperdigaban por el territorio, otras, atraídas por la mayor frecuencia de encargos, tendían a localizarse en la ciudad. El caso límite de la centralización logística eran las labores más valiosas (como la orfebrería), que requerían no sólo estar cerca del único cliente público, sino también unos controles constantes.

En cuanto a los sectores artesanales, el más importante era la cerámica: producción de recipientes de barro cocido (tinajas y orzas para cereales, aceites, cerveza y otros líquidos), vajilla de mesa (jarras, tazas, vasos, cuencos y platos), cacharros de cocina (ollas), estatuillas y otros objetos pequeños. El sector de la cerámica era el más importante no sólo por los usos múltiples y cotidianos del producto, sino también por su fragilidad, que obligaba a reemplazarlo con frecuencia. También era el que estaba menos centralizado, por motivos evidentes. Ante todo, la materia prima básica (el barro) era abundante, barata y no se importaba. Lo mismo se puede decir de los desgrasantes, tanto vegetales (la paja)

como minerales (la arena), y de los pigmentos —por lo demás, la decoración pintada entra en crisis con la edad de Uruk—. En segundo lugar, la elaboración de las vasijas no necesitaba un utillaje complicado (había tornos en las casas), mientras que la cochura requería espacio y combustible. En tercer lugar —éste es, a mi juicio, el aspecto al que se ha prestado menos atención— los clientes privados eran un sector más importante que el cliente público.

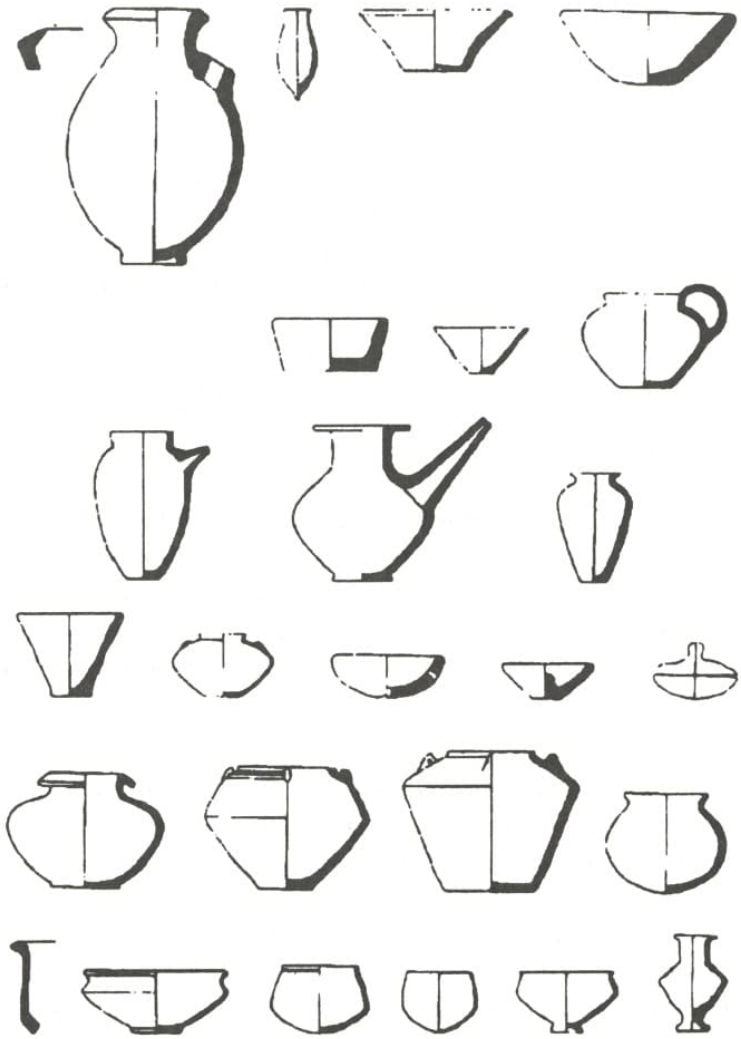


FIGURA 6. Cerámica del período Uruk tardío (tomado de A. L. Perkins, *The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia*, Chicago, 1949, fig. 12).

No cabe duda de que la aparición de las agencias centrales creó

una demanda de productos cerámicos nuevos y a una escala sin precedentes, para hacer frente a los problemas de la acumulación y la redistribución. En el caso de la acumulación de productos alimenticios, recordemos las grandes tinajas alineadas por docenas en los almacenes centrales. En el de la redistribución, baste pensar en el enorme aumento de la producción de cuencos para repartir raciones, tan característicos del período de Uruk. Para esta producción en serie los alfareros de Uruk adoptaron el torno veloz (en el período Ubaid sólo se usaba una rueda o torno lento, que era una plataforma giratoria) e incluso, para los cuencos más bastos (de usar y tirar), una elaboración con molde aún más rápida.

A pesar de esta explosión cuantitativa en el sector público, cabe suponer que siguió prevaleciendo el consumo familiar, si tenemos en cuenta la razón numérica entre población «libre» y dependientes de la agencia central que era de 3 a 1. La producción para los clientes privados también se benefició de los nuevos sistemas de elaboración en serie, que permitían un ahorro considerable y por otro lado suprimían la originalidad local e incluso familiar característica de la cerámica neolítica.

Al alfarero que trabajaba para la agencia central se le retribuía como dependiente fijo. La administración le exigía que entregase cierta cantidad de vasijas calculando el tiempo necesario para elaborarlas (según el tipo y el tamaño). Es probable que al alfarero le quedase tiempo libre para dedicarse a producir para el mercado (mejor dicho, para el intercambio local). Pero también es posible que el sistema «mixto» conviviese con el sistema «doble», de modo que en algunos pueblos siguiera habiendo alfareros dedicados exclusivamente a la producción familiar o para el intercambio local. La documentación escrita es bastante escasa al respecto (aparte de algunos documentos neosumerios que son muy explícitos, con cálculo del tiempo de elaboración de distintos tipos de vasijas), y no es de extrañar, dada la situación descentralizada y abierta de esta clase de artesanía.

No sucede lo mismo con la metalurgia, que ya se practicaba antes a pequeña escala pero que en el período Uruk experimentó una auténtica explosión —marcando el comienzo de la «Edad del Bronce», según una división en períodos antigua pero todavía útil—. El metal básico para la fabricación de utensilios era el cobre,

primero soló o con algunos elementos (en particular arsénico), hasta que se optó definitivamente por alearlo con estaño para producir bronce, lo que marcó el comienzo de la edad de Uruk. El equipo necesario no era tan complicado: un horno, crisoles, moldes y poco más. En realidad el bronce ya se fabricaba antes de la revolución urbana y siguió fabricándose después, tanto en el ámbito central como en el doméstico, en ambientes bastante modestos.

Los verdaderos problemas eran el suministro del mineral, traído de muy lejos, el combustible, que en la Baja Mesopotamia no era tan abundante como en la periferia montañosa y boscosa, y los conocimientos técnicos. Debido a los factores transporte y combustible, la mayor parte del proceso productivo se situaba en las zonas mineras o cerca de ellas. Allí se fundía el mineral en lingotes metálicos destinados al comercio, y también se fundía parte de los objetos acabados. Pero esto último también se podía hacer en la Baja Mesopotamia, adonde llegaban lingotes de cobre procedentes de Omán (más tarde también de los circuitos occidentales como Anatolia y Chipre) y de estaño procedentes de Afganistán. La obtención del metal fomentó claramente una centralización en las agencias (del palacio o del templo) que controlaban el comercio. Al mismo tiempo, el factor conocimiento técnico (transmitido en los talleres familiares) favoreció la contratación por las agencias centrales de metalúrgicos que trabajaban con dedicación plena y eran retribuidos por la administración como ya hemos visto. Estos especialistas debían entregar los objetos encargados con arreglo a la cantidad de mineral entregado (y teniendo en cuenta las pérdidas de elaboración, según unos porcentajes estándar). El destino de los productos también era en gran parte público, con posibles encargos privados permitidos por el sistema «mixto» (producción marginal de los especialistas del palacio). De modo que la clara centralización de la metalurgia no se debía tanto a la complicación de las técnicas productivas, como a factores de aprovisionamiento y clientela.

Lo mismo se puede decir de la metalurgia de lujo (con oro y plata) y la talla de piedras duras. El aprovisionamiento a larga distancia de materiales preciosos y el especial valor de los productos requerían una centralización de los artesanos a cargo de la administración pública, y las necesidades familiares se cubrirían

gracias al sistema «mixto». El sistema «doble», con elaboración tanto por cuenta de las familias como del templo, prevaleció en el caso de los materiales más corrientes, como las maderas del país para hacer muebles y utensilios, o el mimbre y otras fibras vegetales para hacer cestos y esteras.

En conjunto, la artesanía se repartía de distintas maneras entre el sector público y el privado, entre el sistema redistributivo y los intercambios locales. No fueron, pues, factores estrictamente técnicos, sino más bien unas necesidades en mayor escala, las que hicieron necesaria la organización central. La inclusión de una amplia gama de especialistas con dedicación plena en las filas de las agencias centrales no fue obstáculo para que otras necesidades más modestas de la población mantuvieran vivas unas formas de trabajo descentralizado y a tiempo parcial.

5. Los servicios: ¿quién sirve a quién?

El sector de los servicios se dividía claramente en dos partes. Ya hemos visto que el desarrollo de una agencia central, construida con arreglo al modelo de la «casa», requería un fortalecimiento al menos cuantitativo de los servicios domésticos que, a pequeña escala, ya caracterizaban las unidades familiares: preparación de la comida, preparación de la ropa. El templo y el palacio se dotaron de grupos de mujeres tejedoras y molenderas, y de otros grupos más reducidos dedicados a cocinar, hacer pan y llevar la casa; además de mantener a los miembros estables tenían que ocuparse de los trabajadores a *corvée*. Es probable que el trabajo forzoso, al principio, tuviera cierto carácter ceremonial (que perdura en la ostentación de ciertos reyes todavía en los milenios
II y I)
y que su manutención se rigiera por las normas de la hospitalidad. Al deteriorarse rápidamente este aspecto ceremonial debido a las grandes concentraciones de obreros, el trato hospitalario de las grandes agencias centrales (siguiendo el modelo de las casas privadas) se reservó a los viajeros extranjeros: mensajeros, mercaderes y enviados de otros palacios. Se les entregaba comida,

bebida, vestidos y ungüentos en señal de hospitalidad.

Este sector de los servicios domésticos iba dirigido al interior de la «gran casa» y se limitaba a potenciar lo que ya se estilaba en las casas normales. Pero con la urbanización y la administración central se creó otro conjunto más amplio y complejo de servicios, sustancialmente nuevos y dirigidos (por lo menos en principio) al exterior, al conjunto de la población del estado arcaico. Eran servicios relacionados con la protección, el culto y la administración. Los dos últimos merecen un desarrollo más extenso, que se hace más adelante (apartados 1 y 2 del capítulo «Política y cultura del estado arcaico»). En cuanto a la protección de los peligros y ataques exteriores, hay que distinguir entre dos necesidades. Por un lado se necesitaba un servicio permanente de guardia en el palacio, los almacenes y las puertas de la ciudad, prestado a diario (día y noche) por personal especializado (guardias) mantenido por el templo o el palacio y retribuido, generalmente, con raciones o lotes de tierra. Aparte de esto, cuando estallaba la guerra había que reunir cuerpos armados numerosos. Las guerras eran estacionales (en verano) por motivos logísticos. No siempre eran frecuentes, por lo que se recurría a un ejército de *corvée* con los mismos mecanismos que hemos visto para las concentraciones de mano de obra estacional en la agricultura y la construcción. La agencia central pagaba el mantenimiento (raciones) y proporcionaba los instrumentos de trabajo (en este caso las armas), mientras que los costes sociales (en este caso también físicos: muertos e inválidos) recaían sobre las comunidades de origen.

Este esquema, válido para toda la historia mesopotámica, a decir verdad está mal documentado para el período de Uruk. Hay noticias de guardias entre las funciones de la administración central, pero la guerra sólo está documentada con motivos iconográficos, que tienen un carácter más bien ideológico y laudatorio. A pesar de esta pobreza documental, no cabe duda de que el ejército Uruk tardío era un ejército de *corvée*, pues no había otra alternativa.

Evidentemente, este tipo de respuesta al problema de la protección induce a dudar de que fuera un verdadero servicio generalizado, para toda la población. El servicio estable de guardia servía para proteger la riqueza acumulada con la centralización de

los bienes alimenticios (almacenes centrales), la afluencia de bienes de lujo (talleres artesanales) o con fines de atesoramiento y ostentación (ajuares del templo). En situación normal los guardias protegían las riquezas centrales *de* la población, no protegían *a* la población (con la salvedad de que mantener el orden público es un beneficio común). También es reveladora la construcción de muros defensivos, que en la edad Uruk tardía empiezan a caracterizar las ciudades, no así los pueblos: en caso de ataque es imposible defender el territorio agropastoral y a la población básica, por lo que la defensa se limita a la concentración de riqueza móvil, conocimientos especializados y valores simbólicos que residen en el templo o sus alrededores.

La propia movilización en caso de guerra es más bien un servicio requerido a la población básica, y no prestado a ella. Esta observación, evidentemente, es válida en el plano económico y organizativo; en líneas generales tampoco se excluye que la población respondiese a la movilización de un modo más o menos entusiasta. Pero esto dependía de la motivación ideológica en una sociedad como la protoestatal (hablaremos de ello en el apartado 2 del capítulo siguiente) y de las circunstancias concretas de la guerra: una guerra defensiva solía aceptarse mejor que una ofensiva, contra los bárbaros extranjeros mejor que contra los vecinos,
etc.

En conjunto, la propia noción de «prestación de servicios» (y por lo tanto de «distribución» y no sólo «movilización») es muy discutible. Las contribuciones materiales de las comunidades periféricas son un hecho tangible, pero es discutible si y en qué medida esos suministros se hacían *a cambio* de servicios generales. La población básica no sólo mantenía a la minoría dirigente y a los especialistas, sino que además aseguraba los propios servicios (defensa, excavación de canales, construcción de templos) con el único reembolso de los costes vivos (raciones).

Láminas centrales

(Nota del E. D.: varias de las imágenes están apaisadas para aprovechar al máximo la alta resolución disponible)

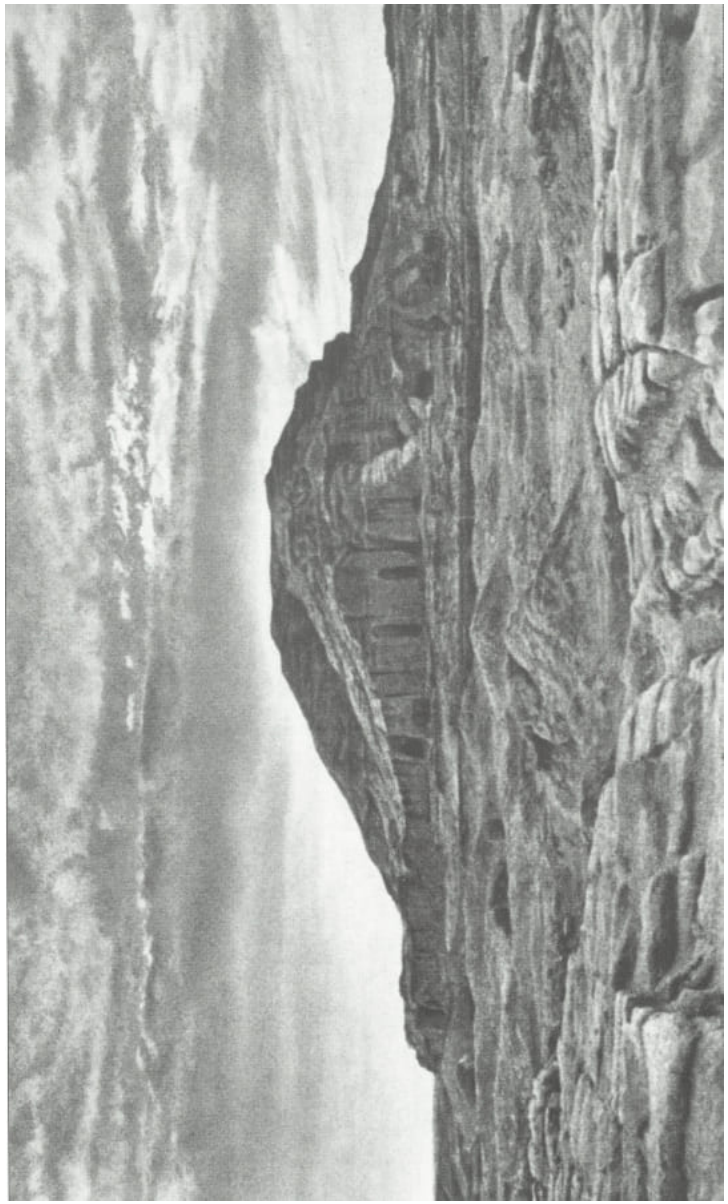


LÁMINA 1. Zigurat de Uruk y la zona sagrada del Eanna.

LÁMINA 2. El Templo Blanco de Uruk.

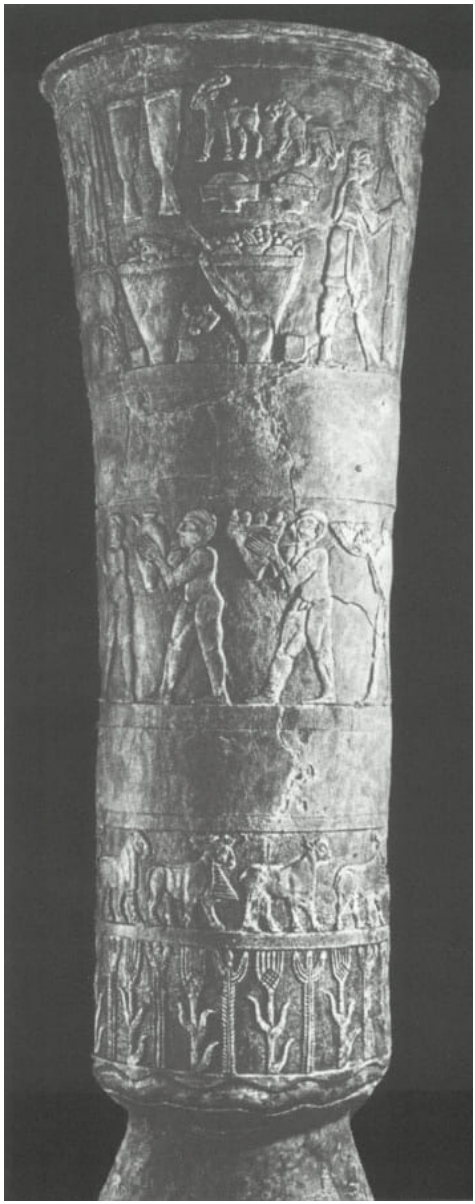


LÁMINA 3. Vaso de alabastro adornado con escenas religiosas en relieve (finales del IV milenio a. C.).

LÁMINA 4. Detalle del primer registro del vaso de la lámina anterior.

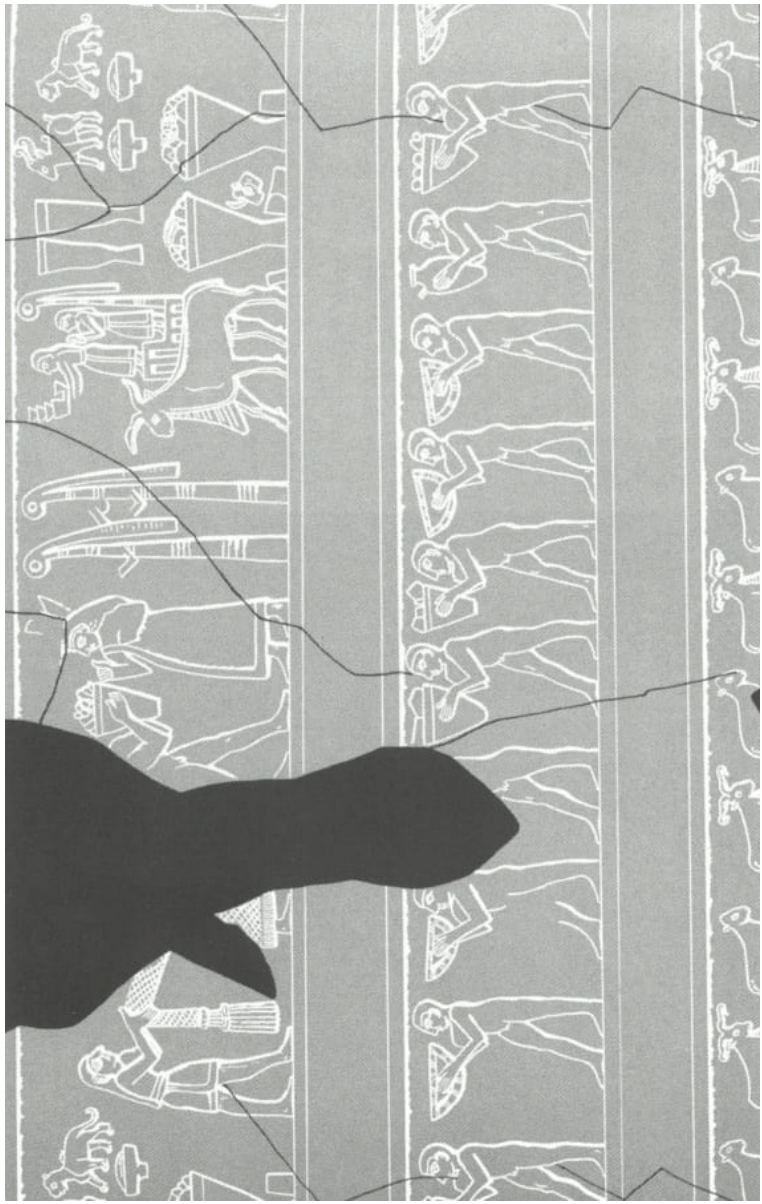


LÁMINA 5. Los tres registros del vaso ritual (IV-III milenios a. C.).

LÁMINA 6. Cilindro con barca sagrada que transporta al soberano junto a un toro que lleva en el lomo una plataforma con los emblemas de la diosa Inanna.

LÁMINA 7. Estela de la caza (principios del III milenio).

LÁMINA 8. Vaso ritual de Uruk (principios del III milenio a. C.).

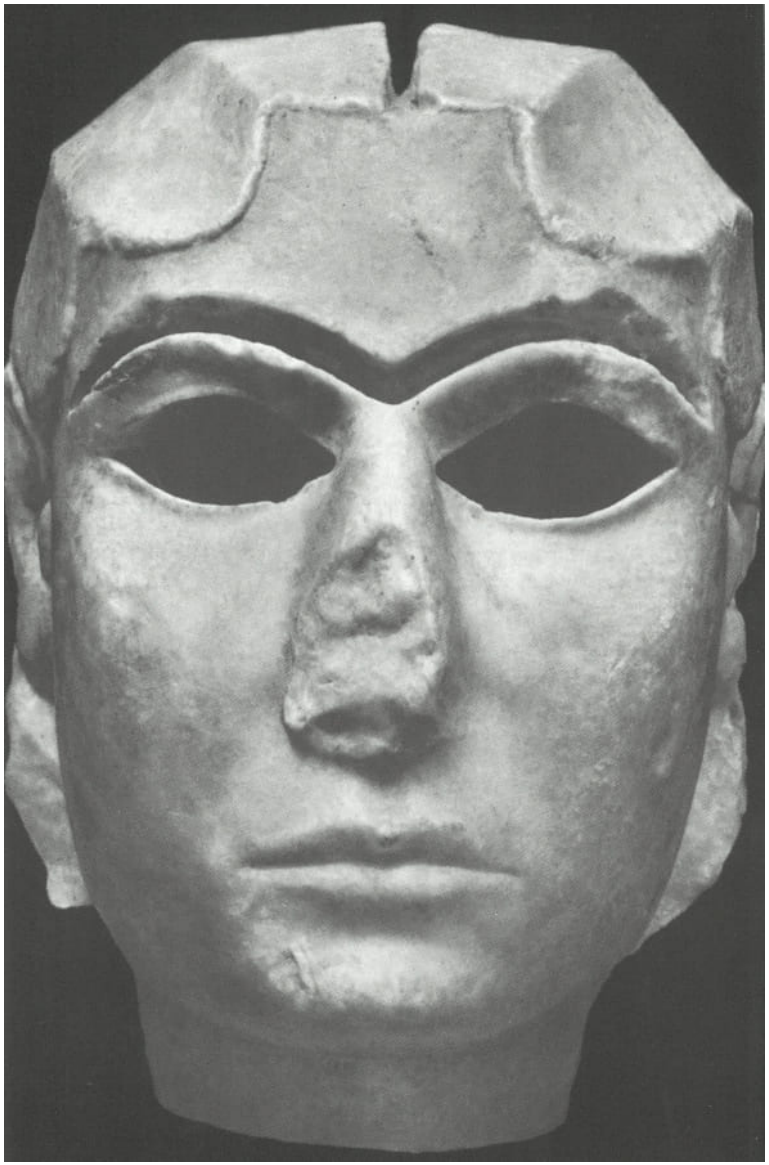


LÁMINA 9. Cabeza de mujer en mármol blanco (finales del IV milenio principios del III milenio).

LÁMINA 10. Cilindros mesopotámicos del período de Uruk (IV-III milenios a. C.).

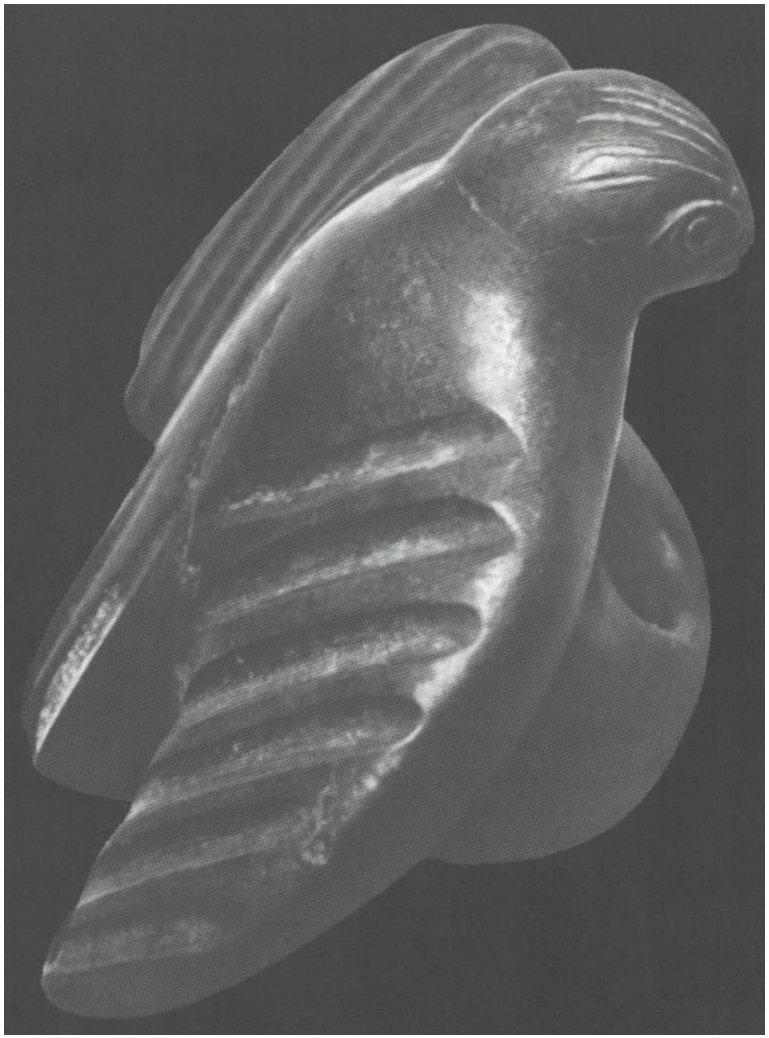


LÁMINA 11. Pájaro volando (principios del III milenio).

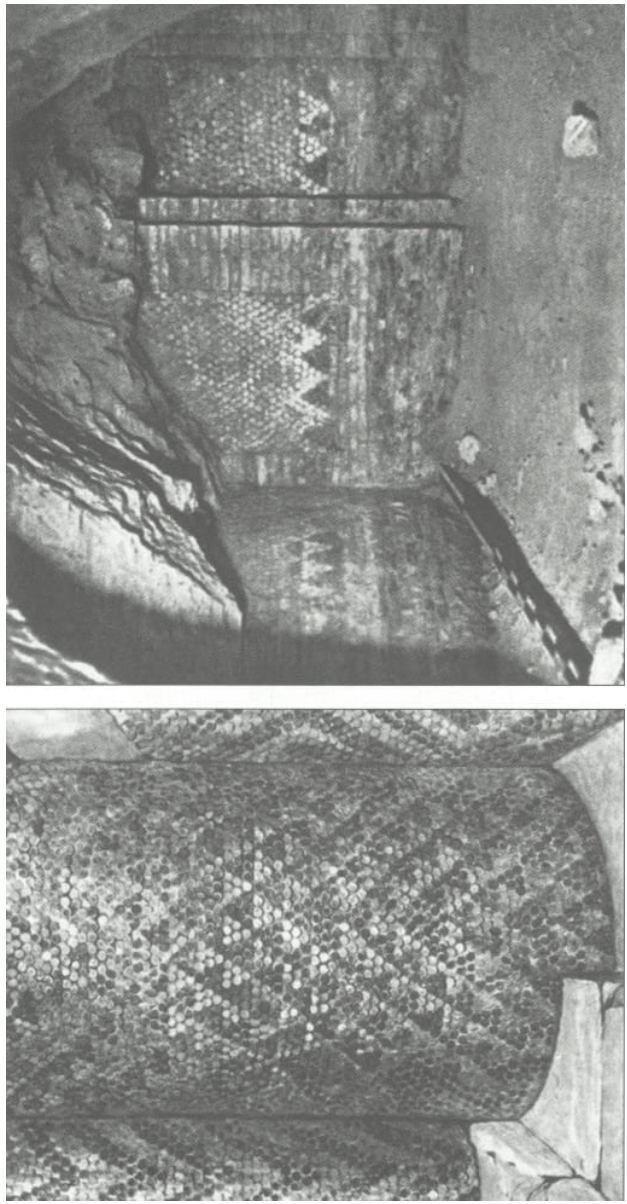


LÁMINA 12. Columna de mosaico (realizado con conos de arcilla pintados) y muro de un templo arcaico.

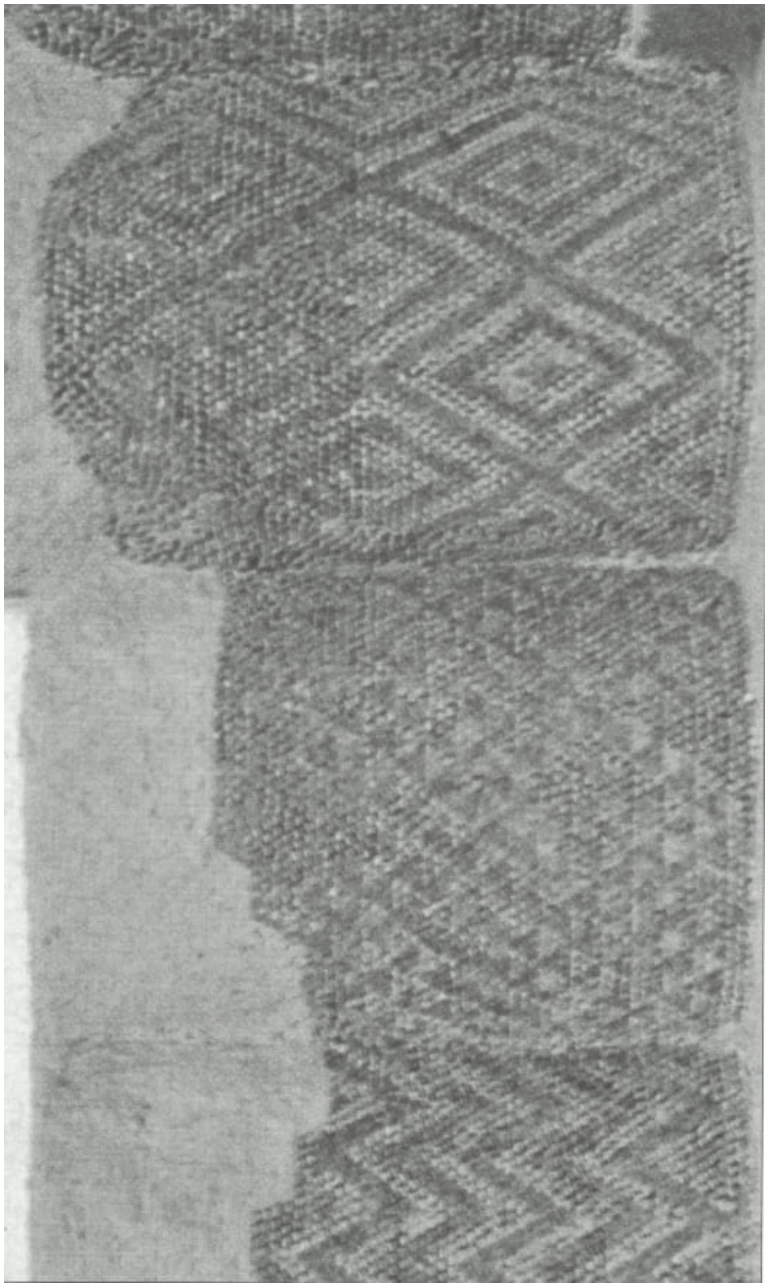


LÁMINA 13. Columnas con revestimiento de mosaicos con conos de arcilla de un templo de Uruk (2.a mitad del IV milenio a. C.).

4. Política y cultura del estado arcaico

1. El escriba y la administración del almacén

El primer sistema de escritura propiamente dicha aparece en Uruk en el IV nivel del Eanna. Se trata de unas tablillas de barro con signos todavía «pictográficos» grabados con un estilo de caña, que representan números, objetos, nombres propios y títulos. En el nivel siguiente (III) el sistema experimenta leves cambios formales. Cuando reaparecen textos en el protodinástico II (en Ur) los trazos de los signos ya tienen ese aspecto «cuneiforme» que será típico de la escritura mesopotámica. Los textos arcaicos de
Uruk IV-III
son de carácter administrativo, claramente relacionados con la administración económica de las agencias centrales, y se han encontrado en depósitos de la zona del templo. Algunos textos de carácter léxico (listas de signos) servían de recordatorio a los escribas.

La secuencia de Susa ha proporcionado los datos más reveladores sobre el origen de la escritura; por ella sabemos que se usaron sellos (prensados sobre «crétulas», bolas de arcilla que bloqueaban el cierre de puertas y recipientes móviles), pequeñas marcas (en inglés *tokens*) de arcilla o de piedra, que simbolizaban entes físicos (personas, animales, objetos) y signos numéricos. En la secuencia de Susa se pasa de las marcas envueltas en *bullæ* de

arcilla cubiertas de improntas de sellos, al estampado de las marcas internas en la superficie de las *bullæ*, hasta que se dejaron de usar las marcas, porque las improntas externas y los signos numéricos bastaban para transmitir la información deseada
(fig.
7). En esta tercera fase la *bulla* se aplasta y da origen a la tablilla. Es evidente que ciertos signos no pictográficos, sino simbólicos (en particular el de la oveja), derivan de la marca que significaba lo mismo; pero al ser el sistema gráfico mucho más dúctil que el de objetos, se pudo pasar de un repertorio de marcas muy limitado a otro de cientos de signos gráficos.

Si este origen de la escritura a partir de las marcas parece indiscutible, en cambio creo que es conceptualmente equivocada e históricamente inaceptable la observación de que las marcas y los sellos se remontan al VII milenio, y por lo tanto la escritura tiene un origen antiquísimo, muy anterior a la revolución urbana. Es verdad que el uso neolítico de signos y marcas tiene un origen muy antiguo, pero sus formas y las necesidades a las que respondían eran muy distintas de las protourbanas. De este uso, que permaneció invariable durante cuatro milenios, se puede decir taxativamente que no dio origen a la escritura; cuando lo hizo fue porque habían aparecido nuevas condiciones y necesidades.

El sello neolítico, más o menos identificable por su decoración, primero geométrica y luego también zoomorfa (o de otro tipo), debía identificar a la persona que lo llevaba. Al principio se trataría de una simple marca personal colgada del cuello, una suerte de distintivo personalizado, con usos simbólicos sobre los que es inútil hacer suposiciones, ya que no podemos documentarlos. Cuando el sello empezó a utilizarse como marca estampada en materiales plásticos (barro, arcilla), la correspondencia entre el sello y la impronta simbolizaba una correspondencia entre la persona y el bien sellado que remite al concepto de propiedad en sentido amplio. Por ejemplo, ciertas *bullæ* piriformes del período Halaf pudieron desempeñar una función en la administración de los rebaños. El uso de marcas «simples», es decir, con la misma forma, pudo servir como ayuda para contar y hacer cálculos. Por lo tanto el uso neolítico de sellos y marcas corresponde a las necesidades de una economía familiar, sin ninguna implicación que apunte a una

administración impersonal. Como mucho se puede imaginar (por ejemplo, en Sabi Abyad de la época Halaf) la existencia de un «guarda de almacén» para varias familias.

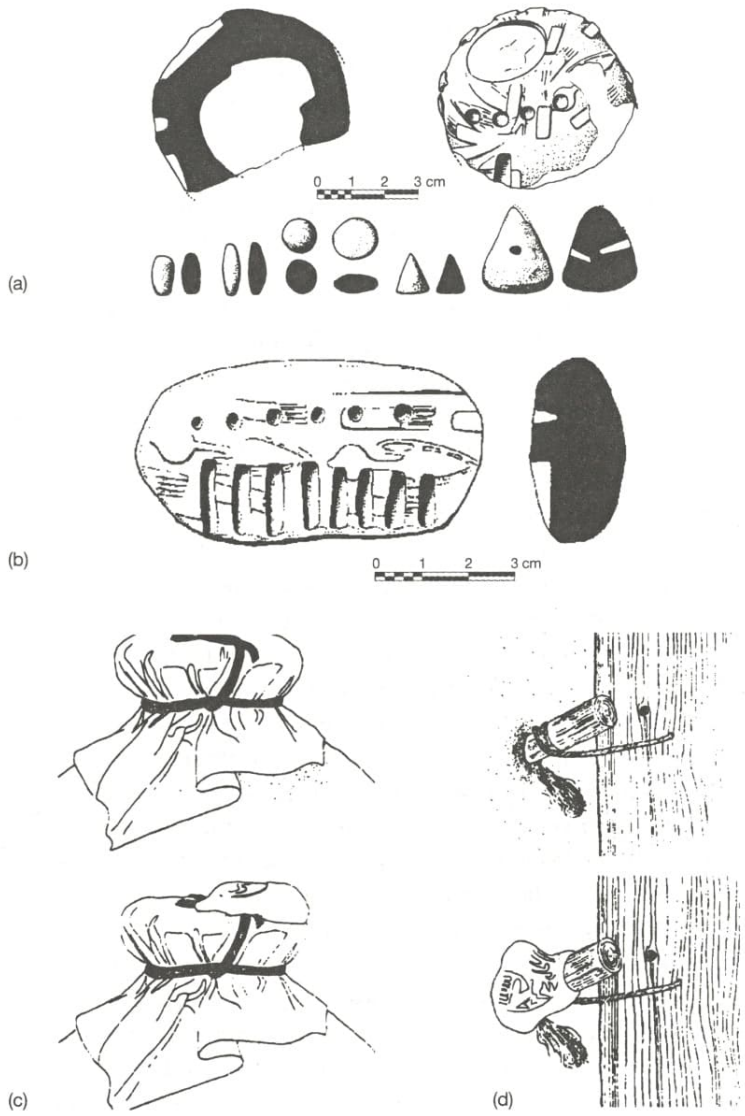


FIGURA 7. Registros y garantías: (a) *bulla* esférica y contramarcas; (b) tablilla sumeria; (c) sellado de tinaja; (d) sellado de puerta

(a-b:
tomado de A. LeBrun y F. Vallat, *Cahiers de la Délégation archéologique française en Iran*, 8, 1978;
c-d:
dibujos de E. Fiandra en M. Liverani, *della città*
L'origine
, Roma, 1986).

Naturalmente, con la lenta intensificación de las relaciones interfamiliares y de la estratificación social que acompaña a la aparición de las élites y los *chiefdoms* calcolíticos, el sistema se volvió más complejo. Se empezaron a usar marcas de las llamadas «complejas» (con una serie, si bien reducida, de formas con valor distintivo), sellos más caracterizados, y se empezaron a combinar las marcas con los sellos en las *bullæ*. Es el sistema que responde a las necesidades de una economía redistributiva embrionaria del período Ubaid tardío y Uruk antiguo, con una sanción de carácter jurídico de los intercambios locales de recursos.

La rápida revolución (tercer cuarto del IV milenio) ilustrada por la secuencia de Susa antes mencionada, que culmina con el sistema de escritura propiamente dicha, responde a las necesidades de la administración impersonal de las agencias centrales. La aparición del sello cilíndrico en sustitución del sello de botón puede parecer un hecho puramente formal, pero al facilitar la cobertura completa de la crétula estampada, acentúa la función de garantía jurídico-administrativa frente a la de identificación simbólica, así como el carácter práctico frente al carácter personal de la propia operación. El hecho de que los sellos («crétulas») rotos no se tirasen sino que se conservasen durante algún tiempo (se «archivaban», por usar un concepto propuesto por Enrica Fiandra) para hacer recuentos y controles, abre unas perspectivas que van más allá de las necesidades meramente familiares. La asociación de los sellos, las indicaciones cuantitativas (números) y las improntas de las marcas (luego símbolos gráficos) en documentos autónomos que se conservaban, no ya en crétulas destinadas a un uso y una remodelación continuos, revela la aparición independiente (además

de los sistemas de garantía contra la efracción de recipientes y almacenes, que perduraban) de una función específica de archivo administrativo en plazos largos, para hacer controles periódicos (anuales, por ejemplo) y verificaciones cruzadas. No cabe duda de que la escritura responde a las necesidades concretas de la administración protoestatal, más allá de sus antecedentes, que tenían una función y ambientación bien distintas.

La escritura, sustancialmente, servía para la administración, de los almacenes centrales, y quienes eran capaces de escribir (una actividad que se complicó enseguida y requirió un aprendizaje difícil), los escribas, coincidían con los administradores. Cierto es que en los depósitos de tablillas de
Uruk IV-III,
junto a un 90 por ciento de textos administrativos, también hay un 10 por ciento de textos léxicos; pero éstos son más bien el instrumento de trabajo de la escritura, no su finalidad.

El concepto de «administración de los almacenes» implica un nivel doble de complejidad. El nivel más sencillo y obvio es el de asegurar y convalidar una correspondencia física entre las cantidades de género que entran y salen de un almacén. El concepto y la terminología propiamente contable de «entrada» y «salida» se mantendrá constante en el tiempo, así como su cotejo en forma de «balance». El escriba responsable de cierto almacén no sólo debe garantizar (sellando con su propio sello la puerta y los recipientes) que los recursos almacenados están libres de hurtos y abusos, sino también registrar, en tablillas escritas, las cantidades que entran y salen, para responder en todo momento del género almacenado, el destino correcto de las salidas y, en definitiva, la administración correcta de los recursos que están bajo su responsabilidad. El escriba no registra para acordarse él (como podía haber hecho ya el cabeza de familia neolítico), sino como garantía frente a la administración central y toda la comunidad.

El segundo nivel, en cambio, concierne a las relaciones de transformación e intercambio, que también pueden resumirse en un balance de entradas y salidas, pero implican operaciones más articuladas conceptualmente. Por ejemplo, el escriba registra el género entregado al mercader que parte para poder comparar su valor con el del género que traerá ese mercader al cabo de seis

meses. O bien registra el tamaño de un rebaño entregado a un pastor para comprobar que al cabo de un año su crecimiento está acorde con las tasas fijadas y que las cantidades de lana y derivados lácteos también son las esperadas. O registra la cosecha estimada de un campo propiedad del templo a fin de calcular el personal necesario para hacer el trabajo y comprobar que la cebada almacenada será 2/3 del total. Todas estas operaciones —y otras—, además del cálculo de las entradas y salidas de mercancía, incluyen cálculos de conversión de valor entre mercancías, o entre mercancía y trabajo, y también cuotas de producto por unidad de tiempo trabajado o cantidades de raciones repartidas por sexo, edad, función,
etc.
Este conjunto de operaciones también puede reducirse conceptualmente a un «inventario de almacén», siempre que se tenga en cuenta la complejidad superior e incomparable de un almacén en el ámbito de una administración central, con procesos de transformación múltiple y compensaciones entre distintos sectores, a diferencia de un almacén familiar, simple depósito con entrada y salida de la misma mercancía.

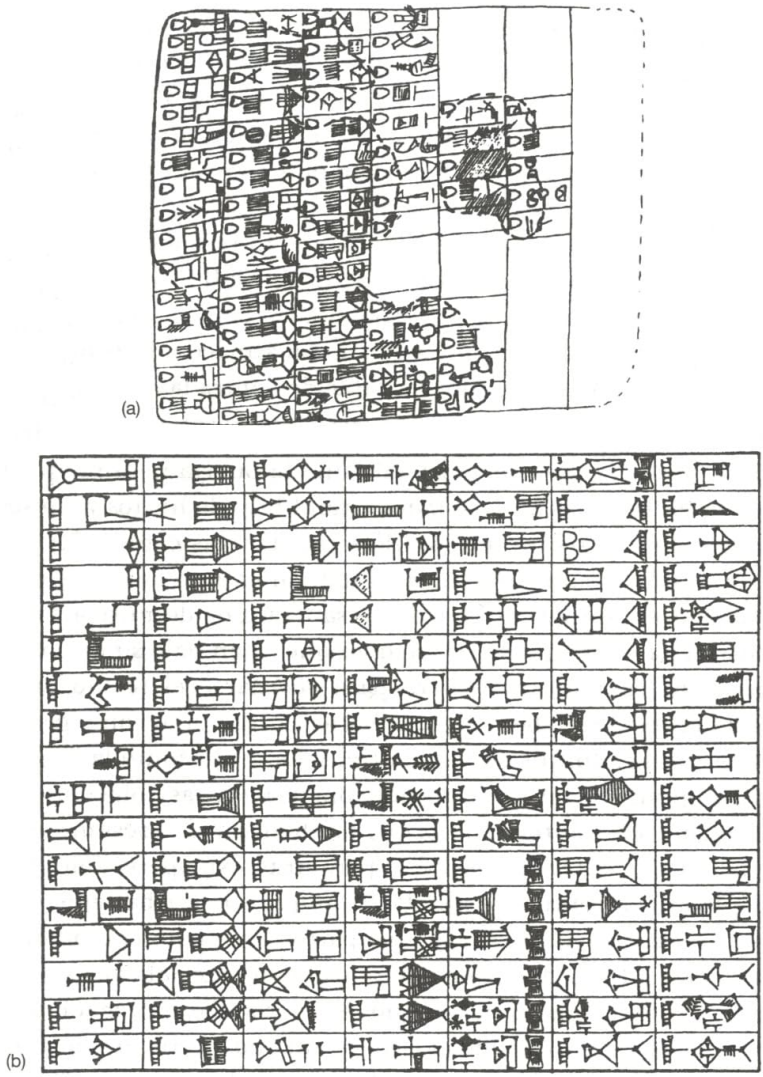


FIGURA 8. Lista léxica con nombres de profesiones: (a) tablilla del período Uruk III; (b) tablilla de la edad protodinástica (de VV. AA., *Materialien zum sumerischen Lexikon*, XII, Roma, 1969).

Por último, el escalonamiento temporal de operaciones que permanecen abiertas varios meses, y están garantizadas justamente

por su registro en tablillas, hace necesaria la existencia de auténticos archivos. Los registros primarios de operaciones individuales se conservan mientras no se puedan volver a escribir en relación con otras operaciones conexas, que convalidan su corrección. Otras veces los registros individuales se juntan en resúmenes mensuales, anuales o plurianuales, según los casos. Gracias a estos registros secundarios o recopilatorios el archivo puede prescindir de muchos registros menores primarios. El archivo está vivo: los documentos se introducen, se conservan y se eliminan con arreglo a su función de garantía de las operaciones administrativas, no se archivan para siempre, para guardar una memoria o hacer una estadística en el futuro. Por eso, para comprender un documento, debemos comprender antes cuál era el procedimiento global del que formaba parte.

2. El mundo sexagesimal

Ya hemos mencionado (a propósito de los valores de las mercancías, los sistemas de raciones y otros cálculos) la introducción de valoraciones normalizadas de la realidad, que permitían someterla a un control administrativo. La influencia de la administración de los escribas en la visión del mundo real es muy fuerte, más de lo que se suele pensar. Nuestro conocimiento de la realidad antigua está deformado, en cierto modo, por el filtro administrativo, pero también la apreciación antigua de la realidad acusaba en gran medida esa necesidad de cómputo y catalogación.

Un primer nivel de normalización de la realidad es el propio inventario de sus elementos. Las listas léxicas, instrumentos auxiliares de la actividad del escriba, contienen de hecho una taxonomía sumaria de la realidad: en la variabilidad infinita de lo real se establecen unidades tipológicas y funcionales, en relación con su utilización económica. La taxonomía es aún más estricta y funcional en los textos administrativos. Por poner un ejemplo, en el *continuum* de formas y tamaños de los vasos se definen tipos y capacidades estándar, tanto para establecer la productividad de un alfarero como, sobre todo, para destinar tipos distintos a usos

distintos. Esta normalización taxonómica influye en la propia realidad, pues las capacidades de los recipientes se adaptan a las medidas tipo. Otro ejemplo: la vida de una oveja se mide con unas especificaciones que sirven para el recuento anual (con distinción entre la oveja viva y la oveja muerta después de la última comprobación) y, sobre todo, para el cálculo de la productividad. La hembra puede parir, el carnero no; la oveja produce derivados lácteos y el carnero no, pero éste, en cambio, produce por término medio más lana que la oveja. La oveja adulta está en edad de parir, la joven aún no este año, pero podrá parir el año que viene. La oveja adulta produce administrativamente un cordero cada dos años, con sexos alternos, y así sucesivamente.

El cálculo del tiempo y la cantidad de trabajo es fundamental, tanto para exigir productos acabados como para la retribución. El tiempo de trabajo se calcula en
jornadas-hombre
—y se llega a la abstracción de registrar el «medio hombre» (es decir, la media jornada de trabajo)— en relación con la cantidad de tierra que se labra o la extensión del campo que se siega o el tamaño de la vasija o la tela que se fabrica: todos estos elementos, a su vez, se calculan con arreglo a unos parámetros administrativos fijos que normalizan la variabilidad real. Las raciones se calculan según el sexo (hombre o mujer), la edad (adulto o niño) y el rango/especialización; pero el caso de la ración de cebada es distinto, porque depende del peso corporal (es decir, del peso administrativo normalizado) y es mayor para el hombre que para la mujer; la ración de aceite no varía de unas personas a otras, mientras que la ración de lana, al parecer, es un caso intermedio (distinta para adultos o niños pero igual para hombres o mujeres). Para facilitar el cálculo, todas las razones numéricas, tanto dentro del sistema de raciones como entre raciones y trabajo, se redondean adaptándolas al sistema sexagesimal.

El cómputo del tiempo también está determinado por las necesidades administrativas y asume una estructura claramente sexagesimal. Como es sabido, el ciclo solar «real», además de ser difícil de precisar (con largas observaciones astronómicas), no coincide con el ciclo lunar o mes. Para la administración se introduce un calendario sexagesimal, con el año de 360 días

dividido en 12 meses de 30 días, muy apropiado para facilitar los cómputos de los escribas, aunque algo tosco en su aproximación a los ciclos astronómicos reales. Se supone que lo compensaban añadiendo al final del año cinco o seis días intercalares de carácter festivo, precisamente por ser ajenos al cómputo administrativo y laboral.

La organización administrativa del espacio también se basa en medidas lineales que en su nomenclatura revelan un evidente origen antropomórfico (como: pulgar, antebrazo/cubito) o instrumental (como: caña) en la actividad práctica de medición. Pero una vez normalizada la medida básica del cúbito con una razonable aproximación antropomórfica (un valor cercano a medio metro de los «nuestros»), las otras medidas son múltiplos o submúltiplos con razones 1:10, 1:6 o 1:60, que permiten el cálculo mental —con una mentalidad sexagesimal, evidentemente— de áreas y volúmenes. Los volúmenes, pese a su estrecha relación con las medidas lineales y de superficie, tienen su propia escala basada en el «litro», de uso frecuente, sobre todo para calcular las cantidades de cebada.

De este modo se facilita la complicada operación administrativa de relacionar entre sí elementos distintos, como la extensión de un campo, el volumen de la cebada, la cantidad de mano de obra, el tiempo de trabajo o la remuneración del mismo; los cálculos se pueden hacer mentalmente o con la ayuda de simples ábacos. Naturalmente, si cualquier normalización ya implica un redondeo a valores medios, con la sexagesimal hay una diferencia mayor entre el valor calculado y la realidad, y cabe suponer que la administración no era la más perjudicada con esta diferencia.

La influencia de la normalización administrativa de la realidad es muy evidente en la organización del espacio agrícola: se crea un auténtico «paisaje sexagesimal», con las longitudes y superficies de las parcelas redondeadas a ciertos valores, surcos separados un cubito, semillas sembradas a un pulgar de distancia, caudales de agua por tiempos y volúmenes también redondeados, así como las propias dimensiones de las acequias (para calcular el trabajo de excavación). Pero en la construcción también prevalecen unas medidas basadas en el cubito y sus múltiplos, tanto para los proyectos como para el cómputo de los ladrillos en relación con el

volumen de los mismos y el trabajo empleado para fabricarlos.

Además de las medidas, se normalizan los pesos —a peso se calculan sobre todo la lana, los metales y las piedras duras— con un sistema basado en la terna siclo-mina-talento (en este caso también hay una posible explicación antropomórfica, pues el talento, unos 30 kg, es la carga de un hombre), que se mantiene fija, según esta razón sexagesimal: 1:60:360. De los pesos y medidas deriva el sistema de los valores de las mercancías, que es el más opinable de todos, porque los valores de mercancías distintas se relacionan de un modo convencional y su valor real está sujeto a diferencias cualitativas y oscilaciones a lo largo del tiempo. Sin embargo, las necesidades de la administración mantienen muy estable la razón 1 siclo de plata = 300 litros de cebada = 12 litros de aceite de sésamo = 6 o 10 minas de lana = 2 o 3 minas de cobre, a lo largo de toda la historia mesopotámica.

En este mundo normalizado, sexagesimal, con tipologías simplificadas y razones convencionales, la realidad estaba deformada. Esta deformación se debía a las necesidades de la administración central e impersonal, y suponía una verdadera revolución en la representación mental de la realidad, de consecuencias no menos importantes que las de la escritura.

3. La casa del dios

A pesar de su mayor dimensión y complejidad, la «gran organización» (la agencia central) está concebida con arreglo al modelo de las pequeñas unidades productivas de tamaño familiar. El templo es sencillamente la «casa del dios» (en sumerio *é* + nombre divino) y el palacio la «casa grande» (*é. gal*). Está claro que en el inventario cultural de la época no existía otro modelo de referencia. La semejanza no se limita a la denominación: la minoría dirigente del templo y de toda la ciudad-estado que gira a su alrededor, una minoría que de hecho ejerce la dirección política, actúa como si regentara una «hacienda agrícola»

grande cuyo dueño fuese el dios. Dentro de la hacienda están las habitaciones del patrón, es decir, el templo propiamente dicho, que es la residencia terrenal del dios, las habitaciones de los siervos (los gestores y los dependientes de distinto orden y grado), los almacenes de los materiales y la comida, y los talleres o lugares de trabajo, como en un *oikos* doméstico normal y corriente pero a mayor escala. La presencia de mano de obra esclava y de trabajadores jornaleros y temporeros también reproduce un tipo de relación que ya existe presumiblemente a pequeña escala en el ámbito familiar.

Este modelo, en gran medida ideológico, fue reconocido por los primeros que estudiaron los textos administrativos sumerios, a principios del siglo XX, e interpretado en términos totalizadores. Cobró forma la teoría de la «ciudad templo» sumeria, referida al período protodinástico pero fácil de proyectar al período más antiguo: una ciudad en la que el templo posee todas las tierras, explota una parte directamente y el resto lo asigna a sus dependientes; una ciudad en la que toda la población depende del templo en lo económico y en lo político; una ciudad en la que todas las actividades económicas (producción, transformación e intercambio) están dirigidas por el templo. Los cálculos que llevaron a esta visión totalizadora en realidad eran proyecciones (muy discutibles) a partir de una documentación que no sólo era inadecuada, sino sobre todo parcial, pues se trataba de archivos de los templos y, como es sabido, las pequeñas explotaciones familiares no necesitan archivos y por lo tanto no nos han transmitido datos de una entidad similar.

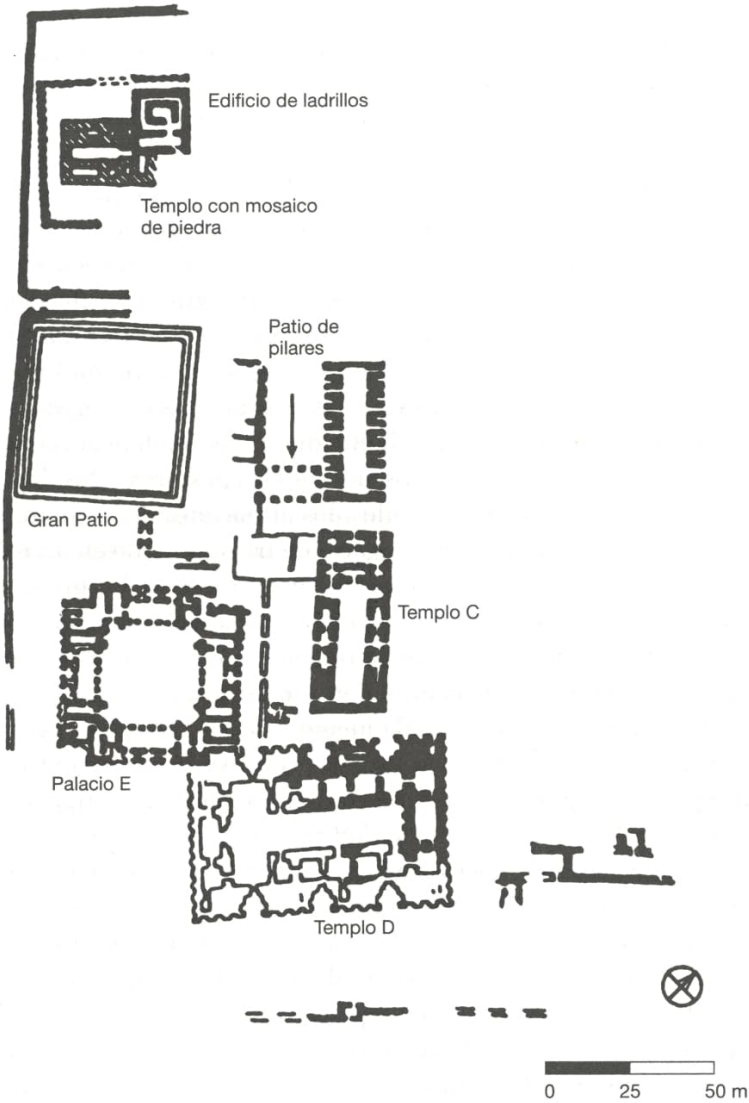


FIGURA 9. Uruk: el área sagrada del Eanna.

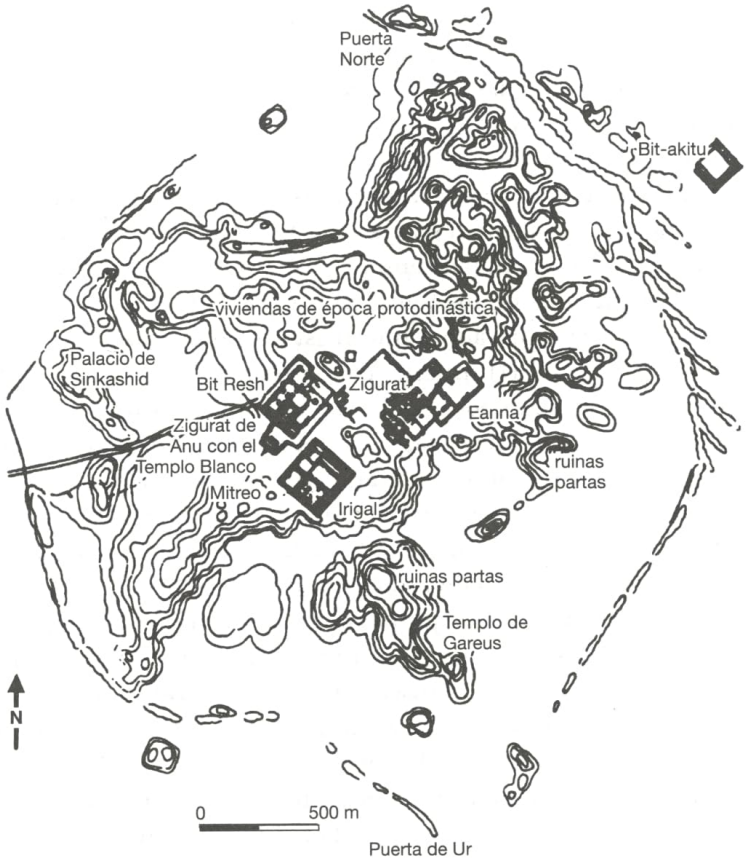


FIGURA 10. Uruk: planta general.

Esta dependencia total del templo no se puso en duda hasta los años sesenta, sobre todo cuando Igor Diakonoff revisó los datos cuantitativos con sus términos respectivos y trazó un panorama en que las comunidades aldeanas y las familias ampliadas tenían una entidad y un papel. A partir de la crítica de Diakonoff se sucedieron las revisiones, cada vez más radicales y motivadas visiblemente por una reacción frente al estatismo de anteguerra y la preferencia por sociedades más abiertas. Hoy se considera que toda la teoría de la ciudad templo carece de fundamento, que la función económica de los templos era limitada y estaba equilibrada por el sector privado, y que el estatismo, si acaso, sólo se desarrolló al final del III milenio

con la tercera dinastía de Ur. En lo que respecta a la época de Ur, se ha llegado a negar que los grandes edificios del área sagrada del Eanna fueran verdaderos templos y se ha propuesto que eran edificios ceremoniales para celebrar banquetes u otras actividades de clara reminiscencia etnográfica, sin tener en cuenta toda la documentación textual y la continuidad con el período protodinástico.

Probablemente la interpretación más razonable esté a medio camino entre las dos teorías extremas. La función del templo, tanto económica como política, era preponderante, pero otros sectores de la sociedad también tenían su espacio y su importancia. Cuando decimos que la Venecia del siglo XVI era una «ciudad mercantil» o el Manchester del siglo XIX una «ciudad industrial», no nos referimos a que toda la población se dedicara al comercio o trabajara en las fábricas; lo que estamos afirmando es que el comercio o la industria tenían un papel preponderante, eran el punto focal de las demás actividades, con gran influencia en las decisiones políticas. Creo que se puede afirmar razonablemente que la ciudad sumeria arcaica era una ciudad templo, en el sentido de que el templo ejercía una influencia decisiva tanto sobre el conjunto de la estructura productiva como sobre la toma de decisiones.

El sistema que acabamos de describir, por su propia naturaleza, aseguraba la permanencia de comunidades de aldea y unidades productivas familiares, pues la capacidad del templo para acumular excedentes se basaba en la explotación (más laboral que productiva) del sector familiar. Esta permanencia, a su vez, aseguraba automáticamente, junto a un poderoso aparato redistributivo, la permanencia de otra clase de relaciones: intercambio local de productos y servicios en forma de trueque o, si se quiere, de «mercado», búsqueda de beneficio y estrategias de autosuficiencia. Junto al aparato directivo central y burocratizado había organismos de carácter colegial (asamblea, ancianos) que se ocupaban de los asuntos judiciales y la regulación de la comunidad.

La «casa grande» del dios (y luego del rey) descollaba sobre una multitud de «casas pequeñas» particulares. Pero la relación entre ambas —a diferencia de las relaciones entre particulares— no eran igualitarias. Al intercambio reciproco de prestaciones se le añadió un suministro unidireccional de trabajo, apenas compensado por la

prestación de servicios que no fueran meramente ideológicos. La desigualdad estructural, de funciones sociales y de relación con el centro de dirección, dio lugar a una estratificación muy marcada, mucho más (por lo menos por arriba) en el sector público que en el privado, y que en conjunto hacía que el primero prevaleciese sobre el resto de la población. La estratificación, centrada en la disposición de recursos y la toma de decisiones, no era un hecho jurídico. Es más, desde el punto de vista jurídico la población básica se consideraba «libre» por tener sus propios medios de producción (tierra y ganado), mientras que los dependientes orgánicos del templo eran «siervos» del dios, como después los dependientes del palacio lo serían del rey, sin medios de producción propios. En virtud de una típica inversión, mientras que un «libre» era superior a un «siervo», un «siervo del dios» y un «siervo del rey» eran superiores a los libres por estar más cerca del centro del poder, con lo que esto suponía de influencia ideológica y posibilidades de enriquecimiento.

En sustancia, el estado arcaico, por lo menos en el modelo que se deduce de la revolución urbana en la Baja Mesopotamia, es un estado redistributivo con dos círculos, uno interno y otro externo. El círculo interno es el de los dependientes de la agencia central, y obtiene en el círculo externo el excedente de trabajo (y gracias a él, de producto) que sirve para mantener à los especialistas y hace funcionar la máquina administrativa. Los dependientes internos están plenamente integrados en el sistema redistributivo, tanto para dar como para recibir: aportan sus prestaciones y reciben manutención a cambio. En cambio el circulo externo, el de la población «libre», hace aportaciones a la agencia central sin recibir casi nada a cambio. Es un mecanismo redistributivo desequilibrado, porque el flujo principal va del círculo externo a la agencia central y de aquí a los dependientes internos.

En otras palabras, probablemente podamos decir que el estado arcaico tiene súbditos de dos clases: una franja externa (la más numerosa) de súbditos en el sentido político y, sobre todo, fiscal, pero económicamente libres; el núcleo interno, en cambio, es dependiente en lo político y lo laboral y está totalmente integrado en un

estado-hacienda

que se mantiene explotando la franja externa.

4. La movilización ideológica

La obtención de recursos en que se basa una sociedad compleja es un trance indudablemente doloroso, y sólo puede lograrse si intervienen factores (desde el sometimiento físico hasta el convencimiento ideológico) que superen la tendencia natural *a* la autosuficiencia y la autorreproducción, en pro de un interés superior para el desarrollo global del sistema que el individuo no aprecia inmediatamente. Las desigualdades entre grupos (facilidad para obtener recursos, balance entre dar y tener) son el principal problema al que debe enfrentarse el estado incipiente, un problema que apenas se planteaba en las sociedades igualitarias.

En la Baja Mesopotamia (como en otros lugares) la estatización se lleva a cabo con el concurso de una ideología religiosa. La razón fundamental es evidente: la recaudación es menos dolorosa si se hace en beneficio de una entidad sobrehumana dotada de poderes superiores y funciones esenciales para la vida de la comunidad, en vez de hacerse directamente en beneficio de un «jefe», que es un hombre como los demás. Esta ideología religiosa se plasma arqueológicamente en los enormes y prestigiosos edificios sagrados. Baste pensar en el sagrado *temenos* del Eanna de Uruk, en el núcleo central, y en el complejo de templos de Arslantepe, ya en la periferia extrema.

Pero los detalles concretos de esta ideología religiosa no están documentados por los textos de la época, que tienen un carácter administrativo y no son lo más adecuado para transmitir informaciones de naturaleza ideológica. Hay que recurrir a textos de la tradición posterior, eligiendo aquellos que por sus características podrían reflejar concepciones maduradas en una época más antigua.

Ante todo cabe destacar que la revolución urbana, con su mayor especialización laboral, se refleja en la aparición de una religión politeísta, a diferencia de la sociedad neolítica, que había adoptado una religiosidad más centrada en el problema de la reproducción

(humana, animal y vegetal). El panteón está concebido con arreglo a las relaciones antropomorfas del parentesco, la jerarquía y la especialización funcional. Hay un dios para cada actividad (uno para la agricultura, otro para el pastoreo, otro para la escritura, otro para la medicina, etcétera) y todos juntos colaboran, aunque tengan rangos distintos. Las estructuras de decisión (con un dios supremo y una asamblea divina) también tienen un evidente carácter antropomorfo —aunque la asamblea no corresponde (como pretendía la famosa teoría de Thorkild Jacobsen) a una supuesta fase premonárquica de democracia primitiva, sino más bien a las asambleas locales, que perduraron—.

Aunque el mundo divino tenga esta estructura politeísta, para la mayoría de la población local sigue siendo responsable, sobre todo, del tiempo atmosférico —causante directo o indirecto de la prosperidad o la ruina— y de la salud y la capacidad reproductora de hombres y animales. Gran parte del calendario y de las ceremonias corresponden a un ciclo estacional agropastoral. En la mentalidad primaria de la población, el concepto básico del «sacrificio» y la ofrenda responde al conocido criterio de la reciprocidad que se incrementa con el rango. A los dioses se les ofrecen ejemplares de los productos para inducirles o estimularles (o si se quiere, para «obligarles», según las reglas del intercambio) a corresponder con cosechas y descendencias abundantes.

Este mecanismo de la ofrenda es una sublimación simbólica de otro mecanismo más generalizado, el de la redistribución centralizada. Asimismo, es posible que las propias aportaciones de trabajo tuvieran al principio cierto carácter festivo, o que por lo menos se incluyeran conceptualmente en unas costumbres arraigadas de intercambio de trabajo entre unidades familiares, en este caso evidentemente desequilibrado por la diferencia de rango entre la «casa del dios» y las casas comunes. La diferencia de rangos y funciones, que en el caso de los productos sugiere la idea de la devolución con creces (*noblesse oblige*), en el caso del trabajo, en cambio, sugiere la idea de la falta de reciprocidad (*droit du seigneur*), una reciprocidad que, si acaso, se reserva para otros planos y ocasiones (protección, salud, benevolencia o similares).

Además de dar una justificación religiosa al desequilibrio de las aportaciones contributivas, la ideología sumeria parece enfocada

especialmente a resaltar el valor positivo de la complementariedad de las funciones sociales. Esto se puede apreciar sobre todo en los textos sapienciales y mitológicos, ambos de un carácter bastante conservador, por lo que es probable que se remonten a la edad arcaica.

Entre los textos sapienciales más sencillos y antiguos están las colecciones de proverbios. En la más antigua (documentada a mediados del III milenio) encontramos proverbios como: «los pueblos exteriores mantienen a la ciudad central» o: «la ciudad pequeña cría el ganado para su rey, la ciudad grande construye el templo y excava el canal», que dan una imagen lúcida de la Baja Mesopotamia jerarquizada. Otros proverbios, como: «no echar al poderoso, no destruir las murallas», aducen la necesidad de protección como justificación de la élite dirigente.

Aún más típicas y representativas son las «tensones» o disputas entre dos elementos o personajes distintos (o mejor opuestos) para demostrar la necesidad de ambos. En unos casos se enfrentan dos funciones de valor semejante: en las tensones entre la cebada y la oveja, el agricultor y el pastor o el verano y el invierno, la idea es que unas funciones paralelas deben cooperar en vez de oponerse. En otros casos el modelo de interacción tiene un sentido de consolación, como en las tensones entre la plata y el cobre, la palmera y el tamarisco o el arado y la azada, dos elementos aparentemente desiguales por razones de prestigio; en este caso se afirma que el más humilde también tiene su utilidad, semejante a la del más preciado o vistoso. Así sucede también en la sociedad humana: cada cual tiene que estar conforme con su función laboral, por humilde que sea, pues adquiere un valor semejante al de las demás cuando se inserta en un mecanismo complejo que no puede prescindir de ninguna.

Los mitos, sobre todo los de la creación, trazan mapas mentales directamente vinculados a la realidad del paisaje de la Baja Mesopotamia. Por ejemplo, el mito de Ninurta presenta Mesopotamia como una tierra de labor cuyas acequias serían el Tigris y el Éufrates, mientras que las cordilleras que la rodean serían los márgenes para retener las peligrosas crecidas. La lista real de Lagash imagina que el género humano brota de la tierra después del diluvio como las plantitas después del riego. El mito de

Atramhasis tiene un significado social más evidente. La humanidad es creada con la misión concreta de sustituir a los dioses menores en su pesada labor de regar, cultivar la tierra y producir para los dioses superiores el alimento que sin trabajo no germinaría en cantidad suficiente: un esquema que resume perfectamente toda la organización productiva de la Baja Mesopotamia. En varios mitos e himnos la azada y el cesto, típicos instrumentos de trabajo usados por los obreros en la *corvée* más dura —cavar y remover la tierra—, son instrumentos de prestigio cuando los empuñan los reyes y los dioses.

Otros mapas mentales se refieren a la relación entre el centro y la periferia. Los más frecuentes son el que contrapone a los nómadas con los sedentarios y el que contrapone el valle con la montaña. En el primero, los pastores de las estepas (los martu) y de las montañas (los guti) carecen de los rasgos más elementales de la cultura urbana: no tienen casa, no tienen tumba, no conocen la agricultura y tampoco conocen los ritos del culto. Es una visión etnocéntrica que sirve para reafirmar la conciencia de pertenecer a un mundo de cultura superior, amenazado potencialmente por la presión ávida y violenta de los pueblos extranjeros. Otro mapa mental recurrente presenta cada una de las montañas que rodean Mesopotamia con un producto típico (varios tipos de árboles de alto fuste, de metales y de piedras), que permanece allí inutilizado pero disponible para cuando haya que llevarlo al centro del mundo —un transporte facilitado por la presencia de ríos y por la conformación topográfica general—. Los recursos, inútiles mientras se conservan cada uno en su montaña, se vuelven útiles cuando se concentran en el centro del mundo, en el valle de la Baja Mesopotamia, que permite un desarrollo cultural basado en la compleja interacción de elementos distintos por origen y naturaleza.

5. Centro y periferia

1. El sistema regional

Si se compara la extensión territorial de la cultura de Uruk con la de la cultura anterior de Ubaid, sorprende la diferencia entre ambas. La cultura de Ubaid abarca toda Mesopotamia y, con formas similares, se extiende a parte de la periferia siria y anatólica, trazando un amplio horizonte de homogeneidad. En cambio la cultura de Uruk es un fenómeno limitado a la Baja Mesopotamia, acompañado secundariamente de episodios «coloniales» específicos en algunos yacimientos de Susiana y el Éufrates medio. El desarrollo técnico y organizativo de Uruk deja atrás (con diferencia) las culturas vecinas calcolíticas tardías; un horizonte de diversificación y complementariedad sustituye al horizonte de homogeneidad.

Estas dos características —la peculiaridad de la cultura de Uruk y su relación complementaria con las culturas colindantes— han sugerido el traslado del concepto de
«sistema-mundo»,
definido para la Edad Moderna (desde las grandes exploraciones geográficas hasta el desarrollo del colonialismo) por Immanuel Wallerstein, a la época de la primera urbanización. Esta aplicación del
sistema-mundo
tan alejada en el tiempo ha levantado muchas críticas, sobre todo de quienes dan más importancia a los factores locales de desarrollo

que a la interacción. Por lo demás, aun teniendo en cuenta la precisión del propio Wallerstein de que un
«sistema-mundo»
no debe entenderse como un «sistema mundial», la escasa extensión territorial del fenómeno Uruk aconsejaría, si acaso, echar mano de la definición menos ardua de «sistema regional».

Cualquiera que sea la definición adoptada, son dos, sustancialmente, los problemas que plantea el modelo del
sistema-mundo.
El primero es saber si las interacciones entre regiones fueron lo bastante fuertes en la edad Uruk como para caracterizar y condicionar el propio proceso en curso. La segunda cuestión es si en la Baja Mesopotamia el desarrollo del centro estuvo vinculado a un proceso paralelo de subdesarrollo en la periferia suministradora de materias primas (o más bien si este subdesarrollo lo hizo posible). La temática del subdesarrollo (tal como la enuncian Gunder Frank, Eric Wolf y otros, siempre en relación con el colonialismo moderno) me parece un punto de referencia tan útil como la temática wallersteiniana del
sistema-mundo,
o más.

Como es sabido, en Oriente Próximo encontramos ambientes muy distintos. En cuanto al régimen de precipitaciones, la región está atravesada por la demarcación entre las ramificaciones orientales de la circulación de origen atlántico, con lluvias invernales, y las ramificaciones noroccidentales de la circulación monzónica, con lluvias estivales. En la cubierta vegetal convergen la zona «mediterránea» (Anatolia y
Siria-Palestina),
la «turania» (Irán y Asia central) y la llamada «etiópica» (África oriental y Yemen, hasta el valle del Indo). El relieve, con cordilleras adosadas a las costas marinas, determina zonas pluviométricas con valores muy distintos en rápida sucesión. Los tipos de suelo son igual de variados en poco espacio, con la distinción básica entre los aluviones fluviales y sus contornos montañosos.

Esta variedad ambiental determina una diversificación entre zonas, a veces muy juntas, con distinta vocación económica: agricultura de regadío y agricultura de secano, pastos de estepa y de

altura, reservas boscosas montañosas y aguazales. La producción de alimento puede practicarse en zonas delimitadas, alrededor de las cuales subsisten estrategias de caza (incluida la pesca y la caza de pájaros) y recolección. En líneas generales, como ya se ha indicado a propósito del comercio a larga distancia, cabe subrayar una complementariedad básica entre las zonas de aluvión, donde se concentra la población humana y la producción de alimento, y las zonas montañosas ricas en materias primas (madera, metales y piedras).

Ya en el ámbito de las economías preurbanas, esta contigüidad de zonas con distinta vocación determina formas de utilización complementaria. Baste pensar en la trashumancia vertical en las laderas del Taurus y los Zagros, o mejor aún en el encaje estacional de cultivos de verano y pastos de invierno en el valle del Éufrates. Con el período de Uruk, la aparición del campo largo y el riego planificado aporta un nuevo paisaje económico, limitado a la zona del llamado delta, sin alterar por ello visiblemente las relaciones entre regiones. Lo que altera estas relaciones son, si acaso, las grandes aglomeraciones urbanas y las nuevas necesidades que se crean.

Se diría, pues, que el motor principal de la urbanización y la estatización son los recursos primarios específicos del microambiente del delta, y que éste formó a su alrededor (por así decirlo) un sistema regional según fueron apareciendo recursos adicionales y secundarios en otros lugares. Algunos recursos podían encontrarse o desarrollarse *in loco*: la cebada, el dátil, la arcilla, el betún, la caña o el pescado. Otros recursos, sobre todo los ovicápridos, se podían conseguir en las inmediaciones. Para otros, en cambio, se requerían interacciones a distancias más largas. Pero si el estado arcaico, para cubrir sus complejas necesidades, requería una gran variedad de recursos, su dispersión no era ninguna ventaja; el único factor positivo de un escenario múltiple como el de la «gran Mesopotamia» era que las interfases entre los distintos ambientes, a fin de cuentas, estaban bastante cerca unas de otras.

El alejamiento de los recursos determinó, en gran medida, el destino de cada zona (zonas de población concentrada o dispersa, zonas de estados arcaicos o de *chiefdoms* residuales,
etc.),

y su situación en el ámbito del «sistema regional» global. Entonces es cuando interviene la segunda de las cuestiones planteadas al principio: el desarrollo urbano y protoestatal de Uruk, con su apropiación de los recursos periféricos, ¿determinó un subdesarrollo de la periferia?

La respuesta no puede ser ideológica o teórica, pues tiene que basarse en los datos documentales. Estos datos apuntan a una respuesta negativa: las unidades cantonales de la periferia experimentaron un desarrollo paralelo, al parecer fomentado y no frenado por los intercambios (desiguales, sin duda) con Uruk. Si siguieron sendas distintas (la senda del *chiefdom* y no la del estado) se debió a sus condiciones de partida, y no a las relaciones interregionales. Veamos el caso hipotético de un cantón montañoso en una zona minera: allí nunca podrá haber una ciudad; la población se alimenta de los recursos agropastorales locales (que no están influidos por el intercambio interregional); la lejana ciudad protoestatal la tiene como un lugar de aprovisionamiento de metal, y como tal explota sus recursos; por su parte, los jefes locales organizan el trabajo y adquieren bienes de prestigio que refuerzan su autoridad interna. En conjunto, la unión política y organizativa se ve favorecida, sin perjuicio de la economía local.

En la época que nos ocupa las relaciones económicas entre el centro y la periferia no conciernen a los bienes de consumo primario, de modo que no afectan al nivel de vida de la población. Se trata de materias primas en cierto modo añadidas, cuya producción y preparación recibe el estímulo de unos mercados lejanos que se suman a los locales, previos y limitados. Aunque la riqueza que afluye, a fin de cuentas, no es mucha (en relación con el «valor de mercado» de los géneros exportados), no deja de acentuar la estratificación socioeconómica local, pues fortalece a las minorías dirigentes sin merma de las rentas globales.

Por último, cabe mencionar al menos de pasada el problema de la complejidad interna en el microambiente de la Baja Mesopotamia. Hace tiempo Robert Adams propuso que la coexistencia de componentes distintos (agricultura y horticultura, pastoreo, pesca y volatería) fue lo que determinó la aparición de las agencias redistributivas, y no el factor «hidráulico». El panorama trazado por Adams, sin duda, es correcto; pero la trabazón de estos

componentes, por su nivel y naturaleza, podía lograrse perfectamente con mecanismos de intercambio local, sin necesidad de ninguna agencia central, unos mecanismos que ya debían de existir en una sociedad sustancialmente igualitaria como la de Ubaid. En cambio, la aparición de un componente nuevo —el campo largo con su riego planificado— es lo que, a mi juicio, determinó la necesidad nueva de una agencia central de mediación, movilización laboral y control administrativo de las crecientes desigualdades en el acceso a las decisiones y los recursos. Quizá se podría decir que las prestaciones de trabajo (con estructura desigual) tuvieron consecuencias organizativas más serias que el mero intercambio de productos complementarios.

2. Estatización primaria y secundaria

La preferencia por el caso de Uruk en el estudio del origen de la organización estatal se debe, por lo general, a su carácter claramente primario. Al ser el más antiguo de todos, el proceso de estatización de la Baja Mesopotamia no pudo inspirarse en otros procesos anteriores capaces de influir en él. Los casos de estatización secundaria, mucho más numerosos, no nos revelan los momentos iniciales, esenciales e incontaminados del mecanismo, pues pudieron estar contaminados por fenómenos de imitación, complementariedad o parasitismo de un modelo previo. Robert Adams, para hacer un estudio que fuese comparativo pero basado en casos estrictamente primarios, tuvo que conformarse con cotejar el caso mesopotámico con el mesoamericano, pues no sólo Egipto y el valle del Indo eran razonablemente secundarios con respecto a Uruk, sino que incluso el lejano foco chino pudo haber tenido algún contacto —indirecto, a través de Asia Central— con Oriente Próximo.

El problema, así planteado, sigue acusando la influencia del viejo modelo de difusión a partir de un centro o como mucho de dos (dada la falta de contactos entre el viejo y el nuevo mundo en la época estudiada): el modelo se difunde desde el foco original, a veces transformándose para adaptarse a las distintas condiciones

que encuentra en las nuevas zonas de aplicación. El «difusionismo» seguramente contiene una buena dosis de verdad histórica (baste pensar en la difusión de la revolución industrial, muy bien documentada), pero puede dificultar la comprensión de los mecanismos originales. Es difícil dar crédito a una clasificación que ponga en una casilla un solo caso primario y en otra cientos de casos secundarios.

En un sentido más estrictamente histórico, el caso primario puede perder gran parte de su significado si no se enmarca con lo que ocurre en su periferia, por lo menos en la más inmediata. Para apreciar la importancia de la estrategia adoptada (de forma más o menos consciente) por quien emprendió la senda de la estatización, conviene tener en cuenta también las sociedades contemporáneas y colindantes que optaron por otras estrategias, así como las que esperaron a otro momento o a otras circunstancias para estatizarse a su vez. En este contexto, la estatización secundaria se aprecia mejor si en vez de abordarla desde el ángulo de su posterioridad cronológica y las influencias culturales, analizamos la existencia de diferencias estructurales debidas a factores ambientales o históricos.

A este respecto se puede considerar que el concepto de «acumulación primaria», evidentemente, tiene que ver con los casos primarios, los que desarrollaron el nuevo aparato
histórico-político
como resultado de una concentración de recursos obtenida con mecanismos productivos internos. Los casos secundarios, al haber cambiado ciertos elementos organizativos previos, no siguieron necesariamente la misma trayectoria que los primarios ni tuvieron que basarse necesariamente en los mismos factores tecnológicos, productivos, demográficos y urbanísticos.

Baste pensar en lo que ha dicho recientemente Marcella Frangipane sobre los caracteres de la revolución protoestatal en Arslantepe, donde hubo una organización urbana sin ciudad —una paradoja cuya explicación, precisamente, está en el ámbito de la relación entre lo primario y lo secundario, entre el centro y la periferia—. La citada complejidad a escala regional, con sus grandes disparidades entre la zona aluvial, con densa producción cerealícola y denso asentamiento humano, y la zona montañosa, con un potencial productivo y demográfico limitado pero gran

concentración de recursos estratégicos, permite enunciar una versión más eficaz del concepto de estatización secundaria. Aunque aquí no podemos describir los procesos típicos de la urbanización secundaria, es evidente que son completamente distintos de los del valle mesopotámico, y no pasan por una acumulación primaria como la que se produce allí.

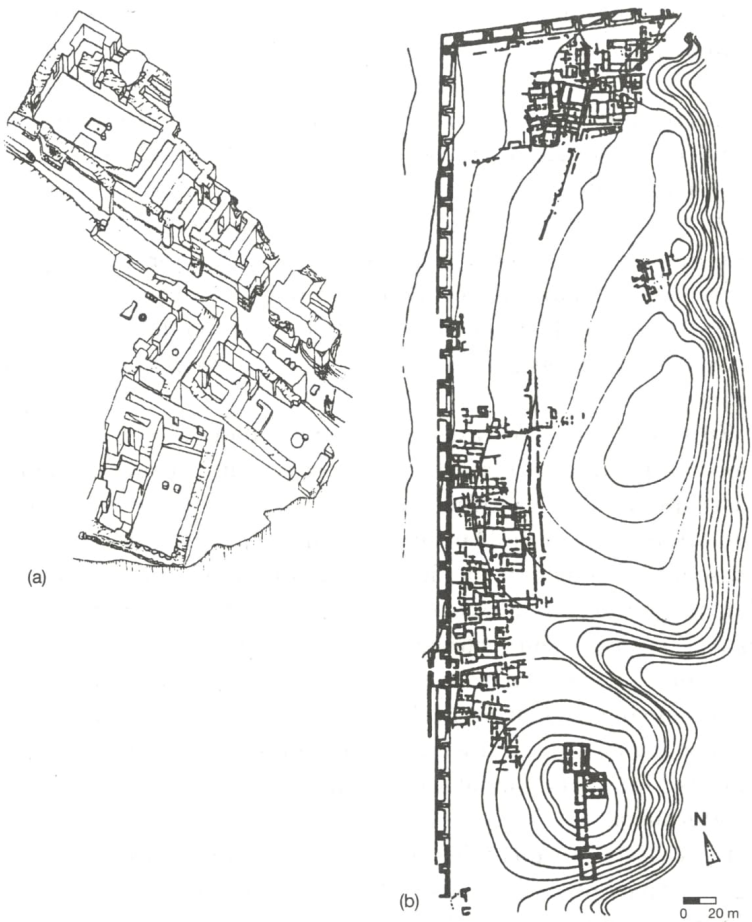


FIGURA 11. Urbanización de la periferia: (a) complejo Uruk tardío de Arslantepe; (b) Habuba Kebira, planta general (tomado de M. Frangipane, *La nascita dello Stato nel Vicino Oriente*, Roma-Bari, 1996,

pp.
239 y 218).

En pocas palabras, habría que abordar la contradicción primario/secundario en términos de relación diacrónica, llamando primarios a los casos de urbanización y estatización que se basan sustancialmente en recursos internos, en la acumulación primaria de productos alimenticios de la que partió nuestro análisis, y acumulación secundaria a los casos que no tuvieron que pasar por su propia acumulación primaria porque aprovecharon una acumulación producida en otro lugar, estableciendo con ella contactos estructurales gracias a la complementariedad de los recursos.

En este sentido los casos como Egipto o el valle del Indo sin duda son primarios, más allá de la importancia (muy opinable) que se quiera dar a la influencia mesopotámica sobre ellos. El estado faraónico y el de Harappa tenían sus propios recursos básicos, se desarrollaron y funcionaron de un modo autónomo y podían prescindir de la existencia de un modelo similar en otro lugar. En cambio son secundarios los casos de sociedades desarrolladas en el este de Anatolia y también en Irán, que no por casualidad estaban en zonas montañosas y por tanto ajenas al problema de la coordinación productiva basada en el agua, que no habría sido posible sin el desarrollo previo de una urbanización primaria de referencia.

Los casos más típicos del proceso de difusión de las estructuras organizativas protoestatales son, precisamente, las colonias del Éufrates medio y la Alta Mesopotamia durante el Uruk tardío. Se pueden distinguir: 1) colonias auténticas (como Habuba Kebira), asentamientos que se insertan plenamente en el horizonte cultural Uruk tardío pero están fuera de la zona primitiva; 2) puestos comerciales avanzados (como Godin Tepe), pequeños e insertados en centros de cultura indígena; y 3) centros indígenas (como Arslantepe) con una organización influida por el modelo Uruk tardío. Más allá de estas diferencias, por fundamentales que sean, en todos los casos se impone el modelo protourbano con agencia central y administración despersonalizada para resolver no ya los

problemas de administración de la producción primaria, sino los del intercambio de recursos distintos a escala regional.

Quedan muchos aspectos por aclarar, algunos en relación con datos descubiertos recientemente. Una vez más, se puede citar, por ejemplo, el caso de Arslantepe: el descubrimiento de que el complejo de templos de la edad Uruk tardía (y con una influencia Uruk tardía muy evidente) reposa sobre un complejo anterior, calcolítico reciente, ya bastante monumental, plantea un problema interesante que sólo podrá resolverse cuando ampliemos los datos que hoy tenemos. De momento persiste una duda: o bien el complejo calcolítico tardío, que era contemporáneo del período Uruk antiguo, ya seguía el modelo mesopotámico, o bien el desarrollo endógeno era lo bastante fuerte como para inducir procesos apreciables de reorganización antes de que se intensificasen las relaciones con la Baja Mesopotamia. Se puede proponer una interpretación de dos fases: un primer proceso de naturaleza primaria, muy limitado debido a la dimensión reducida del territorio local, y un proceso secundario iniciado cuando este territorio se incorpora al sistema regional de Uruk. En el fondo, «primario» y «secundario» son instrumentos analíticos, no realidades.

3. El problema del colapso

En el apogeo de su desarrollo, la cultura Uruk tardía comprende una capital con una preeminencia indudable (el propio Uruk, con sus 100 hectáreas) y el núcleo directivo y sagrado del Eanna; un territorio interior, que abarca toda la Baja Mesopotamia (mal conocida, lamentablemente, en esta fase) y Khuzistán (Susa); una zona que podríamos llamar de semiperiferia (la Alta Mesopotamia), con cultura mixta; y los puestos comerciales avanzados repartidos por las tierras altas anatólicas e iranias. Pero este sistema tiene una duración corta, que se puede calcular en un par de siglos: los asentamientos periféricos son destruidos o abandonados y el propio núcleo del Eanna interrumpe su desarrollo plurisecular. Parece que cuando la primera urbanización, después de una larga etapa de

formación, alcanza el grado máximo de organización interna (escritura) y expansión comercial (colonias), experimenta una crisis o un verdadero colapso.

La crisis tiene caracteres muy distintos en la periferia y en el núcleo central. En la periferia, donde la urbanización ha sido muy modesta y el aparato administrativo más bien extemporáneo, el colapso es total. Una colonia como Habuba Kebira, que se ha fundado en terreno virgen, es abandonada y deja un vacío. Los puestos comerciales avanzados insertados en centros indígenas, como Godin Tepe o Hassek Höyük, desaparecen y dejan los asentamientos locales a su suerte. Hasta en Susiana, tan próxima al núcleo central de la Baja Mesopotamia, el paréntesis Uruk tardío se cierra tan inesperadamente como ha empezado. En el extremo opuesto, en el centro indígena pero de organización protoestatal de Arslantepe, sobre las ruinas del complejo de templos Uruk tardío se construye un pueblo de cabañas de madera habitado por pastores transcaucásicos, cuyo jefe es sepultado en una tumba de riqueza inaudita, como para simbolizar que los excedentes pueden seguir derroteros muy distintos, de uso social o atesoramiento personal.

Tras el colapso del sistema protoestatal, en la periferia mesopotámica se produjo una fragmentación muy acusada de horizontes culturales, representados emblemáticamente por sus cerámicas, desde las rojas y negras lustradas hechas a mano del horizonte transcaucásico hasta las siroanatólicas de engobe reservado y las cerámicas pintadas e impresas que toman el nombre de Nínive V, difundidas por Alta Mesopotamia, etcétera. El nivel de asentamiento es el de pueblo, agrícola o pastoral, el nivel organizativo que cabe suponer es el de *chiefdom*, cesan los indicadores de la administración escrita y no hay edificios monumentales. Hasta el segundo cuarto del III milenio no reaparece una nueva fase de urbanización pujante (con escritura, administración y fábricas palaciegas), de nuevo por influencia de la Baja Mesopotamia, que culmina en la cultura protoelamita de Susiana y la cultura de Ebla en el norte de Siria.

En la Baja Mesopotamia la crisis no tiene tanta gravedad. La suerte del área sagrada del Eanna de Uruk no es generalizable: los datos de asentamiento muestran que el nivel demográfico, así como la tasa de urbanización, sólo bajaron un poco, mientras se producía

una reorganización política con pérdida de centralidad de Uruk en beneficio de otros centros. Las tradiciones de la escritura y la administración muestran tal continuidad entre el período Uruk tardío y el protodinástico maduro, que no cabe pensar en un verdadero hiato —pese a que apenas se han encontrado textos entre los de Uruk III y los del protodinástico
II-III—.
No hay duda de que el período protodinástico I
(
ca.
2900-2700)
es una etapa de depresión económica y realizaciones culturales poco vistosas, pero la continuidad prevalece sobre la cesura. Aunque todo esto hay que ponerlo entre paréntesis, porque la documentación aún no permite certidumbres.

Del colapso de la cultura Uruk tardía se han hecho con la debida prudencia interpretaciones (más que verdaderas explicaciones) que pueden resumirse en dos alternativas: o bien la crisis del centro provocó el abandono de sus ramificaciones coloniales, o bien unas alteraciones en la periferia (por ejemplo, migraciones pastorales) causaron una reducción general del radio de acción de Uruk. Tampoco hay que descartar una coincidencia de varios factores. Pero la incidencia distinta de la crisis en el centro y la periferia debe inducir una consideración de carácter general: en el núcleo de la Baja Mesopotamia, la urbanización en el área de agricultura de regadío y, sobre todo, en el sector de riego planificado, parece un hecho irreversible, que sólo requiere adaptaciones y modificaciones para poderse consolidar. En la periferia, por el contrario, la urbanización parece un fenómeno bastante superficial, inducido desde fuera, incapaz de echar raíces todavía en el territorio y por lo tanto expuesto a caídas verticales.

En cuanto a las adaptaciones necesarias para superar la crisis, cabe hacer una observación importante: las agencias centrales impulsoras de la primera urbanización tienen un marcado carácter templario, mientras que la segunda urbanización tendrá un carácter más bien palaciego. Es decir, que las funciones políticas se separan del templo y se localizan en un complejo de edificios «laicos» —más allá de los aspectos religiosos de la ideología política de los

primeros palacios— En el núcleo de la Baja Mesopotamia, donde el sistema había tenido continuidad, el templo y el palacio comparten la administración de la economía: los templos quedan reducidos a agencias sectoriales subordinadas al palacio. En la periferia, por el contrario, después de la etapa de regresión institucional, la segunda urbanización es claramente palaciega y los templos son propiamente lugares de culto, si acaso con actividades redistributivas de carácter ceremonial.

Si rozamos el límite de lo que razonablemente permite la documentación, podemos decir que la segunda urbanización acepta una solución de compromiso, a diferencia de la «revolución del templo» anterior, más rígida. La existencia de un poder monárquico, que en algunos casos llamativos asume un carácter militarista (Akkad) o mercantilista (Ebla), es una suerte de revancha de las élites gentilicias nacientes, antes marginadas por la administración impersonal de los templos. El sistema mixto

templo-palacio

cubre mejor las necesidades de consumo, ostentación y atesoramiento de ámbito personal y gentilicio, una vez que se ha producido la dolorosa «acumulación primitiva» de forma irreversible. Según el esquema del desarrollo en tamaño de los edificios esbozado en el gráfico 3 de la página 37.

En el caso de la periferia, este nuevo modelo más flexible es, al parecer, más adecuado para administrar economías que no dependían del riego planificado, sino de una explotación mixta de agricultura de secano y pastoreo trashumante, con importantes componentes de tipo comercial o

forestal-minero

(según las zonas). Las necesidades de la acumulación social de comida y movilización social del trabajo eran menos acuciantes y podían dejar más espacio al consumo de lujo, a las relaciones gentilicias y a una estratificación social basada en factores de prestigio personal y de censo, más que de situación funcional dentro de la administración impersonal.

Mientras el viejo modelo (del templo) resultaba especialmente adecuado para resolver los problemas del regadío, el nuevo (del palacio y el templo) podía extenderse mejor a la periferia. En efecto, los experimentos de la primera urbanización fuera de las

zonas aluviales fueron totalmente secundarios y respondían a las necesidades del centro. En cambio, la segunda urbanización, en las mesetas agropastorales de secano y luego, incluso, en los valles entre montañas, dio origen a estados moderadamente secundarios, capaces de mantenerse en parte con sus propios recursos dentro de un sistema regional que seguía teniendo su centro (ya no exclusivo) en las concentraciones demográficas y cerealícolas de las principales llanuras aluviales.

La urbanización tenía sus costes, económicos y sobre todo sociales, y la recaudación de excedentes que en la Baja Mesopotamia era posible (se podría incluso decir: fácil) gracias a la feliz combinación de las condiciones ambientales y tecnológicas del sistema político-administrativo, en cambio resultaba mucho más difícil en regiones cuyos rendimientos cerealícolas eran la mitad o un tercio de los de la llanura de regadío, y la población movilizada mucho menos numerosa. En estas zonas el estado arcaico tuvo que conformarse con prestaciones sociales más modestas o forzar la explotación hasta el límite de la ruptura. Este motivo estructural condicionó los ciclos de urbanización —tan evidentes en la periferia como atenuados o inadvertidos en la llanura— que caracterizan el largo plazo de la historia mesopotámica, con sus progresos lentos y sus colapsos repentinos. Las extraordinarias realizaciones —urbanísticas y arquitectónicas, artísticas y literarias, tecnológicas e ideológicas— del Oriente antiguo no fueron milagros, sino el resultado de combinar ingeniosas innovaciones técnicas, dolorosas imposiciones de trabajo social y la eficacia movilizadora de unas ideologías religiosas. Esta combinación no pudo contrarrestar siempre ni tampoco por mucho tiempo las tendencias al autoconsumo y a la autorreproducción sin variación.

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN. URUK, LA PRIMERA SOCIEDAD COMPLEJA DEL ANTIGUO ORIENTE

Para una información general sobre el período de Uruk véase M. Frangipane, *La nascita dello Stato nel Vicino Oriente*, Roma-Bari, 1996 (cap. VII); H. J. Nissen, *Protostoria del Vicino Oriente*, Roma-Bari, 1990 (cap. IV). Sobre los conceptos básicos de la revolución urbana véase M. Liverani, *delle città L'origine*, Roma, 1986. Sobre la excavación de Uruk véase H. Lenzen *et al.*, *Vorläufiger Bericht über die Ausgrabungen in Uruk-Warka*, I-LXXVII, Berlín,

1930-1972.

1. HISTORIA DE LA CUESTIÓN

Apartado 1 Para la cita de J. Burckhardt véase M. Liverani, «Prefazione», en Frangipane, *La nascita dello Stato*, *op. cit.* , p. vii. La cita de V. Gordon Childe (1942) está tomada de *Il progresso nel mondo antico*, Turín, 1963, pp. 97-98, 100-101. Sobre Childe, B. Trigger, *Gordon Childe: Revolutions in Archaeology*, Londres, 1980; D. H. Harris, ed., *The Archaeology of V. Gordon Childe*, Chicago, 1994.

Apartado 2 Heichelheim, *Storia economica del mondo antico* (1938), Bari, 1972. Las obras de K. Polanyi mencionadas son *La grande trasformazione* (1944), Turín, 1974 y *Traffici e mercati negli antichi imperi* (1957), Turín, 1978. Polanyi enunció el concepto de *staple finance* (en 1960) en *Economie primitive, arcaiche e moderne*, Turín, 1980, pp. 291-317.

Apartado 3 Entre los autores que exponen la teoría neoevolucionista cabe citar a E. R. Service, *Primitive Social Organization*, Nueva York, 1962 y a M. H. Fried, *The The Evolution of Political Society*, Nueva York, 1967. Panoramas generales: H. Claessen y P. Skalnik,

eds.,
The Early State, París, 1978; E. Service, *Origins of the State and Civilization*, Nueva York, 1975. Para la crítica me refiero a N. Yoffee, «Too Many Chiefs? (or, Save Texts for the '90s)», en N. Yoffee y A. Sherratt,
eds.,
Archaeology Today: Who Sets the Agenda?, Cambridge, 1993,
pp.
6078.

Apartado 4 Sobre el concepto de «complejidad» aplicado a la arqueología y a la protohistoria véase entre otros
S. E.
van der Leeuw,
ed.,
Archaeological Approaches to the Study of Complexity, Amsterdam, 1981. Sobre los *«chiefdoms* complejos» véase T. Earle, *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*, Cambridge, 1991; aplicación a la antigua Mesopotamia: G. Stein y
M. S.
Rothman,
eds.,
Chiefdoms and Early State in the Near East. The Organizational Dynamics of Complexity, Madison (Wisc.), 1984. Sobre la prioridad del factor demográfico me remito a E. Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*, Chicago, 1965. Sobre los factores de la estatización véase
W. T.
Wright, «Recent Research on the Origin of the State», en *Annual Review of Anthropology*, 6 (1977),
pp.
379-597.
El uso de «esquemas de flujo» empieza con
C. L.
Redman, *The Rise of Civilization*, San Francisco, 1978.

Apartado 5 La primera edición de los textos «arcaicos» de Uruk es de A. Falkenstein, *Archaische Texte aus Uruk*, Leipzig, 1936. Reediciones:
M. W.
Green y
H. J.
Nissen, *Zeichenliste der archaischen Texte aus Uruk*, Berlín, 1987. Valoración
histórico-económica:
H. J.
Nissen, P. Damerov y
R. K.
Englund, *Frühe Schrift und Techniken der Wirtschaftsverwaltung im alten Vorderen Orient*, Berlín, 1990.

2. LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL DEL TERRITORIO

Apartado 1 Sobre la «sociedad hidráulica» sigue siendo significativa, más allá de su intención político-ideológica, la obra de K. Wittfogel, *Il dispotismo orientale* (1957), Florencia, 1968. Geomorfología de la Baja Mesopotamia: P. Sanlaville, «Considérations sur
l'évolution
de la Basse Mésopotamie au cours des derniers millénaires», en *Paléorient*, 15 (1989),
pp.
5-27.
Sistema bajomesopotámico de los campos largos: M. Liverani, «The Shape of the
Neo-Sumerian
Fields», en *Bulletin on Sumerian Agriculture*, 5 (1990),
pp.
147-186;
«Reconstructing the Rural Landscape of the Ancient Near East», en *Journal of the Economic and Social History of the Orient*,

39 (1996),
pp.
1-41.
Diferencia entre «vega» y «delta»: M. Liverani, «Lower Mesopotamian Fields: South vs. North», en *Festschrift für W. Röllig*, Neukirchen, 1997,
pp.
219-227.
Arado de sembradera: B. Hruska, «Der Umbruchpflug in den archaischen und altsumerischen Texten», en *Archiv Orientalni*, 53 (1985),
pp.
46-55;
56 (1988),
pp.
137-158.
Rendimientos de la cebada:
J. N.
Postgate, «The Problem of Yields in Sumerian Texts», en *Bulletin on Sumerian Agriculture*, 1 (1984),
pp.
97-102.
Trillo:
M. A.
Littauer,
J. H.
Crowel y P. Steinkeller, «Ceremonial Threshing in the Ancient Near East», en *Iraq*, 52 (1990),
pp.
15-23;
P. C.
Anderson y
M. L.
Inizan, «Utilisation du tribulum au début du
IIIe
millénaire», en *Paléorient*, 20 (1994),

pp.
85-103.
«Revolución secundaria»: A. Sherratt, «The Secondary Exploitation of Animals in the Old World», en *World Archaeology*, 15 (1983),
pp.
90-104.
Factor climático: F. Hole, «Environmental Instability and Urban Origins», en *Chiefdoms and Early States*,
op. cit. ,
pp.
121-151.

Apartado 2 Sobre el período de Ubaid véanse
E. F.
Henrickson e I. Thuesen,
eds.,
Upon This Foundation. The 'Ubaid Reconsidered, Copenhague, 1989; por último G. Stein, «Economy, Ritual, and Power in 'Ubaid Mesopotamia», en *Chiefdoms and Early States in the Near East*,
op. cit. ,
pp.
35-46.
La cita de K. Marx está tomada de *Il capitale*, 1/2, Roma, 1974,
p.
778.

Apartado 3 Prospecciones en Baja Mesopotamia: R. McC. Adams, *Land Behind Baghdad*, Chicago, 1965; *The Uruk Countryside*, Chicago, 1977; *Heartland of Cities*, Chicago, 1981. Para los análisis de tipo neogeográfico véase G. Johnson, «Strutture protostatali», en *Annali Orientale di Napoli*
dell'Istituto
, 43 (1983),
pp.
345-406.

Apartado 4 Evolución arquitectónica de la casa: O. Aurenche, *La maison orientale*, París, 1981. Sobre las presuntas élites Ubaid véase
J. D.
Forest, *de en Mésopotamie*
L'apparition
l'état
, París, 1996. Evolución de la propiedad territorial mesopotámica: M. Liverani, «Land Tenure and Inheritance in the Ancient Near East», en T. Khalidi,
ed.,
Land Tenure and Social Transformation in the Middle East, Beirut, 1984,
pp.
33-44;
y las aportaciones de P. Steinkeller
(pp.
11-27),
H. Neumann
(pp.
29-48)
y J. Renger
(pp.
49-67)
en «Das Grundeigentum in Mesopotamien» (*Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, Sonderband, 1987, Berlín, 1988).

3. La administración de una economía compleja

Apartado 1 El modelo teórico adoptado se inspira en W. Kula, *Teoria economica del sistema feudale*, Turín, 1970. Sistema mesopotámico de raciones:
I. J.
Gelb, «The Ancient Mesopotamian Ration System», en *Journal of Near Eastern Studies*, 24 (1965),

pp.
230-243;
L. Milano, «Le razioni alimentari nel Vicino Oriente antico», en R. Dolce y C. Zaccagnini,
eds.,
Il pane del re, Bolonia, 1989,
pp.
65-100;
raciones del periodo Uruk: M. Frangipane, *id.*,
pp.
49-63.

Apartado 2 Cría de ovicápridos en los textos de Uruk:
M. W.
Green, «Animal Husbandry at Uruk in the Archaic Period», en *Journal of Near Eastern Studies*, 39 (1980),
pp.
1-35;
M. Liverani, «The Uruk Origins of Mesopotamian Administrative Conventions», en *Acta Sumerologica*, 17 (1995),
pp.
127-134.
Datos arqueozoológicos de Arslantepe: S. Bökönyi, «Late Chalcolithic and Early Bronze I Animal Remains from Arslantepe», en *Origini*, 12 (1983),
pp.
581-598.
Lana y lino: J. McCorriston, «The Fiber Revolution. Textile Extensification, Alienation, and Social Stratification in Ancient Mesopotamia», en *Current Anthropology*, 38 (1997),
pp.
517-549.
Establecimientos textiles: K. Maekawa, «Female Weavers at their Children», en *Acta Sumerologica*, 2 (1980),
pp.
81-125;

I. J.
Gelb, «The Arua Institution», en *Revue d'Assyriologie*, 66 (1972), pp. 1-32.

Apartado 3 La teoría del comercio «administrado» se remonta a K. Polanyi, *Traffici e mercati*, *op. cit.*
Sobre el comercio a larga distancia en la época Uruk véase H. Weiss y T. C.
Young, «The Merchants of Susa», en *Iran*, 13 (1975), pp. 1-17;
sobre el intercambio local, G. Johnson, *Local Exchange and Early State Development in Southwestern Iran*, Ann Arbor, 1973. Balances anuales neosumerios:
D. C.
Snell, *Ledgers and Prices. Early Mesopotamian Merchant Accounts*, New Haven, 1982.

Apartado 4 Visibilidad arqueológica de la especialización: por ejemplo M. Tosi, «The Notion of Craft Specialization and Its Representation in the Archaeological Record», en M. Spriggs, ed., *Marxist Perspectives in Archaeology*, Cambridge, 1984, pp. 22-52.
Especialización en el ámbito del pueblo:
G. M.
Schwartz y S. E.
Falconer, eds., *Archaeological Views from the Countryside*, Washington, 1994.

Producción cerámica: P. Steinkeller, «The Organization of Crafts in Third Millennium Babylonia. The Case of Potters», en *Altorientalische Forschungen*, 23 (1996), pp. 232-253.

Cuencos de rotación: A. Le Brun, «Les écuelles grossières: état de la question», en M. T. Barrelet, ed., *L'archéologie de l'Iraq*, París, 1980, pp. 59-83.

Aleaciones metálicas de la época Uruk: M. Frangipane, «Early Development of Metallurgy in the Near East», en *Studi in onore di S. Puglisi*, Roma, 1985, pp. 215-228.

Organización del trabajo especializado: por último J. Renger, «Handwerk und Handwerker im alten Mesopotamien», en *Altorientalische Forschungen*, 23 (1996), pp. 211-231.

Apartado 5 Sobre el modelo de la «casa» en la economía mesopotámica:

I. J. Gelb, «Household and Family in Ancient Mesopotamia», en E. Lipinski, ed., *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, Lovaina, 1979, pp. 1-98.

4. POLÍTICA Y CULTURA DEL ESTADO ARCAICO

Apartado 1 Origen de la escritura: D. Schmandt-Besserat, *Before Writing*, I-II, Austin, 1992. Secuencia de Susa: A. Le Brun y F. Vallat, «L'origine de l'écriture à Suse», en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 8 (1978), pp. 11-59. Sobre los textos arcaicos de Uruk, véanse los números especiales de *Visible Language*, 15/4 (1981) y de *World Archaeology*, 17/3 (1986). Crétulas: P. Ferioli y E. Fiandra, «Clay-sealings from Arslantepe VI A: Administration and Bureaucracy», en *Origini*, 12 (1983), pp. 455-509; *Archives before Writing*, Roma, 1994.

Apartado 2 Listas léxicas: H. I. Nissen, «Bemerkungen zur Listenliteratur Vorderasiens im 3. Jahrtausend», en L. Cagni, ed., *La lingua di Ebla*, Nápoles, 1981, pp. 99-108. Normalización administrativa: R. K. Englund, «Administrative Timekeeping in Ancient

Mesopotamia», en *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 31 (1988), pp. 121-185.

Apartado 3 El modelo de la ciudad-templo se remonta a A. Deimel, *Sumerische Tempelwirtschaft zur Zeit Urukaginas und seiner Vorgänger*, Roma, 1931, y a A. Schneider, *Die sumerische Tempelstadt*, Essen, 1920. Para su corrección véase I. M. Diakonoff, «The Structure of Near Eastern Society before the Middle of the 2nd Millennium B. C.», en *Oikumene*, 3 (1982) pp. 7-100.

Negación de la centralidad del templo: I. J. Gelb, «On the Alleged Temple and State Economies in Ancient Mesopotamia», en *Studi in onore di E. Volterra*, VI, Milán, 1969, pp. 137-154; B. R. Foster, «A New Look at the Sumerian Temple State», en *Journal of the Economic and Social History of Orient*, 24 (1981), pp. 225-241.

Negación del carácter religioso de los edificios del Eanna; J. D. Forest, «La grande architecture obsidienne: sa forme et sa fonction», en *Préhistoire de la Mésopotamie*, París, 1987, pp. 385-423.

Apartado 4 Proverbios: B. Alster, *The Instructions of Šuruppak*, Copenhague, 1974. Sobre las tensones o controversias
J. J.
van Dijk, *La sagesse suméro-accadienne*, Leiden, 1953; B. Alster y H. Vanstiphout, «Lahar and Ashnan», en *Acta Sumerologica*, 9 (1987),
pp.
1-43.
Los mitos citados están traducidos en G. Pettinato, *I Sumeri*, Milán, 1992 o en J. Bottéro y
S. N.
Kramer, *Uomini e dèi della Mesopotamia*, Turín, 1992.

5. CENTRO Y PERIFERIA

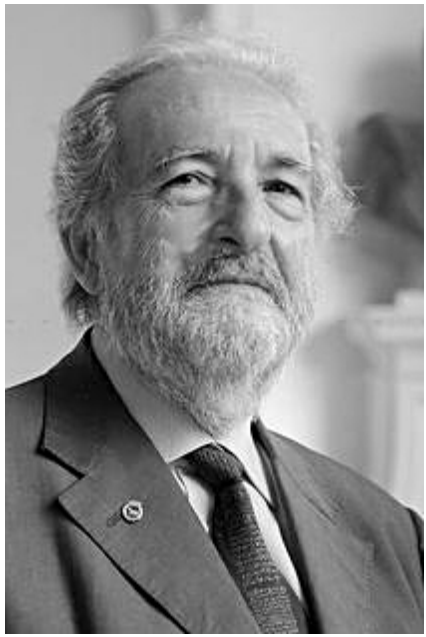
Apartado 1 Sobre el modelo del
«sistema-mundo»
(tomado de I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial*) en la protohistoria de Oriente Próximo véase Ph. Kohl, «The Use and Abuse of World System Theory: the Case of Pristine West Asian State», en *Advances in Archaeological Method and Theory*, 11 (1987),
pp.
1-35.
Para Uruk véase G. Algaze, *The Uruk World System*, Chicago, 1993 (hay
trad. cast.:
El de Uruk
sistema-mundo
, Bellaterra, Barcelona, 2004). Sobre la complejidad ambiental en Oriente Próximo, K. Butzer, «Environmental Change in the Near East and Human Impact on the Land», en
J. M.
Sasson,
ed.,

Civilizations of the Ancient Near East, I, Nueva York, 1995, pp. 123-152; como enfoque historiográfico siguen siendo fundamentales los dos ensayos de R. McC. Adams en *City Invincible*, Chicago, 1960, pp. 23-34 y 275-281; así como «Strategies of Maximization, Stability, and Resilience in Mesopotamian Society, Settlement, and Agriculture», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, 122 (1978), pp. 329-335.

Apartado 2 Sobre el concepto de estatización secundaria véase B. Price, «Secondary State Formation. An Explanatory Model», en R. Cohen y E. Service, eds., *The Origin of the State*, Filadelfia, 1978, pp. 161-186. Comparación entre los dos casos primarios (Mesopotamia y Mesoamérica): R. McC. Adams, *La rivoluzione urbana*, Turín, 1982. Sobre los principales yacimientos periféricos: E. Strommenger, *Habuba Kabira*, Maguncia, 1980; M. R. Behm-Blancke, *Hassek Höyük*, Tübingen, 1992; D. Canal, «La terrasse haute de l'acropole de Suse», en *Cahiers de la Délégation Archéologique Française en Iran*, 9 (1978), pp. 11-55. Sobre el caso de Arslantepe: M. Frangipane y A. Palmieri, «A

Proto-urban
Centre of the Late Uruk Period», en *Origin*, 12 (1983),
pp.
287-454;
M. Frangipane, «Local Components in the Development of Centralized Societies in
Syro-Anatolian
Regions», en *Archaeologia anatolica et mesopotamica A. Palmieri dedicata*, Roma, 1993,
pp.
133-161.

Apartado 3 Problemática del colapso: N. Yoffee y
G. L.
Cowgill,
eds.,
The The Collapse of Ancient States and Civilizations, Tucson, 1988;
J. A.
Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, 1988.
Regionalización del período
post-Uruk:
A. Palmieri, «Eastern Anatolia and Early Mesopotamian Urbanization: Remarks on Changing Relations», en *Studi Puglisi*, *op. cit.* ,
pp.
191-213;
U. Finkbeiner y W. Röllig,
eds.,
Ğamdat Nasr. Period or Regional Style?, Wiesbaden, 1986.



Mario Liverani (Roma, Italia, 1959) ocupa la cátedra de Historia del Próximo Oriente antiguo en la Universidad de Roma «La Sapienza». Su extensa obra y su influencia en sus principales discípulos —N. Parise, C. Zaccagnini— ha recibido un merecido reconocimiento en los medios académicos europeos y norteamericanos por su calidad y rigurosidad metodológicas. Experto en el estudio de las relaciones internacionales durante el período de
el-Amarna
(siglos XV-XIV
a. C.),
ha publicado numerosos trabajos, entre los que destacan *Dono, tributo, commercio* (1976), *El antiguo Oriente* (1995), *Le lettere di el-Amarna*
(1999), *Relaciones internacionales en el Próximo Oriente antiguo, 1600-1100*
a. C.
(2005) y *Mito y política en la historiografía del Próximo Oriente*

antiguo (2006).